Serie Inspector Manarino

Doble obsesión

Marcelo Galliano

Serie Inspector Manarino

Doble obsesión

Marcelo Galliano

Doble obsesión

Primera parte

I

Reflexiones de una mañana cualquiera

El oficial Vera entró al despacho del Comisario Inspector Manarino y sonrió al verlo ensimismado en la computadora.

—¿De qué se ríe, Vera? –preguntó Manarino sin levantar la vista —. Le parece raro, ¿no?

—De ninguna manera, señor –se apuró a responder Vera para evitar que Manarino se ofendiese—. Son las 10, señor. ¿Quiere su café?

—No hasta que no me traigan la nueva máquina, la suya lo está aguando tanto como la mía.

Vera no respondió y se quedó observándolo.

—Dígamelo de una vez, jamás voy a dominar el arte de la informática –insistió Manarino concentrándose nuevamente en la PC-. Sabe, no me importa su opinión. Es cierto que soy un dinosaurio que escucha Bach, que juega al scrabble y que todavía tiene la esperanza de que el hotel Hurlingham de Mar del Plata se reabra, pero estos bichos que durante tanto tiempo odié, me han ayudado últimamente a confirmar mis clarividencias. –Vera se puso serio.—Hey, no ponga esa cara, lo de clarividencias lo dije en sentido figurado, ¿se pensó que me iba a dedicar al tarot?

—No, señor, no es eso.

—¿Y entonces? —preguntó Manarino, para luego continuar ante el silencio del subordinado—. No me diga nada, le molesta que le de pasto a las fieras.

—Yo mismo lo he defendido de los que critican sus métodos de deducción –dijo Vera como disculpándose de sus propios pensamientos.

—Pero a veces mis actitudes no ayudan a sus defensas. Es eso, ¿no? Mire, Vera, le voy a explicar una cosa –dijo Manarino sacándose los anteojos de leer y quitando la mirada de la pantalla —. ¿Sabe quién fue Oscar Wilde?

—Sí… —respondió Vera con dudas— un escritor… Creo que leí *El fantasma de Canterville* en el colegio.

—Bien lo suyo, mejor de lo que pensé. Oscar Wilde tenía una frase: *“Me pasé toda la mañana corrigiendo las pruebas de uno de mis poemas, y quité una coma. Por la tarde, volví a ponerla”.* ¿Sabe lo que eso significa?

—Supongo que…

—…que los artistas son todos unos inútiles va a decirme usted –completó Manarino con acidez—. Y yo no pienso negárselo, pero podría agregarle que son tan inútiles como los policías —afirmó Manarino ante el gesto de estupor de Vera—. Qué caritas está poniendo hoy eh, si viviera Lee Strasberg lo tomaría de alumno, pero a mí me da ganas de echarlo a patadas.

—Señor, yo…

—¿Y sabe por qué lo echaría a patadas? Por moralista, por pensar que lo que hace es importante. Oscar Wilde se daba cuenta de lo inútil de la nadería del arte, y es lo que les falta darse cuenta a esos imbéciles que me critican cuando me río al escucharlos hablar de la infalibilidad del ADN, del Luminol y de todo eso.

—Pero son hechos científicos –se animó a decir Vera.

—Sí, claro; que la tierra era plana con cuatro elefantes y una tortuga gigante debajo, fue una verdad indiscutible durante siglos.

—Pero con su criterio… estudiar sería…

—Inútil, sí, completamente inútil si no duda de lo que le dicen. Los estudios criminológicos son racionales, Vera, y la cabeza de los delincuentes es irracional, como la cabeza de un poeta, por eso la criminología no sólo es una ciencia, también es un arte, un arte en el cual el disparador creativo puede venir del sitio menos pensado –completó Manarino en el preciso instante en que su PC indicaba que un mail había entrado en la casilla.

Manarino acercó sus lentes a los ojos sin ponérselos, sólo para mirar el mensaje recibido, y dijo:

—Ahí lo tiene, como le acabo de decir: del sitio menos pensado.

II

Invitación cordial

—Qué te traerás entre manos hijo de…–murmuró Manarino mirando la pantalla.

—¿Sucede algo, señor?

—Un hombre despechado, eso sucede, o mejor dicho, dos hombres despechados.

—¿Cómo dice?

—Acabo de recibir un mail de "el loco" Federelli.

—Federelli…Federelli… –susurró Vera mientras intentaba recordar.

—Uno de los célebres hermanos Federelli, el otro está preso con perpetua, yo lo detuve. Éste estaba preso por encubridor, pero se ve que algún abogado hábil hizo que le conmutaran la pena.

—¡Ah, sí, ya me acordé! Es uno de los casos que me hicieron estudiar en la academia de policía. Apenas supe cómo lo resolvió usted, me prometí conocerlo, y la vida me terminó dando la oportunidad de trabajar a sus órdenes.

—Yo era un pibe en ese entonces —dijo Manarino pensativamente—, y ya había resuelto un par de casos resonantes. Pero estos dos crápulas, como sabían que yo los tenía en la mira porque sospechaba que ellos habían pergeñado un gran robo no esclarecido, me quisieron tender una trampa para hacerme quedar por idiota ante toda la prensa, y casi lo logran.

—¿Cómo fue eso?

—¿No me dijo que se lo hicieron estudiar?

—Sí, pero me gustaría escucharlo contado de su propia boca, es como si Manuel Belgrano me dijera cómo creó la bandera argentina.

—Un elogio más de ese estilo, Vera, y lo fajo. A ver, se lo resumo. Una tarde recibí un llamado de este gusano a mi celular. Hacía un mes que yo tenía teléfono móvil, cosa que hace 20 años era un lujo, pero el sátrapa se las ingenió para conseguir mi número de la misma manera que parece que hoy se las ingenió para conseguir mi dirección de e-mail. En aquella conversación el tipo me dijo que me proponía un trato. Yo le respondí que no hacía trato con delincuentes, a lo que me contestó: "*Te equivocás, Manarino, esto te va a interesar*". Y tenía razón, me interesó. Los dos hermanos me recibieron en una oficina oscura, y a los pies de ambos un cadáver apuñalado. El cadáver era de un soplón, justamente el que me había dado el dato para que investigáramos a los Federelli.

Había también un cuarto integrante de la banda que desapareció.

—¿Desapareció?

—Es posible que los Federelli lo hayan matado también. O quizá el mismo tipo decidió huir antes de la repartija del dinero, dándose cuenta de que estos locos lo iban a asesinar. Dinero que, dicho sea de paso, jamás se encontró. Como le decía, llegué y me hallé ante esa escena, con uno de los hermanos diciéndome: "*Te estamos dando la oportunidad de demostrar que sos un genio, como dicen, pero tenés que prometer que si no resolvés el caso nos dejás en paz de por vida".*

—¿Y qué hizo usted, Inspector? —preguntó Vera como un chico ante un superhéroe.

—Me moría de ganas por aceptar. Se imaginará que a un vanidoso como yo, esos desafíos le encantan, pero di media vuelta y les dije: "*No es mi caso, los uniformados llegarán de un momento a otro y los detendrán, y serán juzgados por matar a este hombre".* Fue cuando a mis espaldas oí a uno de los hermanos decir: "*No es necesario, fui yo, yo maté a este hombre sin ayuda de nadie, las pericias podrán comprobar lo que digo*". Pero ni había terminado uno de los hermanos en decir eso, que el otro se apresuró a agregar: "*Mentira, yo fui el que mató a ese hombre, y también digo que las pericias podrán comprobar eso."*

— ¿Y usted qué hizo?

—Para decirlo de manera romántica, recogí el guante y los detuve a los dos como sospechosos.

—Y después las pericias revelaron el verdadero…

—Las pericias no revelaron un carajo, Vera; por eso jamás me guío por informes racionales. No había huellas; se intentó conseguir restos de ADN, algo que en ese entonces era toda una novedad; se buscó el arma homicida, testigos, alguien que hubiera visto u oído algo. ¿Y sabe una cosa? No se encontró nada más que la propia autoacusación de estos dos desquiciados. Después, por si fuera poco, un forense determinó que la puñalada había sido hecha por una persona zurda y que los dos hermanos eran diestros.

—¡El crimen perfecto!

—Sí, Vera, para el pensamiento racional sí, pero como decía Pascal: *el corazón tiene razones que la razón no entiende.* Justamente en esas semanas yo me había puesto de novio con quien hoy es mi esposa. Pasamos un fin de semana juntos en una hermosa cabaña y corriendo por el campo como dos bobos enamorados. En una de esas tonteras ella se cayó y se lastimó la mano derecha. No fue un gran impedimento, con su mano menos hábil podía hacer casi todo…, hasta que llegó la noche, claro, ese fue el momento en que

ella me resolvió el crimen.

—¿Perdón?

—Antes de irnos a dormir ella se angustió porque con la mano izquierda no podía lavarse los dientes. Ese fue el punto. Sólo tenía que demostrar que uno de los hermanos Federelli era capaz de lavarse los dientes correctamente con su mano izquierda para comprobar que era ambidiestro.

—Pero jamás iba a hacerlo en público. La solución era filmarlo.

—Imposible, Vera: Costa Rica

—¿Qué?

—Según el pacto de San José de Costa Rica un hombre no puede ser obligado a declarar contra sí mismo, por lo cual tampoco puede filmarse a un acusado.

—Yo tenía razón, un crimen perfecto.

—Sí, si continuaba pensado como un policía racional era un crimen perfecto; debía pensar como ellos, que eran tan creativos, casi al límite de la ridiculez.

—¿Entonces?

—Permití que el juez los dejara libres por falta de méritos, sin chistar.

—Y los hizo filmar en su casa.

—No, Vera, ¿se piensa que en sus casas alguno de estos dos se lavaba los dientes con la mano izquierda? Además hubiera sido una filmación en propiedad privada, no hubiese servido como prueba.

—¿Y qué hizo?

—Fui creativo, decidí cagarlos a trompadas.

—¿Cómo dice, señor?

—Lo que oyó. Los hice interceptar en la calle por dos patovicas y cuando estos se intentaron defender los detuve a todos por gresca callejera. Claro que antes me aseguré de que los patovicas le lastimaran la mano derecha a cada uno.

—Pero estamos en la misma, detenidos no podía filmarlos.

—No necesité filmarlos, Vera. Al rato de haberlos detenido apareció el abogado de los Federelli, acusándome de hacerles una cama a sus clientes. Entonces yo les dije que como eran gente con antecedentes no podía liberarlos hasta que diera la orden el juez, pero que me comprometía a ponerlos en una celda con todas las comodidades y hasta tendrían un médico a disposición de ellos a primera hora, por si querían denunciar malos tratos. Las comodidades incluían baño con dentífrico y cepillos de dientes, y el médico que llegó al amanecer tenía orden de revisarlos íntegramente. El resto fue fácil, el que de los dos tenía los dientes

limpios, era el asesino.

—¡Brillante, inspector!

Manarino sonrió y volvió mirar el mail, para luego ponerse serio y decir en voz baja:

—Pero me temo que esto va a ser distinto.

—¿Qué es lo que tanto le preocupa, Inspector?

—Mire –le ordenó Manarino. Vera se acercó a la pantalla y leyó el mail:

Estimado Comisario Inspector Manarino

Tengo el agrado de invitarlo a la reunión que organizaré para el día 8 del corriente a las 16:50 horas, en Suipacha 78 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en la cual le anunciaré mis próximos crímenes. Se ruega puntualidad.

Lo saluda, su viejo rival:

"El loco" Federelli

III

Tanto tiempo sin vernos

El lugar era una antigua casa abandonada. La pesada oscuridad parecía rasgarse con una luz tenue que lo convertía todo en amarillento, en antiguo. Casi no había muebles, sólo una vieja cómoda empolvada corroboraba el deterioro, el misterio, las ausencias. Manarino entró empujando levemente la alta puerta de madera que se encontraba entornada, sin cerrojo y que rechinó como una soprano dolorida.

—¡Inspector Manarino! Qué gusto volver a verlo, parece que el tiempo no hubiese pasado para usted: su impermeable, su habano…; eso sí, creo que ha perdido un poco de pelo. ¿No probó con la gimnasia capilar? En los años en que estuve en prisión tuve tiempo para eso y mucho más. Mi hermano puede aconsejarlo; él sigue allí.

—Cuando quiero un buen preludio escucho el Clave Bien Temperado, Federelli. Apurá el trámite, tengo otras mierdas que atender. ¿Qué querés?

—Ah… ya me había olvidado de su amor por Bach y de su incorregible soberbia; también me había olvidado de que nos tuteábamos. Sabrá comprender que a esta edad prefiera mantener cierta distancia, además no es una invitación de cortesía la que le he hecho por mail.

—¡Hablá Federelli!

—Comisario… no me diga que ha perdido su temple…

—Escuchame gusano –le dijo Manarino dando un paso tomándolo de las solapas—. Si hace veinte años tenía poca paciencia, imaginate hoy. No sé quien fue el puto abogado que te sacó a tomar aire, pero te advierto que al menor pestañeo…

—Tranquilo Manarino… —dijo Federelli sacándose las manos de las solapa y comenzando a tutearlo—, los que se enojan pierden, recuerdo que te gustaba repetirlo cuando te sentías invencible. Además para eso te invité, para que lo que vaya a hacer no te tome por sorpresa. Te voy a describir todo con horarios, pelos y señales.

—Creo que hace mucho tiempo te dije que no hago tratos con delincuentes.

—No te creí entonces, y no te creo ahora.

—Llegaste veinte años tarde, Federelli, ya no necesito demostrar nada —replicó Manarino girando como para salir.

—Pero yo sí —dijo Federelli levantando la voz y haciendo que

Manarino se detuviese—. Voy a demostrar que puedo vengarme de todo lo que nos hiciste sin que puedas impedírmelo. Para ser claro: voy a asesinar a las cuatro personas que nos arruinaron la vida a mi hermano y a mí.

Manarino se le acercó una vez más sin gesticular le susurró:

—Al menor pestañeo, te dije.

—Cuatro asesinatos —siguió Federelli, casi en tono patológico-: el médico, el fiscal, el juez, y… ¿a que no sabés quién es el cuarto?

—Animate a decirlo, dale, animate a decir que me vas a matar y te arresto por amenazas a un Inspector de la policía.

—El médico morirá en un par de minutos –continuó Federelli sin hacer caso a la advertencia—; el juez morirá mañana a la mañana; el fiscal morirá mañana a la noche; y vos… ¿vos cuando querés morir?

—Te lo buscaste –dijo Manarino tomándolo del cuello y derribándolo, comenzando a ponerles las esposas y a decirle sus derechos de manera más violenta que irónica. Pero el sonido de su celular lo interrumpió. Atendió el teléfono mientras mantenía inmóvil a Federelli con su otra mano. La noticia que le estaban dando lo congeló: habían encontrado muerto al médico. Desde el suelo, Federelli rio y dijo:

—Te repito la pregunta, Manarino: ¿vos cuándo querés morir?

IV

El primero de la lista

—Ya está, lo tenemos enjaulado, señor, no creo que pueda seguir con todo este circo.

Manarino permaneció en su escritorio sosteniendo su cara entre las manos, como un ajedrecista tocado por un alfil obvio pero imparable.

—Dejemos los buenos deseos para la próxima Navidad, Vera, tenemos que ser prácticos, deme los detalles del crimen.

—-Sí, señor. Como usted sabe, el occiso era médico de profesión, pero hacia cinco que no ejercía. Los forenses indican que murió por el impacto contra la vereda. El cadáver no tiene signos de lucha, la ropa está intacta, sólo se le encontró restos de resina epoxídica.

—¿Resina epoxídica? Eso es pegamento…

—Los forenses manejan dos hipótesis; que tal vez hubiera restos de eso en la calle, o que…

—¿O qué?

—Que el muerto fuera adicto.

—¡Eso es ridículo! Si aspirara esa mierda se la hubieran encontrado en los pulmones y no en la ropa. Siga —ordenó Manarino.

—El edificio desde donde cayó es la sede abandonada de Seguros Prieto, ¿la ubica? Es una vieja torre de oficinas en la zona de Congreso, que tiene un reloj con campanas en la cópula.

—La ubico perfectamente, Vera. Siga.

—Si bien el edificio no está en actividad, a la cinco entra un cuidador. Este hombre declaró que apenas tomó su puesto vio caer el cuerpo y llamó a la policía.

—¿El sereno no vio a nadie más, no sintió ruidos, ni pasos en las oficinas vacías?

—No vio ni escuchó absolutamente nada. Nadie entró ni salió del edificio.

—Es imposible, yo estaba con este maldito y me anunció el horario exacto del homicidio. ¿Rastrearon el lugar?

—Centímetro a centímetro, señor, si no fuera por lo que le dijo el propio Federelli, tendríamos que hablar de un suicidio.

Manarino se puso de pie y comenzó a caminar por el despacho, sin hablar, lentamente. Luego murmuró:

—Intacto…

—¿Perdón señor?

—El muy hijo de puta tiene el talento intacto –afirmó con rara preocupación—. Vera, mande inmediatamente a proteger a las otras dos posibles víctimas.

—¿Quiere que los custodiemos?

—No, quiero que los cuiden como al santo sudario, ¿me entiende? Averigüe si el juez y el fiscal siguen en actividad, ubíquelos y dígales que uno de los hermanos Federelli planea matarlos. Que suspendan todo. Si se resisten y quieren seguir trabajando los obliga a obedecer.

—¿Cómo dijo, señor?

—¡Los obliga, carajo! Yo me hago cargo de las consecuencias. Mande también a revisar sus casas, y si todo está en orden que no salgan a la calle. Háganles una guardia 24 horas dentro y fuera de las viviendas, corten las cuadras y no dejen acercarse a nadie a esos domicilios, y también revisen a cada uno de los vecinos.

—Perfecto, Señor.

Manarino terminó de dar las órdenes y con gesto de nerviosismo tomó su impermeable como para salir. Vera sólo atinó a preguntarle.

—¿Puedo ayudarle en algo más, señor?

Manarino lo miró y sin vergüenza de mostrarse frágil ante su inseparable colaborador, respondió:

—Devuélvame mi juventud, si puede. Creo que para afrontar esto necesito tener veinte años de nuevo.

V

A la hora señalada

—Manarino…, tan temprano por acá… A decir verdad te estaba esperando, es bueno tener compañía para apreciar las grandes obras de arte. Vos lo sabés muy bien, es como ese ritual de los conciertos donde cada tanto los mismos se ven las caras en los teatros y escuchan esas obras antiguas que tanto te gustan a vos. Qué admiración tenés por los genios, Manarino… Quizá por eso estás acá, querés saber cómo lo hice, cómo estoy haciendo esta gran obra de arte.

—Te vas a quedar en una celda como ésta el resto de tus días, Federelli.

—Y vos vas a quedar como el policía más estúpido de la historia.

Manarino se abalanzó y lo tomó de las solapas pasando sus manos por la reja.

—¿Quién es tu cómplice pedazo de mierda?

—¿Creés que necesito ayuda? ¿Creés que hay alguien afuera que lo hace por mí? ¿Estás tan viejo para resolver esto solo que pensás que los demás también envejecimos?

—Lo voy a resolver aunque sea lo último que haga en mi vida…

—¿Sí?

—Sí… cada vez que ves a tu hermano pudriéndose en la cárcel te das cuenta que conmigo no vas a poder.

—No lo metas en esto.

—¿Qué pasa, te pone nervioso recordar viejas derrotas?

—No seas cobarde, Manarino, esto es entre vos y yo.

—Es lo que estaba esperando que dijeras. ¡Abran la reja! —gritó Manarino como enajenado, como perdiendo la frialdad que lo caracteriza en los momentos más difíciles.

—¿Por qué gritás así, Sherlock Holmes, estás senil?

—Lo vamos a resolver como corresponde, a las trompadas. ¡Abran la reja, dije, dejen salir a esta basura!

—Shhhhh, no grites Manarino, es inútil, ¿crees que voy a entrar en tu juego? Esta pelea está terminada, ¿todavía no lo entendiste? Ya gané yo. ¿Qué hora es? Si el cálculo no me falla, estás por perder el segundo round.

El celular de Manarino sonó, obligándolo a soltar las solapas de Federelli.

La sonrisa del detenido parecía subrayar la noticia que el inspector recibía en ese llamado: "*el fiscal acaba de morir*."

—¿Te das cuenta, Manarino?, dos a cero; y todavía falta lo mejor.

VI

Cuestión de honor

El cordón policial rodeaba el lugar del hecho, la gente se amontonaba, curiosa. Manarino caminaba hacia al lugar viéndolo todo como una imagen enmudecida, irreal. Al llegar a la zona restringida empujó a unos periodistas que se le acercaron.

—No puede pasar, señor –dijo el consigna.

—¿Cómo?

—Si no tiene una credencial…

—Ésta es mi credencial, idiota –dijo Manarino cacheteándose el rostro.

—¡Inspector! —Vera lo llamó desde dentro de la casa.

—¿Qué pasó, Vera? —preguntó Manarino cruzando el cordón.

—Carta bomba, señor.

—Pero es imposible, yo mismo pedí toda la vigilancia necesaria.

—Por lo visto la carta ya estaba dentro, tenía esos dispositivos que se detonan al abrir el sobre.

—¡No puede ser, la hubiéramos visto al revisar la casa, tiene que haber sido activada desde afuera, con control remoto!

—No, señor, las pericias son claras. El fiscal abrió el sobre en su escritorio.

—¡Me importan tres carajos las pericias! Federelli sabía el horario en que iba a explotar, eso significa que algo se nos escapa. ¿Qué más encontraron?

—Nada, Inspector.

—¿Cómo nada?

—Sólo restos de resina epoxídica, señor, igual que en el otro crimen.

El oficial lo miró con seriedad y luego de un silencio completó:

—No hay huellas, ni ADN, ni testigos, ni nada. La casa estaba rodeada por nuestra gente. Nadie se acercó ni siquiera a cien metros. Es como si el atentado lo hubiera cometido un fantasma.

Manarino se apartó unos pasos y se llevó las manos a la cara. Con cierta tristeza, Vera agregó:

—Me llamaron del Ministerio hace un rato, señor. Nos exigen alguna pista concreta, de no ser así…

Manarino giró y lo miró fijamente. Vera tragó saliva y completó: —…de no ser así lo apartarán del caso.

Manarino endureció el rostro y dijo:

—Saque a mi familia de la ciudad.

—Pero señor…

—Le digo que saque a mi mujer y a mi hijita de la ciudad, llévelas a donde nadie las encuentre.

—Como usted ordene, señor.

—Es más, lléveselas con usted y no me diga dónde, y desaparezca con ellas.

—No puedo dejarlo solo.

—¡Haga lo que le digo! No tenemos una mísera pista de cómo este gusano hace todo esto. Por lo cual es posible que esta noche no podamos impedir la muerte del juez.

—No puede bajar los brazos, señor, usted nunca ha hecho eso, toda una generación de policías crecimos admirándolo.

—Ya han muerto dos personas, ¿le parece que no tengo motivos para pensar así?

—¿Qué va a hacer, señor?

—Esto es personal, es entre Federelli y yo. Voy a hacer lo que tendría que haber hecho desde el comienzo, ponerme en el lugar de la próxima víctima. Vera, quítele la custodia al juez, que todos piensen que lo hemos hecho irse de viaje, que lo busquen por todas partes como si se hubiera fugado y yo mismo me quedaré con él en su casona y pondré el cuerpo. Si alguien adivina nuestros planes ese alguien se va a encontrar conmigo cara a cara.

VII

Peligro cerca

—Inspector… cuántos años sin verlo.

—Desde aquel pasado que parece que vuelve.

—A usted y a mí no nos une el amor sino el espanto –dijo el juez largando una risotada. Era un hombre entrado en años que parecía disfrutar del peligro, o quizá en su interior confiaba en que Manarino lo cuidaría mejor que nadie.

—Me gustaría contradecirlo, pero yo también cometo el pecado de leer a Borges de vez en cuando.

—Pero tome asiento, el asesino seguramente nos dará tiempo de fumar un cigarro. —Era tal la parsimonia de ese hombre que, de no conocerlo, Manarino hubiera pensado que era cómplice de Federelli.

—Temo decirle que la situación es delicada —dijo Manarino echándose en un sillón y tomando el cigarro que el juez le ofrecía, mientras paseaba su vista por la gran biblioteca y la magnífica copia de un Monet.

—¿Le gusta? —preguntó el juez señalando el cuadro—. Se llama *Le pont d'Argenteuil.* Hace un tiempo unos locos dañaron el original en el museo d'Orsay de Paris. Usted debería haber investigado ese caso. Sabe, me lo imagino como el comisario Maigret de Simenon, fumando en pipa y comiendo carnero mirando el Sena.

Manarino pensó fugazmente que los años habían vuelto senil a ese hombre, quien en otro tiempo había sido una figura relevante de la justicia argentina. También pensó que quizá estaba jugando para disimular su miedo, o que la lectura de novelas policiales lo habían alejado tanto de la realidad como a Alonso Quijano la literatura de caballería, hasta convertirlo en el Quijote.

—Me gustaría hablar del caso –dijo Manarino, intentado encausar la charla.

—¿Cree usted que existe un caso, o sólo la locura de unos dementes?

—De elegir la segunda opción le diré que estamos inmersos en esa locura.

—Pudo con esos dos hombres hace veinte años, ¿no lo recuerda? Aún me parece verlo… tan delgado…, llegué a pensar que esos tipos jugarían con usted, hasta estuve a punto de pedir al fiscal que lo sacara de aquel caso para protegerlo. Pero no tuve necesidad. Aún recuerdo las tapas de Clarín, de La Nación, de Crónica,

elogiando su trabajo. Supongo que debe guardarlas.

—Un buen investigador no vive de recuerdos. Mi cabeza en estos momentos está ocupada pensando en que uno de esos dos hombres está pudiendo conmigo ahora.

—Lo de Federelli es un triunfo temporal, pierda cuidado. Él no podrá esta vez, Manarino, yo mismo he inspeccionado mi casa y ahora usted está aquí; quien se anime a venir se las verá con un sabueso herido en su amor propio. A propósito, la noche es larga. ¿Quiere un trago? —preguntó tomando una botella de coñac y dos copas.

—¿Se ofenderá si la rechazo con la excusa de que no bebo cuando estoy en servicio?

—No, haré algo peor, me reiré en su cara, y para un vanidoso como usted no hay nada más terrible que eso —respondió el juez alcanzándole la copa y diciéndole: —Bebamos y brindemos por la pronta derrota de ese imbécil.

—¡Aguarde!

—¿Qué le pasa, Manarino?

—¿Usted toma habitualmente de ese coñac?

—Bueno… —respondió el juez sin entender del todo la pregunta —, antes de dormir… acostumbro a beber algo y darme una ducha.

Manarino le quitó la copa y la olió. Luego bebió un pequeño sorbo y comprobó que el coñac no contenía nada malo.

—Estimado amigo… creo que está exagerando

—Permítame que lo contradiga: no exagero.

—Bueno –dijo el juez algo resignado—, de ser así, voy a complacer su deseo, lo dejaré en mi lugar esperando a ese gusano.

—Va a ser lo mejor, señor Juez.

—Descansaré tranquilo sabiendo que usted me cuida –dijo el hombre sonriendo y poniéndose de pie.

—Buenas noches, Su Señoría.

Manarino respiró aliviado en la soledad de ese inmenso living, pero cinco minutos después, un sordo grito, proveniente de la zona de las habitaciones, quebró su tranquilidad. Corrió hasta allí y abrió la puerta, y viendo la cama vacía abrió de un puntapié la puerta del baño. El agua no paraba de caer desde la ducha. En la bañera: un cable de electricidad vibraba sobre el cuerpo sin vida del juez que yacía húmedo en el piso.

Manarino apoyó su frente en uno de los azulejos, sin gesticular, sin decir absolutamente nada.

VIII

¿Y ahora qué, Manarino?

Al amanecer, los forenses llegaron al sitio y, como era de esperar, encontraron el lugar del hecho libre de huellas. Como un código secreto, como una extraña señal que se repetía, solamente hallaron un pequeño resto de resina epoxídica en el cable con el que había sido electrocutado el juez.

Manarino, luego de las pericias, salió del lugar y comenzó a vagar por Buenos Aires horas y horas. Caminó por Callao hasta Corrientes para luego doblar y recorrer librerías recién abiertas: *Zival's, Edipo, Hernández*. Vio las enésimas reediciones de Agatha Christie. *"Quisiera ser Poirot* —se dijo sonriendo amargamente—, *quisiera que todo esto termine como una novela de colección, como uno de esos longsellers que la gente releé y releé conociendo el final feliz, sabiendo de la gloria incorruptible de esos detectives que el celuloide retrata con olorosos tabacos y siete vidas". "Pero soy Manarino* —se dijo—, *no le voy a regalar a nadie el placer de dejar de ser Manarino, voy a morir como corresponde."*

Caminó hasta el subte B; no tenía la tarjeta magnética, por lo cual sacó unas monedas y compró un pase. Se dejó extasiar por el repiqueteo de los vagones, en ese tiempo sin tiempo que le recordaba a *El perseguidor* de Cortázar; sí, ahora él se parecía a ese Charlie Parker sin saxo que en aquel cuento metía su cabeza en la trama de la existencia y habitaba ese espacio de etérea realidad. Bajó en la estación Leandro Alem, justo del lado del viejo ex Correo Central y caminó tres cuadras hasta su oficina. *"Allí debo morir* —se dijo—, *allí seré atrapado para que esos mismos diarios que hace veinte años me convirtieron en leyenda viviente, me inmortalicen hoy con un torpe obituario con perfume a consuelo y gusto a derrota."*

Llegó a la oficina, el personal subalterno no había llegado. Abrió la puerta de su escritorio y se sintió solo, muy solo, como nunca antes. Así debía ser, ¿no? Tuvo ganas de sacar su arma y apuntar al aire y decir *"Acá estoy, Federelli, salí vos mismo de tu celda y vení a buscarme, carajo"*, pero se tiró en su silla y aflojó su corbata y pensó en su mujer y en su hija. *"¿Qué será de ellas? Quizá reciban una medalla en mi nombre y una pensión que se les acabará el 15 de cada mes". "Quizá ella vuelva a casarse dentro de un tiempo; sí, quizá le explique a nuestra hija que la vida sigue y vuelva a casarse, o quizá no, tal vez me llore siempre o maldiga haber amado a un policía del que sólo le quedarán retazos de hazañas mal contadas y un pedazo de metal*

con su nombre."

Entrecerró los ojos y comenzó a pensar cómo sería su final, cómo lo habría tramado Federelli esta vez. ¿Algo caería en su cabeza; una mano anónima entraría por esa puerta y le dispararía; su oficina se prendería fuego sin causa aparente y él moriría incinerado?

"Manarino, soy Manarino", se repitió para sí y abrió los ojos como forma de asirse a esa vida que se le escapaba sin saber cómo.

—Soy Manarino y no voy dejar de serlo hasta el final —dijo en voz alta, como si Vera pudiera escucharlo—. Así que me voy a tomar mi café, aunque todavía no sean las 10 de la mañana y sea lo último que haga.

Al terminar la frase vio delante de sus ojos la nueva máquina de café y sonrió con ironía.

—Es un día de suerte, al fin me trajeron la máquina nueva, semanas esperando y…

Abruptamente detuvo sus palabras. Hacía tres semanas que había pedido esa máquina y ahora estaba allí, delante de sus ojos, aparecida como por arte de magia. Se acercó a ella con cuidado, sin tocarla, mientras murmuraba:

—La trajeron mientras yo no estaba…

Sin dar un paso más tomó su teléfono celular y llamó:

—¿Brigada antiexplosivos? Habla el Comisario Inspector Manarino, necesito que venga un grupo de hombres a mi oficina.

A los pocos minutos, los hombres vestidos como astronautas llegaron. Manarino les señaló la máquina.

—Apártese, Inspector –dijo uno de ellos.

—Ni lo sueñe, si hay algo allí, es para mí.

Luego de varios minutos de nerviosa expectativa, los hombres con trajes especiales quitaron de la máquina de café un pequeño dispositivo.

—Acá está, Inspector, es lo que usted intuía, un pequeño explosivo. Estaba adherido con pegamento, dispuesto a caer y explotar cuando usted pulsara la máquina.

Manarino se llevó sus manos a la cara en su típico gesto meditativo; luego susurró:

—Pegamento…, cálculo de horarios de los crímenes…, caer…

Luego, riendo, tomó su celular nuevamente y llamó:

—Vera, lleve a mi mujer y a mi hija a casa, y venga para acá. ¿Cómo dice? Sí, Vera, estoy más vivo que nunca, tanto así que resolví tres casos sin necesidad ni de tomarme un café.

IX

Contraataque

—¿Necesita que se lo explique, Vera?

—No sabe cuánto se lo agradecería.

—Durante dos días estuvimos intentando anticiparnos a los movimientos de Federelli. Pensamos erróneamente que desde la celda manejaba los hilos de todo esto, y ese fue nuestro error: era imposible anticiparse a él, porque él ya había terminado su trabajo cuando me mandó la invitación.

—¿Pero cómo podía cometer…?

—¡Ya había cometido todo, Vera!–. A ver, dígame, ¿cuál es el denominador común de estos crímenes?

—La venganza.

—Siga participando, Vera.

—El anuncio de los crímenes en orden cronológico.

—Arriesgue una vez más.

—La verdad que no se me ocurre…

—¡Resina epoxídica, Vera!

—¿El pegamento?

—Y cómo cree si no que Federelli jugó su partido antes de que nosotros empezáramos. Ese loco conocía los hábitos y los horarios de sus futuras víctimas, por eso, por decirlo de alguna forma, cometió sus crímenes antes y luego fingió vaticinarlos para despistarnos. Puso el explosivo en mi máquina de café semanas antes, y fechó la papeleta de entrega para hoy, para que cuando yo tomara mi café de las 10, volara en mil pedazos. Me jugaría lo que no tengo que si pedimos los informes a la empresa que envió la máquina, encontraremos la orden adulterada.

—¿Pero el juez…, y el fiscal…?

—Sabía que el juez se bañaba a la noche y pegó un cable de luz en su ducha para que se desprendiera apenas se abriera la canilla y cayera sobre el juez electrocutándolo, La casona había sido revisada, es cierto, pero seguramente nuestros agentes buscaron explosivos, y no un inofensivo cable de luz. Sabía también que el fiscal revisaba sus papeles apenas levantado, y entonces pegó un sobre en la tapa de su viejo escritorio. Al abrir esa tapa, el sobre cayó, o quizá el fiscal lo vio adherido y confiado en que nada había ingresado en su casa con custodia, lo abrió como una correspondencia atrasada.

—¿Y el médico?

—Ese fue el crimen maestro de esta serie, Vera. Federelli mató a ese hombre golpeándolo con un adoquín en la cabeza, lo ingresó al edificio en horas en que no estaba el sereno e hizo que cayera para que pensáramos que había muerto por el golpe de la caída.

—Pero eso es imposible, Señor, recuerde que Federreli predijo la hora exacta.

—Esa duda que tiene la contestó usted mismo hace dos días, al describirme el lugar del hecho.

—¿Yo, señor?

—Sí, Vera, me dijo *"una vieja torre de oficinas en la zona de Congreso, que tiene un reloj con campanas en la cúpula"* ¿No entiende Vera? Federelli pegó el cadáver en el reloj, por eso el resto de resina epoxídica en la ropa.

—Pero la caída… digo… en la hora justa… ¿Cómo lo hizo?

Manarino colocó un papel sobre la lámpara de su escritorio, y luego, con un lápiz golpeó en el pie de metal, provocando un ruido y una vibración y logrando que el papel cayera.

—¿Se da cuenta? El gran peso del cuerpo estaba apenas sostenido en la parte superior del reloj gracias al pegamento, presto a caerse a la menor vibración. Vibración que llegó a la cinco en punto, cuando las campanas sonaron.

—Es sencillamente…

—Brillante —completó Manarino ante la indecisión de Vera.

—Debemos pasar el informe al juzgado.

—Ni lo piense.

—¿Perdón?

—Si le hacemos saber a Federelli que descubrimos su juego, planeará algo para zafar una vez más, y no quiero más muertes. Debemos hacerle creer que ganó.

—Pero señor…

—Hagámosle pensar que yo estoy muerto y que no hay pruebas para inculparlo de ninguno de los crímenes. Hágalo soltar. Hace veinte años atrapé a este turro pensando de manera irracional, y ahora voy a hacer los mismo.

—¿Va a mandar a lastimarle una mano?

—No, Vera, le voy a poner una bomba.

—¿Está hablando en serio, señor? –dijo Vera espantado.

Manarino se le acercó y le susurró:

—¿Y usted qué cree?

X

Qué gusto volver a vernos

La calle estaba atestada de curiosos. Un cordón policial cercaba la casa. Manarino observó de lejos a la brigada de explosivos trabajando, y a Federelli furioso en la vereda.

—Acá no hay ninguna bomba —gritó el delincuente.

—Tuvimos una denuncia y por el bien del barrio debemos revisar –respondió uno de los integrantes de la Brigada

—¡Pero les digo…!

—Epaa, Federelli, ¿estás nervioso? –preguntó Manarino apenas cruzó la calle.

—Sabía que estabas vivo, lo sabía.

—¿No te alegrás?

—No podés revisar mi casa sin una orden.

—Yo no estoy revisando nada, no tengo pruebas contra vos, así que me hubiera sido imposible conseguir una orden de allanamiento mostrando solamente la papeleta adulterada para la entrega de una máquina de café. La orden para revisar tu casa la consiguió la brigada por una denuncia. Con tu historial delictivo el juzgado pensó que es posible que tengas muchos enemigos, y por tu seguridad y la de la zona accedió a que registraran tu casa. O sea que te están cuidando a vos también…. Pero ahora que lo decís… va a ser muy interesante que miren todo… ¡Estimados colegas, busquen en los cajones y en los cestos de basura a ver si hallan restos de resina epoxídica o de cualquier elemento para producir un explosivo como el que se encontró en mi máquina de café!

—¡Esto te va a costar caro Manarino; la denuncia la hiciste vos mismo! –amenazó Federelli.

—No sabes el miedo que tengo. Deja de decir cosas que no podés probar, delante de testigos, porque encima te voy a demandar por calumnias. ¡Busquen, agentes!

—Acá está, señor —gritó uno—. El pegamento que usted dijo y varios reactivos químicos para armar explosivos.

—¡Buen trabajo, muchachos! Federrelli, adiviná: estás detenido.

XI

Nobleza obliga

Las diferentes puertas fueron resonando a las espaldas de Manarino con trágica reverberación, con esa acústica lejana que tienen las cárceles para el murmurado silencio de la soledad.

Los Federelli, desde sus celdas contiguas, lo vieron llegar lentamente. No se acercó del todo, los observó a media distancia.

—Gracias —dijo Manarino en voz alta—, no sería quien soy sin ustedes.

Luego, dio media y vuelta y oyó la voz de uno de los hermanos:

—Por nada, Manarino, para eso están los enemigos.

Segunda parte

I

Ojo por ojo

Manarino hurgó en su computadora descubriendo programas y funciones, una rara jerigonza que se había propuesto descifrar últimamente como manera de *aggiornarse*. Vera se asomó a la puerta y lo observó con profunda seriedad, dudando del tenor de la noticia que tenía que darle ¿Era buena, mala, indiferente?

—Puede ser sincero, Vera, dígame que cree que jamás dominaré este bicho –dijo Manarino mirando su oficial por el rabo del ojo.

Vera no respondió y ese silencio hizo que Manarino levantase su vista y preguntara:

—¿Sucede algo?

—Los Federelli, señor.

—Ah, supongo que esta semana le tomarán declaración al que encarcelamos recientemente. El otro hermano no intervino en esta serie de crímenes, así que su condena anterior no se modificará….

—Eso no va a ser posible —dijo Vera sin agregar nada más.

—Al grano, Vera.

—Acaban de encontrarlos muertos en sus celdas —dijo Vera en voz firme.

Manarino secamente pulsó un botón de su PC para apagarla, y dijo casi en un susurro:

—Buena jugada… ¿Cómo se le gana a un muerto?

II

El pasado que vuelve

—Ya fueron reconocidos —dijo Vera mientras ambos caminaban en ese sitio tétrico.

—No creo en nada, Vera.

—Los informes dicen claramente: cadáveres encontrados con una bala en la cabeza. La identificación fue realizada sin problemas.

—¡No creo en los Federelli, Vera!

—Pero Señor…

—Quiero verlos, ¿me entiende?

Ambos llegaron al pabellón de la morgue donde se dirigían.

—Inspector, qué gusto, tanto tiempo…. –saludó el director apenas vio a Manarino

—Vengo poco de paseo por acá, es cierto, mi nena prefiere los McDonalds. En fin… vamos al asunto.

—Cómo no, acá están —dijo el hombre acercándose a dos camillas y quitándoles las sábanas que las cubrían—. Parece que a estos dos se les acabó la fiesta.

—Eso veo… —dijo Manarino pensativamente, observando ambos cuerpos y comprobando fehacientemente que eran los Federelli.

—Jodieron bastante eh, y mire justamente a quien se lo digo…

—Puede cubrirlos si quiere –dijo Manarino sin gesticular y girando como para salir del sitio.

—La autopsia se hará apenas el juzgado la pida… De todas maneras las causas de las muertes son obvias, recibieron sendos disparos en la cabeza. Supongo que se abrirá una investigación y…

—Ese ya no será mi caso —dijo Manarino secamente—. Los Federelli ya son parte de mi pasado. Además… debían tener tantos enemigos dentro del propio penal…

—Se lo decía solamente porque apenas la madre de los occisos haga el reconocimiento…

—¿Quién? –preguntó Manarino deteniendo su paso abruptamente.

—La madre de ambos.

—¿Está seguro de lo que dice? Hace años que conozco la vida delictiva de estos tipos y jamás me enteré de que tuvieran familia.

—Eso es lo que se me acaba de informar. Por lo visto la madre vivió siempre apartada de la vida de estos delincuentes, pero esta

vez se hizo ver. Fea noticia para la pobre vieja, ¿no?

Manarino se quedó en silencio unos segundos y luego susurró:

—Qué extraño, no sé por qué tengo la intuición de que este caso me vuelve a pertenecer.

Al salir no dudó en ordenar:

—Vera, apenas lleguemos a la oficina llame al juzgado, consígame la dirección de la madre de los Federelli, vamos a darle un pésame a esa inocente ancianita —completó con ironía sin que Vera entendiera.

—Señor, si me disculpa, no cree que sería mejor que se encargara otra persona.

—No, Vera, es mi caso, hace veinte años que es mi caso.

III

Apariencias

Manarino bajó del tren en la estación de Morón, y caminó las cinco cuadras hasta el pequeño chalet. La casa era una vivienda vieja, deteriorada, con un breve jardín en la entrada, techo a dos aguas y unos inmodestos árboles que le sombreaban el frente con insistencia, se percibía desde fuera un rancio olor a almizcle o a violetas, o a algo parecido a aquellas viejas lociones de la Franco Inglesa.

—¿Qué desea?

—Charlar con usted.

La anciana abrió la puerta con lentitud. El perfume se hizo más rancio, más notorio (¿Era almizcle, era violetas, era lavanda?) La mujer parecía lúcida, más lúcida que lo que quería demostrar

—Usted parece policía.

—Lo soy.

—No necesito nada.

—Son sólo unas preguntas.

—¿Preguntas? Eso no es charlar, eso es interrogar ¿Tiene una orden?

—No sé si pudiera conseguirla, la historia sobre la que quiero conversar ya tiene veinte años.

—Usted es Manarino, ¿verdad?

—Si usted lo dice.

—No quiero su sermón de policía triunfante.

—No vine a dárselo.

—¿Entonces?

—Me gustaría saber quién es usted, jamás supe de su existencia.

—Nunca tuve motivos para mostrarme públicamente.

—¿Ni siquiera hace veinte años cuando sus hijos necesitaron que se los defendiera?

—Tenían abogado, no sé que podía aportarles yo.

—¿Por qué ha aparecido ahora?

—Mis hijos están muertos, necesitaban sepultura, yo soy la única familia que tenían y… Pero, ¿por qué estoy contándole todo esto a usted? —preguntó la mujer endureciendo el tono— Soy una vieja que sólo espera morir tranquila en esta casa, ¿me entiende? Así que váyase ahora mismo.

La mujer cerró la puerta y Manarino se apartó del umbral, sacó un cigarro y lo llevó a su boca sin encender, intentando darse

tiempo para pensar por qué había ido a esa casa, qué pensaba sacarle a esa mujer, qué cabo intuía suelto en la vida delictiva de los hermanos Federelli. Casi sin quererlo, un pequeño cartel que no había visto al llegar, y que permanecía colgado en la fachada de la vivienda, comenzó a responderle: *"Se vende"*.

Con el cigarro apagado todavía en la boca, Manarino susurró:

—¿No era que querías morir acá, viejita?

IV

¿Cuánto vale, cuánto cuesta?

—Buenas tardes –Manarino entró en la inmobiliaria sin identificarse.

—¿En qué puedo ayudarle? –El empleado preguntó mientras llenaba una planilla Excel.

—Estoy interesado en una propiedad de la zona.

—Tome asiento, por favor, dos cifras más y estoy con usted...

Manarino se sentó casi de compromiso, y de compromiso también ojeó un folleto que ofrecía unos departamentos a estrenar en la zona.

—Ya está. ¿Me decía?

—Una casa pequeña, antigua, con techo a dos aguas, que vi a unas cinco cuadras de la estación. No recuerdo el nombre de la calle –dijo Manarino simulando un aire displicente.

—A cinco cuadras de la estación… —meditó el hombre— Ah, sí, ya me imagino cuál es. Al fin hace un rato pude mandar a un interesado.

—No le entiendo.

—Es que nadie va a verla cuando le digo el precio, es una casa vieja y bastante chica, y la propietaria cree que puede exigir el dinero que se le antoje.

—¿Cuánto pide?

—Cuatrocientos mil dólares.

—¿Perdón?

—Lo que acaba de escuchar.

—Pero eso es una locura, no creo que esa propiedad pueda valer ni la mitad de eso.

—Se lo he dicho a esa señora, pero no ha querido bajar ni un centavo. Ya vista de afuera esa propiedad puede interesarle sólo a quien quiera demolerla y construir, o a quien esté buscando una vivienda en oferta para reformar. Por eso las personas que habían venido a preguntar por el cartel, al decirles que no se aceptan contraofertas, ni siquiera se tomaron la molestia de visitar la casa. Sólo hoy vino alguien que dijo que tenía interés a pesar del precio, un hombre extraño… Hay de todo en la viña del señor.

—Le agradezco mucho su información –dijo Manarino poniéndose de pie.

—Si a usted le interesa comprar algo por esa zona, puedo ofrecerle otras opciones.

—Lo tendré en cuenta. Buenas tardes.

Manarino salió del lugar y caminó por el centro de Morón mirando vidrieras vagamente, sin prestar demasiada atención a lo que veía, abstraído en sus cavilaciones ¿Por qué dijo la mujer que quería morir allí y pone en venta su casa? ¿Cuál es la razón de pedir un precio exorbitante? ¿Quién será ese loco dispuesto a pagar esa cifra por una casa que ya sin verla parece digna de ser derruida?

Se acercó a un negocio de cigarros. Observó las pipas expuestas y sus siempre dilectos habanos Montecristo

—Un paquete de Montecristo Número 2, por favor –dijo al entrar.

La vendedora, una señora de pelo plateado fue a buscarlos al interior y Manarino se extasió mirando tabacos. El precio del *Perique* lo alarmó.

—Menos mal que no fumo en pipa, seria todo un presupuesto.

—El *Perique* es un tabaco muy difícil de conseguir –dijo la mujer —. De todas maneras le diré que el precio está un poco alto, pero ponerlo tan caro es una forma de atraer a ciertos clientes.

—¿Los atrae lo caro?

—Aunque le parezca mentira, es así, piensan que hay algo valioso en lo que una les vende, y yo, por mi parte, los tengo en mis garras –completó la viejita con una sonrisa de abuela pícara.

Manarino pagó sus cigarros y salió del lugar sonriendo. Sólo al dar unos pasos se detuvo, al darse cuenta de lo que acababa de escuchar.

—Buscan algo más valioso y yo los tengo en mis garras –dijo en voz alta en plena calle—. ¡Eso es, carajo! –exclamó y empezó a correr.

Trotó cuadras y cuadras. Al llegar a la vieja casa de la madre de los Federelli sacó el arma y golpeó la puerta una y otra vez. Como nadie respondía la abrió de un puntapié.

—¡Suelte esa arma! —gritó al entrar.

La vieja Federelli tenía en su mano el revólver apenas disparado. En el piso, un hombre se desangraba con un balazo en el pecho.

V

¿Veinte años no es nada?

—Todavía me cuesta desenmarañar todo esto.

—¿Se lo tengo que explicar, Vera?

—Si es posible.

—Siéntese. Ya sé que usted no fuma habanos, pero permítame encender uno. Manarino exhaló una bocanada y dijo: —El caso Federelli terminó con la muerte de ambos. Pero si usted recuerda lo que le conté, sabrá que la primera parte de toda esta historia comenzó hace veinte años, y era justamente esa parte la que no estaba cerrada.

—Pero señor, aquella vez usted los detuvo a los dos y…

—Y gané mi fama de investigador y blablablá. Eso ya lo sabemos. Me refiero al delito original. ¿No recuerda? El robo a un banco que era el motivo por el cual yo no le perdía pisada a estos dos sátrapas.

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces también recordará que ellos mataron a un cómplice de la banda y que otro había huido quizá por temor a correr la misma suerte, y también recordará que el dinero jamás apareció.

—¿Y por qué supuso que ahora…?

—Al enterarme de que los Federelli tenían madre, advertí que esta historia seguía abierta. No creí que esa mujer se mantuviera ajena a la vida de sus hijos durante años, y la venta de la casa me lo terminó confirmando.

—¿La venta de la casa?

—Sí, Vera, esa mujer es tan hábil como sus dos vástagos. Al morir sus hijos supo que el cómplice fugado seguía con vida, ya que seguramente él era el que los asesinó. La mejor forma de vengarse que tenía la vieja era atraerlo fingiendo ser una ancianita ajena a todo y poner en venta la casa… la casa en la que obviamente los Federelli habían escondido los millones de dólares robados hace años.

—Pero cómo sabía la mujer quién era el que…

—Fácil, Vera, quien fuera capaz de pagar cuatrocientos mil dólares por esa casa de mierda, era seguramente el hombre que intuía que el botín estaba oculto allí y que seguramente asesinó a sus hijos en la cárcel. La vieja sólo tuvo que dar señales de vida y poner el anzuelo. El tipo picó y, con un disparo, la mujer resolvió dos temas: vengar a sus hijos, y librarse para siempre del último

partícipe de aquel robo.

—Es….

—Sí, brillante, como lo eran sus hijos. Ahora déjeme seguir fumando en paz, es mi forma de festejar.

—¿Festejar?

—Vera, no todos los días se resuelve un robo veinte años después.

Manarino se paró frente a las dos tumbas y arrojó unas flores.

—Disculpe, Inspector, pero no entiendo para qué vinimos acá.

—Tenía que despedirme, Vera.

—¿De los Federelli?

—No, Vera, de mi juventud, la enterré con ellos. ¿No se dio cuenta? Venga, vamos a tomar unos calvados.

—¿Unos qué?

—Calvados, es un licor que se hace con sidra, una especialidad francesa. El comisario Maigret era un gran bebedor de Calvados; dicen que Simenon, su gran creador, también. Venga conmigo, Vera, y tómese uno, capaz que se convierte en escritor exitoso, o en investigador célebre.

—¿Usted cree?

—Ay, Vera, no me diga que no sabe que la realidad siempre termina copiando a la ficción.

—¿En serio, señor?

—Pero sí… no lo dude, yo que usted empezaría a usar sombrero y a fumar pipa…

FIN

Serie Inspector Manarino

La mano señalada

Marcelo Galliano

La mano señalada

Por
Marcelo Galliano

PUBLICADA POR:
Marcelo Galliano

La mano señalada
Todos los derechos reservados © 2016 por
Marcelo Galliano

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial, de este libro; ni la recopilación en un sistema informático ajeno al autor; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

*****

La mano señalada

Primera parte

I

Comienza la partida

El inspector Manarino se había quitado el saco, hacía calor en Buenos Aires y el ajedrez lo hacía transpirar, lo inquietaba. No terminaba de entender la gracia de gastar tanta energía mental en unas piezas inanimadas, ni de tratar de adivinar la estrategia de un contrincante que también debe atenerse a unas reglas preestablecidas. Su oficio de policía, su labor de investigador, su fama de brillante criminalista, se cimentaron con lo contrario de eso: enfrentarse a cerebros criminales sin código alguno, sin principios a respetarse.

El oficial Vera entró con la intensión de recordarle una cita, pero se detuvo al verlo ante el tablero.

—Inspector, qué bueno, yo también juego.

—No estoy jugando, Vera ¿Acaso ve a alguien delante de mí? Sólo me he puesto a echarle una ojeada a algunos movimientos para ayudar a mi chiquita,

que tiene que disputar un intercolegial.

—Yo de chico era muy bueno en esto —dijo Vera entusiasmado y acercándose, observando la posición de las piezas—. Es apasionante, cómo explicarle… es una batalla en silencio, un combate cerebral, como si el gran arte de la guerra se dirimiera en 64 casilleros y…

—¡Ya entendí, ya entendí! Ya que le gusta tanto por qué no me da una mano; quiero enseñarle a mi hijita la respuesta a esta situación, pero no se me ocurre nada.

—Será un placer. —Vera se acercó aún más y se puso a analizar qué movimiento hacer con las piezas negras. Pasaron tres, cuatro, cinco minutos…

—Vera, mi nenita va a jugar un intercolegial con pibitas de 8 y 9 años, no el Abierto de Reikiavik.

—Señor, me tomo el atrevimiento de decirle que el gran Garry Kasparov, jugando contra Anatoly Karpov en el mundial de Sevilla, llegó a tomarse una hora y veintitrés minutos para pensar una jugada —dijo Vera en tono ridículamente formal.

—Y mi abuelo cuando tenía 105 años

tardaba dos horas para lavarse las bolas. Dele, Vera, no tenemos toda la mañana para esto.

—¡Buenos días! –Una hermosa muchachita se asomó a la oficina empujando su carrito de sandwiches y bebidas, y Manarino sintió que su presencia lo sacaba por un instante del tedio—. —¿Qué puedo servirles?

—De entrada una Coca Cola, muchacha, a ver si se me endulza este mal trago —dijo Manarino.

—Ya está —dijo Vera apenas movió, sonriendo satisfecho—. Otra Coca Cola para mí, tengo que festejar la jugada.

Manarino lo miró sin hablar. Al instante echó una ojeada al tablero y displicentemente movió una de las piezas blancas diciendo:

—Jaque mate.

La chica del carrito sonrió pícaramente y Vera sólo atinó a decir:

—Eh… no puede ser…

—Dígame, Vera, ¿cómo salió ese partido donde Kasparov pensó una jugada

durante una hora y 23 minutos?

—Eh…, ganó Karpov —dijo con vergüenza —. Pero pasó que Kasparov luego de otra jugada se olvidó de pulsar el reloj y…

—Suficiente, Vera, llévese su bebida y siga con su trabajo.

—Sí, señor, lo que usted ordene. Solamente quería recordarle que en unos minutos llegará la señora de Sarlegui; usted la citó a las 10.

—¿Quién? —preguntó Manarino.

—La esposa de nuestro ordenanza, tiene un problema con un terreno que le ocuparon, lo quiere vender y no puede desalojarlo.

—Ah sí… sí…, Sarlegui me dejó una nota pidiéndome para que la reciba. Yo no lo veo casi nunca a él, porque hace la limpieza antes de que yo entre a trabajar, tendría que decirle que un problema vecinal no es un tema para mí, pero bueno... En fin, avíseme cuando llegue.

—Bien, señor.

Vera se retiró y Manarino se dirigió a la chica que había visto toda la escena sin pronunciar palabra.

—¿Cuánto te debo, muñeca?

—Son 48 pesos, Inspector.

—Tomá, quedate con el vuelto por toda esta tortura que tuviste que presenciar.

—Gracias, Inspector. ¿Me permitiría sacar un vaso de agua de su *dispenser*? Tengo que tomar una pastilla y prefiero no hacerlo con gaseosa.

—Sí, claro.

Manarino, caballerosamente, tomó un vaso de plástico y le sirvió el agua; luego comenzó a desarmar el tablero de ajedrez y a guardar las piezas en la caja. Al instante, escuchó que la chica tosía con insistencia.

—¿Te sucede algo?

La chica siguió tosiendo mientras se tomaba el cuello como si le faltara el aire.

—¿Qué te pasa? —insistió Manarino.

La muchacha se desvaneció y el inspector se inclinó a ayudarla. Apenas tocó su cuello advirtió que no tenía pulso.

Vera entró nuevamente a la oficina y, sin advertir lo que pasaba, dijo:

—Inspector, llegó la mujer de Sarlegui.

Manarino, todavía acuclillado, respondió:

—Dígale que no la puedo atender; esta chica acaba de morir en mi oficina.

II

Apertura cerrada

—Sí, mi amor, esta noche practicamos ajedrez. Ahora te dejo porque estoy en medio de una investigación. Besitos.

Manarino apagó el celular luego de hablar con su hija y caminó hasta el médico forense, sintiendo el contraste que había entre la calidez de la conversación telefónica y ese sitio helado, estático, donde la muerte parecía derramarse por todas partes.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Inspector –dijo el

forense estrechándole la mano a Manarino y saludando con la cabeza a Vera.

—¿Novedades? –preguntó Manarino secamente.

—Acabamos de recibir el cadáver de la chica. Necesitaremos una autopsia para saber el motivo de la muerte.

—Doctor, ella tomó una pastilla y luego comenzó a toser…

—Sí, sí, lo sé. Pero hemos revisado el blister que llevaba con ella y sólo contenía unos comprimidos de complementos vitamínicos, la tira no parecía alterada.

—Quizá entonces fue un paro cardíaco. Yo desconozco si tenía problemas de salud. Ella venía a la oficina, nos vendía bebidas y…

—Inspector… —comenzó a decir el hombre con delicadeza, recordando el prestigio de Manarino—, por la coloración de la piel y por la forma en que usted ha descrito lo que sucedió … —dijo el médico sin completar la frase.

—Por favor, sea claro…

—Debemos esperar los resultados de la autopsia, es cierto, pero por mi

experiencia, esto fue un envenenamiento.

—Tendremos que investigar con quién estuvo horas antes entonces. Será difícil, era una vendedora ambulante.

—No creo que eso sea necesario.

—No le entiendo.

—Quiero decirle que hemos solicitado el análisis del bidón de agua del *dispenser* de su oficina, y del vaso plástico del que la chica bebió.

—Pero eso no tiene asidero, ese bidón es provisto por la misma empresa que provee a toda la policía, el *dispenser* está ubicado al lado de mi escritorio y yo mismo…

Manarino se detuvo abruptamente casi por temor a pronunciar lo que iba a decir, pero luego completó en un susurro:

—Yo mismo le serví el vaso.

—Inspector, si la autopsia confirma mis sospechas y el veneno estaba en el agua que ella tomó delante de usted…

Ambos se silenciaron incómodamente. Luego el médico dijo a modo de frase hecha.

—Créame que lo siento mucho.

Manarino desvió la mirada y vio a pocos metros una camilla donde un cuerpo yacía cubierto con una sábana. Intuyendo que era el cadáver de la chica, se acercó y lo destapó para luego decir:

—Yo lo siento más que usted.

III

La partida se complica

Una chica muerta en mi oficina, una inocente envenenada por mi propia mano. Manarino se repitió esas frases una y otra vez echado en su cama, los ojos abiertos en la penumbra y el susurro de la respiración de su esposa dormida a su costado.

¿Quién era el asesino? ¿Quién era realmente la víctima? ¿Por qué todo había sucedido en su despacho? ¿Por qué el

bidón? ¿Por qué el vaso? Qué raros caminos se tejían bajo esa escena, como si la realidad fuera un gran tablero de ajedrez en el que se cruzan jugadas imperceptibles que determinan el destino de los hombres. Manarino se levantó de la cama cuidando no despertar a su mujer, y tuvo ganas de gritar: ¡Un culpable, mi reino por un culpable!

Tantos años de sabueso implacable, tantos casos resueltos con esa capacidad deductiva que lo convirtió en leyenda, para verse hoy ante su peor pesadilla: ser el principal sospechoso de un homicidio.

Fue hasta la cocina, abrió la heladera, sacó una jarra de agua helada y se sirvió un vaso y luego otro y otro. Traspiraba, tenía una rara sed, un sed vengativa, desafiante, un deseo de convencerse de que un vaso de agua es inofensivo, que un vaso de agua no puede…

Volvió a su habitación sin hacer ruido, tomó su ropa, se vistió y salió a la calle. Estaba por amanecer, caminó, caminó por esas veredas que comenzaban a perder las sombras de la noche. En uno de sus bolsillos estaba la nota en cursiva despareja que él mismo había anotado copiando los datos del expediente: Julia

Amanda Benegas, 19 años, argentina, domiciliada en Teniente Ortiz 2438, Villa Ballester.

Fue hasta la parada del colectivo, varias personas bajaban, eran obreros, empleadas domésticas, venían desde el Buenos Aires suburbano, eran decenas de 'Julias' dispuestas a meterse en la jungla para limpiar casas, para vender bebidas y sándwiches en oficinas sin conocer su destino, sin saber que la muerte podría encontrarlas en cualquier parte. Cruzó la calle y esperó el colectivo de vuelta, el que lo llevaría a Villa Ballester. Lo vio venir casi vacío, subió y, apenas sacó un viaje, se tiró en un asiento. Ese era el camino diario de la víctima. Una hora, tal vez más, hasta que el colectivo llegó al final de su recorrido. Manarino se acercó al chofer y le pidió directivas.

—Llegue hasta la esquina y camine diez cuadras para la derecha. Ahí va a ver un pequeño barrio de casas obreras.

Manarino lo hizo. Las casitas eran idénticas, calcadas unas con otras. De alguna salían chicos correteando y alguna bicicleta y un inconfundible olor a pan tostado.

La vivienda de Julia no tenía timbre. Manarino se acercó al humilde jardín de la entrada y golpeó las manos. Desde adentro, una mujer con un bebé en brazos miró y dijo:

—¿Qué desea?

—Yo… quería hacerle un par de preguntas.

—Mire, en estos momentos estoy ocupada –respondió entreabriendo la puerta para ver al visitante.

—Es sobre Julia.

La mujer cambió el rictus y Manarino continuó:

—Como usted sabe…la muerte de Julia ha sido confusa…

—Ni siquiera la hemos podido velar todavía.

—Lo sé —dijo Manarino, sintiéndose terriblemente incómodo— y prometo hacer todo lo que esté a mi alcance para que eso se subsane.

—¿Quién es usted? —Yo… digamos que soy alguien que la conocía.

—Es quien estaba cuando ella murió,

¿verdad?

Manarino se petrificó ante la pregunta, un raro escalofrío serpenteó por su espalda.

—Mire señor –continuó la mujer—, mi hija era una chica de 19 años, estudiaba de noche, y de día, como usted sabe, vendía sándwiches y bebidas en oficinas para mantener a este bebé. No se drogaba ni andaba en nada raro para tener enemigos, si es que es eso lo que quiere preguntarme.

—Señora —interrumpió Manarino como disculpándose., yo en ningún momento dije…

—Mentira. Sé quién es, he leído sobre usted y me doy cuenta de que está aquí no por piedad sino para justificar lo sucedido. No tiene un culpable, ni siquiera un sospechoso, y deberá buscar una explicación para resguardar su nombre de investigador.

—Voy a encontrar el responsable.

—Sabe, soy pobre, y los pobres aprendemos a no creerle a nadie. Ahora, si me disculpa…

La mujer cerró la puerta y Manarino se

quedó unos instantes como mirando un horizonte inexistente. Luego giró y anduvo lentamente hacia la calle asfaltada donde lo había dejado el colectivo, pero decidió caminar hasta la estación, y tomar el tren. Bajó en Retiro y observó cada uno de los vendedores ambulantes *¿Quién podía odiar tanto a una vendedora de gaseosas? ¿Quién podía haberlo tramado para que sucediera en mi oficina?*

Caminó hasta el bar de siempre, pidió un café con leche con dos medialunas. Al instante, Vera entró al bar.

—Inspector, me imaginé que estaba aquí.

—¿Alguna novedad? —preguntó Manarino sin dar explicaciones por no haber ido a la oficina.

—Sí, eh..., estuvo la esposa de Sarlegui… —comenzó a decir Vera como intentado evadir algo más importante—, le dije nuevamente que usted estaba ocupado en un tema muy importante y…

—¡Al grano, Vera!

El oficial respiró y luego se animó a decir:

—Acá tengo los primeros informes de la

autopsia.

—¿Ya, tan pronto? Le escucho –dijo Manarino

—Fue un envenenamiento, como se suponía.

—Algo de efecto retardado, seguramente, quizá estricnina; según la dosis puede tardar media hora o más en causar efecto —dijo pensativamente.

Vera no respondió y Manarino lo miró:

—¿Es otra cosa?

—Algo de efecto inmediato, Inspector. Fue envenenada por una sustancia de la que se encontraron restos en el bidón del *dispenser*. En las próximas horas una junta de toxicólogos determinará qué es.

—¿Cómo dice, Vera?

—Lo que acaba de oír –respondió Vera con preocupación.

Manarino tomó un sorbo de su café con leche y dijo:

—Vera, llame a este número, es la cátedra de farmacología de la Universidad de buenos Aires, pida hablar con este profesor –dijo mientras sacaba su agenda

y escribía los datos en un papel—. Cuéntele lo sucedido y que le informe sobre nuevos venenos utilizados, formas de contaminación de agua, efectos letales y demás. Yo por mi parte voy a ir a la empresa que nos provee los bidones…

—Señor —interrumpió Vera, quien ni había gesticulado ante los pedidos de Manarino —. Llamaron del juzgado. El fiscal, a la vista de que los hechos ocurrieron en nuestra oficina, ha solicitado que se lo aparte a usted y a toda nuestra dependencia de la investigación — completó Vera con pena.

Manarino se echó contra el respaldo de la silla, y se silenció unos segundos, abstraído. Luego, como recuperando su energía y la noción de la realidad.

—Que ni lo sueñen.

—Señor, las órdenes fueron claras, no apartarse puede agravar su situación.

—Vera —dijo Manarino en voz firme y poniéndose de pié—, en un librito de ajedrez que estuve hojeando para ayudar a mi nena con el intercolegial, leí una frase de Mijail Tal ¿Sabe quién fue? Un gran campeón de ajedrez. Era capaz de

sacrificar la dama y las piezas que fueran necesarias para ganar. Decía: *“Para mí el tablero de ajedrez es un campo de batalla y no los libros de un contable”.* Yo pienso lo mismo de la criminología. Y si un fiscalito, que seguramente estaba dando el ingreso a la Facultad de Derecho cuando yo ya era Manarino, me va a decir dónde tengo que meter mi nariz, me dedico a vender churros en la cancha de River. ¿Entiende? –Vera afirmó con la cabeza—. Ahora respóndame: ¿me va a ayudar, o se va quedar en su casa viendo las repeticiones de Miami Vice?

Ataque a la descubierta

Era casi mediodía. Apenas entró, Manarino vio el depósito donde se apilaban cientos de bidones.

—Le digo, señor, que el gerente me acaba de decir que no puede atenderle.

—Señorita, ¿usted sabe lo que es esto? –preguntó Manarino mostrando su identificación.

—Sé lo que eso significa si tiene una orden.

—¿Ves demasiada televisión, muñeca? Para tu información, puedo abrir esa puerta a mi antojo y decirle a tu jefe…

—No va a ser necesario –La puerta se abrió y un hombre pronunció esas palabras—. Tengo unos minutos, Inspector. Pase.

Manarino miró una vez más a la secretaria de manera desafiante, como perdiendo su habitual caballerosidad con las damas, y sin decir nada pasó a la oficina del gerente.

—Si no le molesta…, digo… ¿podría

apagar su cigarro, por favor? Nuestra empresa adhiere a las campañas ecologistas.

Manarino apagó su habano y con sonrisa socarrona, dijo:

—¿Y qué opina Greenpeace del agua que ustedes comercializan?

—Nuestros *dispensers* cumplen con todas las normas…

—Voy a ser breve. –Interrumpió Manarino —. Llevo más de 20 años en la policía...

—Conozco muy bien su prestigio.

—Llevo más de 20 años en la policía –repitió Manarino remarcando las palabras con la intensión de no ser interrumpido—. He apresado delincuentes, resuelto enigmas, delineado soluciones que hoy se estudian en todas las escuelas criminalísticas, he sufrido amenazas, complots, y he sido acreedor de toda la admiración, la envidia, el odio y las burlas, en los porcentajes que a usted se le ocurra, de parte de todos los sátrapas que he encarcelado. Pero jamás, jamás me he visto envuelto en un homicidio.

—Inspector –dijo el tipo manteniendo el dominio de la situación—, mientras usted hablaba con mi recepcionista me comuniqué con mis abogados y les expresé mi decisión de recibirlo. Pero debo decirle que nuestra empresa ya se ha pronunciado sobre ese asunto y…

—¿Asunto? Mire qué linda palabra. Su agua envenena a una mujer…

—Le repito que nuestros *dispensers…* —intentó interrumpir el gerente.

—…en mi oficina y tomando un vaso de mi propia mano ¿Sabe lo que eso significa?

—No estoy autorizado para sacar conclusiones.

—Puede significar dos cosas: una gravísima negligencia de ustedes; o un crimen premeditado.

—¡Lo que está diciendo es una tontería, inspector! Somos proveedores de todas las dependencias policiales. Esa misma partida de bidones fue entregada en varios sitios sin ningún problema, no tenemos materiales tóxicos ni venenos de ningún tipo en nuestra empresa como para que se produzca negligencia alguna. Y en cuanto a un homicidio premeditado, ¿usted cree

que existe alguien en el mundo que va tramar algo semejante para asesinar a una vendedora ambulante?

Manarino se recostó contra el respaldo e hizo silencio, se sentía un inexperto, un principiante. Durante años había enfrentado a los más peligrosos y cerebrales delincuentes, había desanudado planes casi perfectos de desquiciados capaces de desafiarlo cara a cara a que encontrara pruebas. Pero ahora era distinto, le faltaba algo…

—No fue mi intención acusarlo de nada —dijo Manarino más calmado—. La muerte de esta chica es algo que me perturba y la búsqueda de pruebas es algo que…

—Creo que se equivoca, Manarino —dijo el tipo dando en el clavo—, no es la búsqueda de pruebas lo que lo altera, sino el hecho de que no tiene a nadie de quien sospechar.

V

Amaurosis scacchistica

(Ceguera ajedrecística)

Manarino volvió de la empresa de aguas y permaneció varios minutos en silencio, en su oficina, con sus manos unidas a la altura de la boca como en postura de

oración. Luego se puso de pié y comenzó a moverse, dando pequeños pasos como en una especie de íntima coreografía que le sirviera para apoyar sus pensamientos, esos pensamientos que murmuraba en soledad como manera de reconstruir lo sucedido.

“Esa mañana, hasta ese momento, había sido una mañana común. Ninguna de las personas que trabajan en la dependencia se había comportado de manera extraña ni sospechosa. Yo me había tomado unos minutos para estudiar una jugada de ajedrez con el fin de ayudarle a mi hija en su intercolegial. Vera entró para recordarme que a la diez tenía una cita con la mujer de Sarlengui, pero se interesó en el juego. Se puso a pensar largo rato, yo le recriminé y me contó la anécdota de Kasparov. Luego entró la chica con su carrito, le pedí una Coca Cola, Vera movió y pidió una Coca Cola para él. Yo moví e hice jaque mate. La chica sonrió pícaramente y yo le ordené a Vera que siguiera con su trabajo. Le pagué a la chica y le dije que se quedara con el vuelto. Luego ella me pidió sacar agua del dispenser ya que tenía que tomar una pastilla y no quería hacerlo con gaseosas. Siempre el dispenser está en ese lugar y

yo no noté nada extraño. Era un dispenser nuevo, cada día la empresa llega temprano, antes de que yo entre a mi oficina, y trae el nuevo bidón con el agua supuestamente controlada. La chica tomó el vaso y bebió un sorbo, a lo sumo dos, comenzó a tener arcadas y luego dejó caer el vaso para después desplomarse aquí mismo, en este preciso lugar. Yo me acerqué a ella y comprobé que estaba muerta"

—Inspector –Vera entró al despacho con varias hojas tamaño oficio. ¿Lo interrumpo? –preguntó, temiendo cortar las elucubraciones de Manarino.

—No se preocupe, ¿ya tiene todo?

—Sí. Antes quisiera decirle que estuvo otra vez la señora de Sarlegui y…

—¡Vamos a lo importante, Vera!

—Sí, señor. Me comuniqué con el profesor de farmacología e inmediatamente me envió una lista con los diez venenos más potentes. Aquí están: Toxina botulínica, ricina, ántrax, sarin…

—Espere, Vera, no me cuente "Guerra y paz" de Tolstoi, seamos prácticos. Dígame qué dijo la junta de toxicólogos. ¿Los

restos que se encontraron son de alguno de esos diez venenos?

—Sí, señor, lo que se halló es un derivado del cianuro.

—Perfecto, con eso confirmamos que no fue un envenenamiento casual por contaminación o alguna otra milonga; quien lo hizo quería asegurarse de que la víctima sobreviviría –dijo Manarino con expresión esperanzada, como quien comienza a desenmarañar un indescifrable galimatías.

—Disculpe señor, pero…

—Diga Vera.

—Como ya le había adelantado esa sustancia es de efecto instantáneo.

—Por eso yo no iba mal rumbeado cuando apunté a la empresa de aguas.

El silencio de Vera inquietó a Manarino. Luego el oficial tragó saliva y se animó a decir:

—Señor –siguió Vera—. Toda la producción de bidones de la empresa proveedora de agua fue analizada. En

ninguna parte se ha encontrado cianuro ni nada que haga sospechar que ese bidón salió contaminado de allí.

Manarino se quedó unos segundos en silencio y luego, a modo de pensamiento y muy lentamente, dijo:

—Si la chica era una pobre vendedora ambulante sin enemigos y la empresa entregó el agua en perfecto estado…, significa que el bidón…, que el bidón fue envenado aquí…, y que alguien de esta dependencia quiso… —Luego de una pausa preguntó—: ¿matarme a mí?

Vera no se animó a responder. La campanilla del teléfono sonó en el escritorio de Manarino y el oficial viendo el estupor del cual era presa su superior, atendió.

—Sí, oficina del Comisario Inspector Manarino. ¿Qué desea? Ah, sí, ¿cómo le va? Soy su asistente, el oficial Vera ¿En qué puede ayudarla? Le entiendo, le entiendo perfectamente. Gracias por su llamado, se lo comunicaré al Inspector.

Vera colgó el teléfono y miró seriamente a Manarino, quien continuaba en su estado de sorpresa, para luego decirle:

—Era la secretaria del juzgado, señor. La familia de la occisa acaba de iniciar acciones contra esta dependencia. El juez le va a impedir salir de la ciudad y acaba de solicitar al Jefe de la Policía que lo remueva de su puesto momentáneamente.

VI

Acoso al rey

Manarino pasó otra noche sin dormir. Salió de su casa sin despertar a su esposa y a su hija para evitar un desayuno con consuelos insostenibles. Tomó el subte

hasta Retiro y entró al bar de siempre.

¿Ahora qué, Manarino?, pensó, apenas sentado en una mesa del café. *¿Dónde están las historias heroicas contadas y recontadas que te salven; dónde está el pasado que venga en tu auxilio para decirle al mundo que aún te quedan dos vueltas de carrusel; que sin placa y sin arma se acaba el héroe de piedra en el pedestal, pero persiste el hombre de huesos y carne blanda andando en un mundo de hombres, donde nadie quiere escuchar glorias perdidas, donde el éxito se acaba en un segundo como un sorbo de whisky o un helado de vainilla al sol?*

El mozo le trajo un café junto a un vaso de agua y un platito con dos amarettis. La taza dejó escapar un hilo de humo ceniciento; Manarino la llevó a su boca, caliente, sin azucarar, amargando su paladar mientras una sinfonía de murmullos, de platos y de dados chocándose, le llegaba desde las mesas más cercanas, y la luz amarillenta del sitio caía como un pájaro enfermo.

—Inspector, su esposa me dijo que no había desayunado en su casa, por eso supuse que estaba aquí –dijo Vera acercándose, sentándose a la mesa.

—Le presento mi nueva oficina –dijo Manarino con penosa sonrisa.

—Todo se va a solucionar pronto, señor.

—¿Sí? Ahora cuéntese una de Cowboys.

—Le doy mi palabra, vamos a esclarecer…

—Vera, no puedo.

—Pero señor, seguiremos la pista del veneno y…

—Shhh, no me aturda con boberías. ¿Sabe quién soy?

Vera asintió con la cabeza y Manarino insistió:

—¡Le estoy preguntando si sabe quién soy!

—Mi maestro, mi modelo a seguir.

—Y si soy todo eso cómo tiene el tupé de mentirme y de engañarse a sí mismo. He resuelto los casos más importantes de la criminología nacional de los últimos años, pero dígame: ¿cuándo vio que yo me guiara por una pista de laboratorio, por un ADN, o por una huella digital? Jamás. Esas cosas pueden ser complementos

para mí, pero sólo eso. Yo soy un sabueso de almas, Vera. Yo olfateo el interior de las personas, sus mentes, por eso logro lo que pocos logran.

—Pero entonces más a mi favor…

—No, Vera. Tengo un bidón envenenado, una pobre vendedora ambulante muerta y sin enemigos, y una empresa de aguas sin ningún interés en matar a nadie ¿Me entiende? No tengo a quién olfatear, Vera, soy un jugador sin contrincante. Si el héroe no tiene un villano la película fracasa. Nadie escribiría jamás la historia de un policía peleando contra nadie, no sería *best seller*. Ahora vaya a la oficina y espere que los superiores se comuniquen y le informen el futuro de nuestra dependencia.

Vera asintió con la cabeza y se puso de pié dispuesto a irse.

—Ah, señor, me olvidaba, volvió la esposa de Sarlegui y le dije que usted no estaban funciones, pero me preguntó dónde podía ubicarlo…

Manarino respiró ruidosamente, como diciendo “y encima eso”.

—Le dije que podía encontrarlo acá –dijo

Vera

—¿Acá?

—Pensé que ocuparse de un tema liviano podía despejarle la mente por un rato y…

—Sí, Vera, como no –replicó Manarino con ironía—, consígame ese tipo de casos: el robo de un voligoma, o una investigación por una chinche sin punta…

—¡Inspector! –el grito de la mujer de Sarlegui resonó en todo el bar.

VII

La partida se agranda

—¡Hace tiempo que lo vengo buscando, Inspector!

Manarino le hizo un gesto a Vera para que se retirara de la mesa.

—Sí, señora, lo sé, estos han sido días un poco complicados y…

—Mi caso es muy simple –se apresuró a decir la mujer de Sarlegui, que parecía no escuchar más que sus propias palabras—. Le cuento. Mi marido y yo tenemos un terreno lindero a nuestra casa, el terreno es de nuestra propiedad…

—No creo que sea un tema en el cual

pueda ayudarle.

—…y quiero vender ese terreno —dijo la mujer sin oír a Manarino—. Es más, ya tengo comprador; es una empresa que va edificar. Pero al terreno lo han ocupado ilegalmente unas personas…

—Seguramente podrá hacer la denuncia y un juez los mandará a desalojar.

—…Y como yo tengo urgencia por vender, para que el comprador no se enfríe, necesito alguien que los saque sin papeleos ni acciones legales que me hagan perder tiempo, ¿me entiende? Disculpe, ¿no toma el agua? –preguntó señalando el vasito que le habían traído a Manarino para acompañar el café—. Es que ya son las 10 y tengo que tomar una pastilla –agregó sacando un frasco de su cartera—. Es por los nervios ¿sabe?; la tomo cada cuatro horas, a las 6 a las 10, a las 14…

Manarino la observó en silencio dándose cuenta que lo más práctico era sacarse esa mujer de encima cuanto antes. Con su mejor “cara de poker” le dijo:

—Señora, deme la dirección del terreno.

VIII

Habemus villano

El lugar estaba lleno de casuchas de cartón y sogas con ropa colgada. Manarino se asomó entre camisetas y calzoncillos húmedos, y aplaudió para llamar la atención. En seguida, un hombre mayor, de pelo apenas canoso, torso descubierto y escarbadiente en la boca, lo abordó.

—Si viene de parte de esa mujer le digo de entrada que no nos asusta.

—Linda bienvenida.

—Ya nos dijo que nos iba a mandar a un policía especial para cagarnos a tiros.

—Ah, le dio un lindo augurio.

—Empiece cuando quiera, si se anima.

—Señor, no es mi intención…

—¡Viene a echarnos, ya lo sé! –interrumpió el hombre.

—Digamos que vine a conversar amablemente con ustedes —dijo Manarino

con ánimo diplomático.

—¡No hay de qué conversar!

—Se equivoca, señor –replicó Manarino un poco más serio, pero sin perder la cordialidad—, les conviene charlar sobre el asunto; usted sabe tan bien como yo que por la vía legal…

—Lo que yo sé es que el marido de esa mujer nos dijo que nos podíamos quedar.

—La versión que yo tengo es diferente.

—El marido es el verdadero dueño de este terreno porque ya vivía con su primera mujer en la casa de al lado, y hasta que él no nos diga algo, no nos vamos ¿Le queda claro?

Manarino se preguntó cómo podía un policía de su prestigio terminar cayendo tan bajo; y para evitarse a sí mismo proseguir con la humillación, saludó a esas personas con la cabeza y dio media vuelta.

Caminó por ese barrio humilde, varias cuadras, rezongando, maldiciendo, repitiendo insultos *¿Quién carajo me mandó a meterme en esta estupidez? Un pobre ordenanza que vive en este barrio*

de mierda, en una casa de mierda y que tiene un terreno de mierda que lo quiere comprar una constructora, y el muy imbécil es capaz de pelearse con su propia mujer para…

Una pelota golpeó en una de las piernas de Manarino y lo sacó de sus meditaciones. Era de unos chicos que jugaban al futbol en plena calle.

—Disculpe, señor, fue este idiota que no sabe para dónde patea –dijo uno de los chicos.

—Qué te pasa, salame, si el que no ataja una sos vos –replicó el otro.

—Bueno… ya está —dijo Manarino tomando la pelota entre sus manos e intentando poner orden.

—Siempre igual el boludo éste –siguió el primero de los chicos—, ya nos hizo perder todo el tesoro.

—¿Tesoro? ¿Son piratas también? —preguntó Manarino sonriendo con franqueza, quizá feliz de meterse en esa discusión infantil.

—No fue mi culpa –dijo el otro—, yo qué sabía que iban a levantar el terreno para

construir.

—¿Cómo es eso? —preguntó Manarino más por intuición que por curiosidad.

—Yo le explico —respondió el primero—. Hacía meses que veníamos juntando de los vueltos para comprarnos una *Play Station*. Y para que nadie en nuestras familias supiera, a éste se le ocurrió enterrar la plata en un baldío.

—Y con tan mala suerte que vendieron el terreno para construir y una mañana lo encontramos todo levantado. Me imagino que los obreros vieron la plata y se la llevaron –dijo el otro para luego completar —: Pero no me diga que no era una buena idea enterrarla para que nadie la encontrara.

Manarino se quedó mudo, parecía como que un rayo de inspiración le llegaba a su cabeza. Luego balbuceó:

—O sea que en este barrio se está construyendo mucho.

—Sí, un montón –dijo uno de los chicos.

—Y la constructora… al levantar los terrenos… encuentra todo lo enterrado… –susurró Manarino devolviéndoles la pelota

y tomando el celular.

—Hola Vera, ¿ya asumió como comisario? —preguntó en tono de broma para retomar con seriedad—. Preste atención a la dirección que le voy a pasar por mensaje de texto y pida una orden para desmontar un terreno. Consígala cuanto antes. Sí, ya sé que no estamos en nuestro mejor momento para pedir nada, pero busque algún juez amigo e invente algo, diga que se escucharon tiros por la zona y que ese terreno está tomado ilegalmente. Que ¿qué estoy investigando? Si lo supiera no lo llamaría, pero… no sé, tengo la intuición literaria de que esta historia tan aburrida empieza a tomar cuerpo.

Manarino encendió un Montecristo Número Dos. Era buena señal, *el protagonista debe mantener su imagen*, pensó y sonrió.

Caminó largo rato por el barrio, merodeando el terreno pero a distancia suficiente para no ser visto. A las dos horas divisó que Vera llegaba en una patrulla y una pequeña máquina excavadora

—¡Buen trabajo, Vera!

—Inspector, esto nos puede costar caro.

—Más saldría contratar a Jack Nicholson para que haga de malo.

—¿Qué?

—Nada, Vera, vamos, dé la orden, usted maneja el operativo.

"¡Maldito, ya las vas a pagar! ¡Rajá de acá!" Los gritos de los *okupas* se ahogaban con el estruendo de la máquina excavadora. Manarino llevaba puesto su típico impermeable y mantenía encendido su habano, como si recuperando su atuendo volviera a convertirse en un inspector con todas las letras, con todos los gestos y con todas las facultades intactas.

—Señor, ¿está seguro que…? –Vera preguntaba con miedo.

—Tranquilo, Vera, algo hay, no sé qué, pero algo hay.

—Es que me costó conseguir la orden y…

La excavadora se detuvo y Vera se silenció. El que manejaba el inmenso aparato advirtió algo sospechoso desde su asiento y decidió apagar el motor. Manarino, con calma, se acercó al pozo y

vio el cadáver.

—Ahí tiene, Vera, ahora sí vamos a resolver el caso de la chica envenenada —dijo Manarino sonriente.

—¿Pero señor, qué tiene que ver este cadáver con…?

—No tengo la menor idea, pero de algo estoy convencido, habemus villano: Sarlegui.

IX

Peligro de jaque continuo

Luego de varias noches de insomnio, Manarino durmió un rato esa noche y al amanecer desayunó en familia y hasta le prometió a su chiquita volver temprano y jugar al ajedrez con ella. El cadáver encontrado le sirvió para recuperar su puesto, ese que nunca debió haber perdido. Al llegar a la oficina puso sus pies en el escritorio y fumó mirando el nuevo *dispenser.* Estaba de vuelta, es cierto, seguía siendo el de siempre. De manera brillante acababa de resolver un caso que ni siquiera había empezado a investigar… Había un asesino en su propia

dependencia, ahora lo sabía. Pero… ¿serían ciertas sus corazonadas? ¿Sarlegui también había envenenado el bidón por el que murió la vendedora? De ser así, ¿para qué lo había hecho?

—¿Lo molesto, Inspector?

Manarino negó con la cabeza sin dejar de mordisquear su cigarro.

—Traigo noticias del cadáver –informó Vera con preocupación.

—Lo escucho.

—Es de la primera mujer de Sarlegui.

—Lo suponía. Por algo el muy turro no quería vender el terreno.

—Los forenses no han podido todavía determinar la forma de la muerte; el juez pidió otra junta médica pero no será necesaria.

—¿No?

—Sarlegui acaba de declararse culpable.

Manarino quitó los pies del escritorio y dijo:

—¿Así, tan fácil?

Vera dudó en decirle la verdad completa, luego de un instante dijo:

—Sí.

Manarino pareció decepcionarse. Su villano parecía desmoronarse, pasar de tigre a gatito derrotado.

—Esto es lo que en ajedrez se llama jaque mate pastor, ganar un partido en dos o tres jugadas –dijo sin mucho entusiasmo.

—Eh…, no es tan así señor.

—Explíquese, Vera —dijo Manarino intrigado ante las dudas de su colaborador.

—Sarlegui declaró haber matado a su primera esposa de un golpe en la cabeza, el 4 de abril de 1996.

—Nada más que hablar. Homicidio. Punto.

—Usted no me escuchó bien, señor.

—Lo escuché perfectamente, Vera.

—¡La mató el 4 de abril de 1996! –dijo el oficial levantando voz—. Nosotros lo detuvimos la semana pasada, señor, más exactamente el 5 de abril de 2016. Son veinte años y un día. Según la ley, el hecho prescribió el día anterior a la detención.

Manarino cerró los ojos como quien no

cree lo que está escuchando, para luego esbozar una sonrisa y murmurar entre dientes:

—Estás para un protagónico, Sarlegui; me gusta tu estilo…

—Pero hay más, señor –dijo Vera—, la situación laboral de Sarlegui…

—¿Cómo?

—Para la ley, Sarlegui es un hombre con todos los derechos y nosotros no podemos discriminarlo. —Manarino se puso de pie, llevó sus manos a la cintura como pidiendo explicaciones, y dijo:

—¿Usted me está queriendo decir que nos van a obligar a que ese tipo siga trabajando para nosotros?

Vera intentó consolarlo:

—Quizá si lo vigilamos bien no sea tan grave.

—Claro, hágame acordar de que contrate a Yiya Murano de cocinera y a Barreda de terapeuta familiar.[1]

De la puerta, la voz del recién llegado se hizo escuchar:

—¿Qué pasa, Comisario, está intentado

cercenar mi libertad de trabajo?

X

¿Lazo de Maróczy o Mate de la coz?

Manarino volvió a sentarse y a poner sus pies en el escritorio como si no lo perturbara la entrada del hombre. Echó algunas bocanadas de humo y luego dijo:

—Sarlegui… Sabe una cosa, la gente como usted es la que hace que yo siga siendo policía. Sí, se lo confieso, a mí no me interesan los tiros, ni tengo tampoco veleidades de justiciero. A mí lo que me fascina es saber cómo un tipo, un día cualquiera, de la nada, decide asesinar a su esposa. Y cuando me adentro en esas mentes enfermas, es cuando gano.

—¡Cómo le gusta cacarear, eh! Se lo comió el personaje, Manarino; tanta gloria, tantos años siendo el más grande criminalista viviente que al final se creyó Humphrey Bogart. Yo que usted estaría preocupado, hay una grave acusación sobre sus hombros, una chica murió aquí mismo y usted la envenenó sirviéndole ese vaso de agua.

—No me haga reír, Sarlegui; es más, no me decepcione, sea un villano con todas las letras y confiese que usted envenenó ese bidón

—¿Yo? A ver… ¿y para qué iba a hacer eso?

—Eso es lo que voy a descubrir.

El tipo largó una carcajada y luego dijo:

—Dígame, ¿qué siente una gloria de la criminalística viendo como un pobre ordenanza se burla de él? Tantos años limpiando su mugre… Lo detesto, ¿sabe? Así que no pierda su tiempo, no me impresiona, siga haciéndose el Sam Spade, mire por la ventana pensando que ve la ciudad de San Francisco, y tómese su refrigerio de las 10. Bye

El tipo dio media vuelta para irse, pero Manarino se quedó callado ante la última frase. *Su refrigerio de las 10…* ¿A qué le hacía recordar eso? ¿Quién había dicho algo parecido sobre unos horarios fijos para tomar algo? Luego de unos segundos, su cara se iluminó.

—¡Su actual esposa!

—¿Qué dice? –preguntó Sarlegui quien ya estaba en la puerta.

—… a las 6, a las 10, a las 14,…

No sé de qué está hablando.

—¡Es a ella a la que quería asesinar!

Sarlegui, ahora serio, se acercó unos pasos y Manarino prosiguió:

—Usted ocultó el asesinato de su primera esposa durante años. Semanas antes de la prescripción del hecho, a su actual mujer se le ocurre vender ese terreno a una constructora. Debía parar la venta sí o sí, y no podía convencerla de ninguna manera. Es entonces cuando decidió matarla, y qué forma más segura de cometer un asesinato que lograr que sea otro el que lo concrete. Usted sabía que su mujer tomaba una pastilla a las 10 de la mañana, por lo cual me pidió que la recibiera a esa hora. Claro, esa misma mañana usted, que era quien recibía los bidones de agua, se encargó de envenenar el *dispenser.* El resto era fácil, cuando su mujer llegara, me pediría un vaso de agua para tomar la pastilla, y yo sería el encargado de envenenarla sin querer. Era un plan perfecto, lástima que no tuvo en cuenta el imprevisto: minutos antes que su esposa, la pobre vendedora ambulante llegó y yo le di de beber del agua fatal.

—Muy bien, Manarino. ¿Quiere que le diga

algo? Tiene razón, quise envenenar a mi actual esposa. En el *dispenser* encontrarán mis huellas y mis ADN, es cierto, pero también encontrarán huellas y ADN de todos lo que lo han tocado, inclusive las suyas, Manarino. En cuanto al veneno…, podrán allanar mi casa y no encontrarán ni un gramo, ni un solo comprobante ni testigo que diga que yo lo compré. Ahora que recuerdo, había por aquí una carpeta con remitos de las entregas de la empresa de agua, donde el repartidor había anotado los días y horarios de las entregas. De más está que le diga que yo mismo quemé esa carpeta. Ay, Manarino, deje de leer tantas novelitas y de ver películas, los verdaderos villanos no somos tan estúpidos como en la ficción. Por ahora usted sigue siendo el único sospechoso de asesinar a esa vendedora –dijo Sarlegui para luego, ya en la puerta de la oficina, agregar:

—Ah, me olvidaba, la semana que viene me reincorporo al trabajo, espero ser bien tratado. Buenos días.

XI

Notación

—Sí, mi vida, te oigo; ¿qué pasó? ¿Que la nena tuvo problemas con una

compañerita? ¿Y cómo fue? ¿Qué? Jajajaja No me digas… Y cómo no me voy a reír, si es brillante. Bueno, te dejo porque tengo una reunión.

Manarino estaba una vez más en la puerta del gerente de la empresa de aguas, y apagó el celular con una sonrisa.

—¿Todo bien, señor? —preguntó Vera.

—Hija de tigre… Mi nena descubrió a una compañerita haciendo trampa en las preliminares del torneo de ajedrez.

—¿Cómo fue el asunto?

—Parece que la otra nenita tenía una hoja debajo de la planilla de anotación donde se escriben las jugadas que uno va haciendo. Aparentemente esa hoja que tenía debajo estaba en blanco, pero mi hijita sospechó, vio a la compañera mirándola. Llamó a la maestra y, efectivamente, la hoja estaba en blanco pero mi nena pidió que se le colocara un paño y se la planchara.

—¿Cómo?

—Sí, Vera, yo se lo enseñé, es un truco con el que yo jugaba de chico haciéndome el detective. Si usted escribe algo con

fuerza y tiene otra hoja debajo, quedarán marcas casi imperceptibles en ese papel aparentemente blanco. Planchándolo con un trapo logrará que, al mirarlo a la luz, se note todo lo que se escribió en la hoja de arriba.

—¿Y entonces?

—Parece que la maestra se negaba a hacerlo, pero mi nena insistió y se dieron cuenta de que la compañerita tenia anotadas varias jugadas preparadas.

—Guauuuu, resolvió el caso.

—Usted lo ha dicho. En fin, ahora concentrémonos en lograr las pruebas que necesitamos para condenar a Sarlegui.

Ambos se pararon ante la secretaria con la que habían discutido días antes y, sin saludarlos, la chica les dijo:

—Adelante, el gerente los está esperando.

—Inspector, oficial, tomen asiento por favor.

—Es una visita rápida, señor, ya estará al tanto de los nuevos acontecimientos —dijo Manarino.

—Sí, claro, y me alegra mucho que

nuestra empresa haya quedado fuera de sospechas –dijo el hombre con cierto resentimiento.

—Y la colaboración que pueda brindarnos ayudará todavía más a su prestigio.

—Usted dirá.

—Necesitamos las copias de los remitos de entrega de los *dispensers*, más exactamente el remito del día en que ocurrió la desgracia en mi oficina. Debemos chequear que el agua fue recibida por el acusado.

—Podría autorizar a la gente de sistemas para que le hagan una copia de las entregas de ese día.

—No, no nos sirve, necesitamos una prueba material, sabemos que su repartidor hizo un remito donde constaba el día y la hora de la entrega del *dispenser*. Nuestro original se extravió, o mejor dicho, fue destruido por el sospechoso. Le estoy pidiendo la copia en carbónico que seguramente quedó en el talonario del repartidor.

—Lamento no poder ayudarle.

—¿Perdón?

—Usted sabrá cómo son los repartidores, trabajan muy temprano y a mucha velocidad para evitar que los tome la hora pico de tránsito. Hacen su trabajo con tanta rapidez que jamás usan el carbónico.

—Pero entonces qué control tiene usted sobre…

—Inspector, el uso del carbónico ya es una antigüedad. Es más, esos talonarios de remitos con duplicados son pura costumbre, la verdadera facturación se envía mensualmente a los clientes, en el caso de ustedes al Departamento Central de la Policía Federal, y, como ya le dije, las entregas se registran en nuestras computadoras,

Manarino no atinó a pronunciar palabra, sólo levantó su mano derecha en señal de agradecimiento y se puso de pie dispuesto a retirarse, pero Vera permaneció sentado como aguardando la resolución.

—Vamos, Vera.

—Inspector… su hija… —murmuró Vera

—El señor tiene cosas que hacer, Vera.

—El paño, Inspector —dijo sin moverse de la silla y ya en voz más alta

—No sirve, Vera, ¿no escuchó? Esos talonarios de remito no tiene valor alguno, aunque hubiera quedado alguna marca de lo escrito, seguramente el repartidor ya lo tiró.

—Está equivocado, Inspector —dijo el gerente—.Ya le dije el otro día que nosotros adherimos a las normas ecológicas. Jamás tiramos papel, lo mandamos al centro de reciclado.

Manarino sonrió y dijo:

—¿No le digo, Vera? En cualquier momento mi nena me saca el puesto.

XII

Captura al paso

El centro de reciclaje estaba a 5 cuadras de la empresa de aguas; Manarino y Vera trotaron hasta allí.

Una señorita, seguramente una guía

especializada en reutilizamiento de materiales, le hablaba a un grupo de chicos de un colegio.

—En lo que se refiere a materia prima, existen dos categorías de papel, me estoy refiriendo a los desechos pre consumo y a los desechos post consumo.

—Señorita, disculpe la interrupción, quería saber dónde se encuentran los *conteiners* del papel que se va a reciclar –dijo Manarino.

—Apenas termine con mi exposición sobre la materia prima, le indico –respondió la chica seriamente y retomando su discurso —. Les decía…, los desechos pre consumo son recortes…

—Disculpe mi insistencia, pero es por un motivo importante —insistió el Inspector.

—Sí, señor, ya le dije, lo atenderé cuando termine –contestó ella de manera aún más cortante—. Como estaba explicando, los desechos post consumo son muy apreciados, porque…

—A ver si te queda claro, piba — interrumpió Manarino con sus peores modales, esos que dejaba relucir cuando

perdía la paciencia—, me importa tres carajos el reciclado, la extinción del ébano en África Oriental o de la selva en la entrepierna de mi tía Chola. Estoy sospechado de asesinato y para atrapar al verdadero culpable necesito saber dónde mierda están los putos containers. ¿Entendiste o tengo que venir con el teniente Harrelson de S.W.A.T.?

Los chicos giraron sus ojos para ver a ese hombre que parecía haber salido de una película de Tarantino, y la guía, atónita y comenzando a temblar, levantó el brazo y señaló el camino al sector de materias primas.

Manarino y Vera corrieron. Ya en el sector, otra guía les hablaba a otros chicos. Ellos los esquivaron y fueron hasta el grupo de inmensos recipientes que contenían kilos de papel usado

—¡La puta madre…, son como cien!

—Parece que están rotulados —dijo Vera.

Ambos se acercaron y empezaron a leer el nombre de las empresas: Unilever, P&G, Coca Cola, IBM...

—Acá está —dijo Manarino—, Aguas

Claras SRL. Vamos, adentro.

—¿Yo?

—¡Los dos!

Ambos se metieron y luego de unos minutos tomaron una gran cantidad de talonarios esqueléticos y los sacaron del recipiente.

—Tiene que ser alguno de éstos.

—Sí, en el lomo tienen impresa la fecha de este mes —dijo Vera

—Llegamos a tiempo antes de que los procesaran.

—Acá están todos los del día fatídico —dijo Vera.

—A ver, deme.

Manarino abrió el talonario y hojeó las páginas en blanco, sabiendo que todas tenían datos ocultos calcados de las hojas arrancadas.

—Es ésta —dijo sonriendo

—Señor, ¿cómo puede saber que esa página corresponde a nuestra dependencia?

—Mire, es la única de todo el talonario de

ese día, que tiene sólo un renglón con leves marcas en la parte de *descripción del producto*. Por eso sé que es esta hoja, porque nuestra dependencia solamente recibe un *dispenser*, ¿entiende? Las marcas que están abajo deben ser la hora de entrega ¿Sabe planchar, Vera?

—Eh…

—No se preocupe –respondió Manarino, sin dejar de sonreír—, el laboratorio va a encontrar un método más científico.

—Quiere decir que podremos probar su inocencia, señor.

Manarino lo miró seriamente con su típico gesto de sarcasmo, para luego decirle:

—No me diga que le quedaban dudas.

XIII

Aplazamiento

Vera entró al despacho de Manarino y vio en el escritorio un nuevo tablero de ajedrez con unas piezas hechas de un raro material. El Inspector estaba de pie, mirando por la ventana la luz matinal, bebiendo de un vaso de papel.

—Inspector, el talonario que encontramos ya fue enviado al laboratorio, el juzgado dio la orden de…

—Un vaso —dijo Manarino interrumpiendo.

—¿Perdón, señor?

—Con un vaso como éste maté a una mujer —dijo Manarino girando y mostrado

lo que tenía en la mano.

—Señor, ya quedó claro que…

—Shhh, Vera, alguna vez le pedí que no insultara mi inteligencia, ahora le pido que no insulte la suya. Un hombre mirando una ventana en una mañana de día hábil, intentando encontrar el sentido de la vida, no está para buscar culpables.

—Bueno… es nuestro…

Vera no se animó a completar la frase con la palabra “trabajo”, y Manarino sonrió con amargura.

—Sabe —empezó a decir Manarino, lentamente, con voz reflexiva—, hay un poema de Borges que leí hace tiempo, es sobre el ajedrez, no lo recuerdo bien.

—Si quiere lo podemos buscar en Google –respondió Vera acercándose a la computadora.

—No cometa locuras, quédese quieto, quiero recordar ese poema así, falsamente, como diría el propio Borges, porque los hechos son exactos y la memoria no. Creo que uno de los versos decía *Dios mueve al jugador y éste la pieza.*

—La verdad que no…

—¿No lo entiende? Venga, acérquese, no tenga miedo, mire por la ventana ¿Las ve?

—No sé a quiénes se refiere.

—¡A las personas, Vera!

—Sí, las veo.

—¿No le parece algo extrañísimo? ¿Conoce alguna novela policial o alguna película de misterio mejor lograda? Son miles de seres que cada día se despiertan sin saber si será el último. Sin pensar que quizá sean parte de un gran juego de ajedrez en el que Dios los mueve como trebejos inanimados. Una mujer murió por un vaso como éste, un vaso que yo mismo le di en un sitio en el que debería haber estado más cuidada que en ninguna parte.

—Señor, usted…

—No me interrumpa cuando estoy triste. Un chico se quedó sin madre, seguramente un día alguien le va a decir que son cosas que pasan, que ella lo cuida desde el cielo y demás. Pero también, en unos años, va a ver alguno que le contará otra historia; siempre hay

alguien que se encarga de contar otra historia, sabe. Le va a decir *“le sirvió el agua ese policía viejo, retirado, que cuando surge algún caso medio extraño lo entrevistan en televisión para preguntarle qué opina”.* Y quizá algún día quiera conocerme, personalmente digo, y cuando me vea envejecido, capaz que ni siquiera se anime a pegarme la trompada que tendrá guardada por años en el puño, o la puteada que llevará clavada en la garganta. Lo dejo a cargo hasta el lunes, Vera. Tengo cosas en qué pensar.

Manarino tomó su impermeable y lo dobló en su brazo izquierdo. Se acercó al tablero, cacheteó el rey con el dedo mayor de su mano derecha haciéndolo caer y se fue de la oficina. Vera no pronunció palabra.

Segunda parte

I

Se reanuda el juego

Manarino cruzó la calle con las solapas en alto y las manos en los bolsillos, una lluvia finita le clavó su beso milimétrico en la cara. Al abrir la puerta del bar le llegó, en forma de perfume, caricia del café y el rasguño de las medialunas todavía tibias en el mostrador. Se sentó y pidió un *capuchino* con poca canela.

—Inspector, lo estaba buscando, como no vino a la oficina.

Manarino lo miró fatigosamente, como un duelista cansado cuya pesada lengua no puede desenfundar la palabra precisa.

—En un rato estaré por allí —respondió como en un esfuerzo sobrehumano, llevándose la taza a la boca. Vera lo observó como a un hombre vacío.

—Hay problemas, señor.

—Siempre los hay.

—Son serios —insistió Vera como queriéndolo sacar del letargo. Manarino le leyó la mirada y entendió que la situación era grave.

—Hable, Vera.

—Tenemos los informes del laboratorio sobre las pericias realizadas al remito. Se

pudieron descifrar las marcas.

—¿Y entonces?

—El horario, señor, registra la entrega a las 7 y 10 minutos de la mañana y Sarlegui ese día ya no estaba en las oficinas a esa hora.

—Imposible, Sarlegui entra muy temprano, es cierto, pero trabaja en nuestra dependencia hasta las 7 y media por lo menos, seguramente él mismo puso ese horario para…

—No, señor, las letras y los números son del repartidor.

—Entonces Sarlegui miente, dice que se fue antes para…

—No, señor, presentó la tarjeta SUBE donde se registra que a las 7 y 10 minutos compró un viaje.

—¡Eso no es una prueba, Vera! –gritó Manarino—. Usted sabe tan bien como yo que cualquiera pudo haber usado esa tarjeta y…

—La usó Sarlegui, señor —dijo Vera con rara seguridad—, las cámaras del subte lo muestran en la estación ese día y esa hora subiendo a un vagón.

Manarino desvió la vista hacia la vidriera, Buenos Aires parecía una gran mancha gris movida por el aliento de la lluvia. Vera completó:

—El juez acaba de dejar libre a Sarlegui y la investigación continúa. No tenemos prueba alguna de que él haya envenenado el *dispenser*. Usted y todos sus colaboradores seguimos sospechados de homicidio.

II

El largo minuto

Manarino no cumplió la promesa, no fue a la oficina ese día ni a su casa a la noche,

inventó cualquier excusa para que su mujer y su hija cenaran solas. Caminó por Avenida Santa Fé y se metió en la librería Gran Splendid, miró la maravillosa cúpula con cierta nostalgia de un pasado no vivido y fue hasta la batea de policiales. Había dos libros de Dashiell Hammett: *Cosecha Roja* y el *Halcón Maltés*. Tomó este último, fue a la caja, abonó y pidió que no se lo embolsaran. Salió de allí y anduvo un largo rato con la frase de Vera en la cabeza: *'seguimos sospechados'*

Se metió en cualquier bar, pidió ginebra y leyó durante dos, tres horas. El libro estaba escrito en 1930. *Nada de ADN, nada de luminol, apenas si se tomaban huellas en ese entonces, había que tener instinto para ser investigador.*

Salió del bar casi al amanecer, aspiró un poco de ese aire a jardín de la noche recién ida. Compró el Clarín y lo dobló bajo su brazo sin siquiera mirar la tapa y así vencer la tentación de leer la sección de policiales. (*El caso de la mujer muerta en dependencia policial cambia de rumbo. El reconocido Comisario Inspector Manarino: más complicado*). Se acercó a un kiosco con una máquina de Nescafé y sacó un americano con azúcar.

—Tengo sándwiches envasados –le dijo el muchacho que atendía.

Manarino le agradeció con su mano derecha y en dos pasos tomó el americano de un sorbo y tiró el vaso de plástico en un cesto municipal. *¿Ya habrá llegado este turro de Sarlegui? Te vas a reincorporar como pidió tu abogado, cómo no, pero te voy a seguir centímetro a centímetro.*

A los lejos, un sol color ciruela abría la boca como para tragarse a los edificios todavía grises de sueño. Manarino sacó un cigarro y lo dejó en sus labios sin encender, para poder entrar en el subte. Se apretujó en un vagón y, todavía sin animarse a mirar el Clarín que había comprado, ojeó el de un tipo que lo leía haciendo equilibrio ante las sacudidas. Lo de siempre: *el dólar que se escapa, Argentina que sueña con la copa Davis, Medio Oriente en algún despelote…*

Bajó en la Estación Leandro Alem. Apenas vio la luz de nuevo, encendió su cigarro y caminó a su oficina. Dos escribientes lo recibieron con sorpresa por la hora temprana. Él apenas respondió el saludo y enfiló para el interior. Allí estaba Sarlegui limpiando, vestido de overol, con la gamuza y el plumero en mano.

Manarino se paró frente a él. Sarlegui lo presintió sin darse vuelta para mirarlo, se detuvo un instante y luego, como si nada pasara, prosiguió con su trabajo. Durante media hora bailaron la más extraña coreografía; Sarlegui caminaba a buscar un tubo de Blem y Manarino, en silencio, lo seguía; Sarlegui iba al baño a llevar un balde y Manarino, sin pronunciar palabra, lo seguía…

Al terminar el trabajo, Sarlegui se sacó los guantes, guardó los elementos de limpieza y se dispuso a cambiarse y ponerse la ropa de calle. Manarino no le perdió pisada y, no pudiendo con su genio, comenzó a decirle:

—Cada vez que me topo con gente como vos, pienso.

El ordenanza seguía cambiándose sin responder.

—Sí… pienso —continuaba diciendo Manarino—, me doy cuenta de por qué no existe el crimen perfecto…

El tipo fingía no escucharlo y el Inspector insistía:

—…y no existe porque los gusanos de tu calaña creen que la impunidad es eterna.

—Manarino… —se decidió a responder Sarlegui—, sabe una cosa, me decepciona, caer tan bajo como para venir a insultarme.

—Te voy a atrapar.

—¿Sí? Ya que es tan genial, explíqueme: ¿Cómo lo hice? ¿Cómo envenené el bidón? ¿Cómo pude estar en dos lugares al mismo tiempo?

—Vas a caer, lo sé.

—No… mejor dígame, ¿cómo le va a explicar a su hija que su padre, una celebridad de la criminología, va a terminar su carrera sospechado de asesinato?

La pregunta fue como un disparador. Manarino, quien en los últimos días había estado sumergido en una rara depresión, se abalanzó contra Sarlegui tomándolo del cuello.

—¡Volvé a decirlo, dale, animate a nombrar a mi hija otra vez!

Los escribientes oyeron los gritos y se acercaron para contenerlo, pero era imposible, estaba literalmente enloquecido, ahorcando a ese hombre. Como una salvación, Vera entró a la

dependencia:

—¡Así no, Maestro! –la voz del oficial resonó y las manos de Manarino, como las de una fiera que oye la palabra del domador, aflojaron su tensión, y el hombre se dejó caer jadeando.

Vera abrazó a Manarino y lo apartó. Luego, dirigiéndose a Sarlegui, y con una seguridad rara en él, le dijo:

—Si ya terminó su tarea retírese y no vuelva más por acá.

—Hablaré con mi abogado y…

—Dígale a su abogado que inicie las acciones que crea convenientes, no nos hará mella una acusación más.

Manarino ya estaba en su escritorio; se había aflojado la corbata y respiraba agitadamente. Vera entró para verlo.

—Vaya, Vera, ya hizo suficiente por mí.

—No puedo dejarlo solo en este estado,

—¿Tiene miedo de que cometa una locura? Hace un rato me dijo Maestro.

—Lo es.

—No, no se equivoque. Maestro es el que

enseña, yo apenas soy un genio —dijo sonriéndose amargamente de su vanidosa ironía—. Quiero estar solo y escuchar música.

Vera se acercó a la vieja pila de long plays de su superior e intentado ablandar la situación, le preguntó:

—¿Su concierto preferido?

—Como quiera.

Vera puso el Segundo Brandeburgués de Bach, muy suavemente, y Manarino se echó a dormitar en su escritorio un par de horas. Estaba exhausto, por eso apenas oyó la campanilla del teléfono. Vera entró para atender.

—Hola, sí, está aquí, hay un caso que nos está desvelando a todos, pero bueno, ya lo resolveremos. ¿Cómo? Ah, qué bien, me alegro mucho, ahora mismo se lo diré. Un gran beso a la chiquita.

—¿Mi mujer? —Preguntó Manarino desperezándose.

—Sí, su hijita jugaba la primera ronda del intercolegial esta mañana temprano.

—Ni me lo recuerde, le fallé como padre.

—Pero no como coach de ajedrez; acaba de pasar a la segunda ronda.

—Al fin una buena noticia.

—Se ve que la anécdota de Kasparov que le conté la usó para aconsejarla.

—¿De qué habla, Vera?

—La anécdota del reloj. Su chiquita no se olvidó de parar el reloj en ninguna jugada, en cambio la otra nenita se quedó sin tiempo por cometer ese error varias veces.

Manarino se incorporó abruptamente y Vera sintió un escalofrío en su espalda. Cada vez que su superior, esa verdadera celebridad de la criminología, se acallaba de golpe, era porque estaba por desplegar una deducción genial.

—Claro… –susurró Manarino para sí—, el reloj…

—¿Cómo dice señor?

—…lo detuvo…

—Señor, no le oigo —dijo Vera.

—…..y luego fue a tomar el subte… y luego volvió….

—Señor, sigo sin entenderle.

—Mande a llamar inmediatamente un especialista en relojes digitales, y pida las cámaras de seguridad del subte del día en que ocurrió la muerte de la chica en esta oficina –ordenó Manarino con energía.

—Pero Inspector, las cámaras ya fueron pedidas y…

—No, Vera, las que nos dieron fueron las cámaras de la Estación Leandro Alem, o sea donde Sarlegui tomó el subte. Ahora quiero las cámaras de la estación contigua, o sea de la estación Florida.

—Pero señor, con todo respeto ¿qué criterio tiene pedir las cámara de la estación contigua?

—Haga lo que le pido, Vera, volvemos a confirmar el villano —dijo Manarino sonriendo—. A propósito ¿Le gusta Campanella como director para filmar esta historia, o preferiría un yanqui?

Manarino miró durante unos minutos su nuevo tablero de ajedrez, con unas piezas de raro material. Vera entró en la oficina.

—Inspector, ya está la nueva cámara y el informe del relojero.

—No me diga nada, Vera —respondió Manarino recuperando su aire socarrón—. A ver si adivino... En la cámara de la estación Florida se lo ve a Sarlegui saliendo a las 7 y 11 minutos; y las pericias del relojero dicen que nuestro reloj fue detenido ese día a las 7 horas y 9 minutos. ¿Acerté?

Vera se quedó atónito y sin entender el poder de adivinación de Manarino.

—¿Todavía no entiende lo que pasó, Vera? Se lo explico. Como usted sabe, Sarlegui debía evitar a toda costa que su mujer vendiera ese terreno a una constructora que lo desmontaría, ya que él había enterrado allí a su primera esposa. Su plan era muy bueno, pero muy riesgoso ya que iba tenerme a mí como cómplice involuntario, y él sabía que yo iba a investigar lo sucedido y por eso necesitaba

una coartada. Las circunstancias quisieron que su mujer se salvara gracias a esa pobre vendedora que entró en mi despacho; eso fue lo que más me confundió, conjeturé posibles culpables hasta que me di cuenta que Sarlegui había envenenado el bidón. Pero ahí es donde su plan le sirvió para no ser descubierto. El día en que cometió el envenenamiento, necesitaba dejar en claro que él no había tenido contacto con el agua. Por eso, a las 7 y 9 minutos detuvo el reloj digital y salió de aquí, a esas horas los escribientes no habían llegado y la única cámara de seguridad que tenemos está del otro lado, en la guardia de la comisaría, donde nuestro consigna duerme o espera las típicas denuncias del amanecer: grescas, borrachos y otras hierbas. Rápidamente Sarlegui corrió hasta la Estación Leandro Alem y compró un viaje, de esa forma su tarjeta Sube registraba que ya no estaba en la oficina cuando trajeron el bidón; pero él sabía que si yo investigaba eso no iba a ser suficiente, iba a conjeturar que otro había usado esa tarjeta, entonces tomó el primer tren que vio para que la cámara del andén lo filmara subiendo a las 7 y 10 minutos. Al llegar a la próxima estación, se bajó y caminó rápidamente hasta aquí,

sabiendo que en cualquier momento llegaría el repartidor de agua. Al verlo llegar, accionó otra vez el reloj. Un minuto después, el repartidor, luego de haber dejado el bidón, estaba mirando el reloj para poner la hora en el remito; según nuestro reloj ya alterado: las 7 y 10 minutos; justamente la misma hora en que una cámara lo había tomado a él subiendo a un vagón. Era, por decirlo de alguna forma, la coartada perfecta: un hombre no puede estar en dos lados al mismo tiempo. Al irse el repartidor, Sarlegui puso el reloj en hora real, de esa forma, los escribientes, que llegaron a las 7 y media, ni se percataron de lo que Sarlegui hizo e incluso hasta eran testigos de que ese día Sarlegui se había ido antes de lo habitual.

—Es sencillamente…

—Genial. En fin, mande detenerlo y déjeme tranquilo, quiero escuchar el segundo Concierto de Brandeburgo de Bach, que como usted sabe, es mi obra predilecta, y después tengo que llamar a mi nena para decirle que tengo una sorpresa para ella; un ajedrez hecho con piezas recicladas, hace días que quiero dárselo –dijo Manarino señalando el nuevo tablero y poniéndose de pie para poner el

disco.

—Pero señor… usted detesta el reciclado.

—¿Qué dice, Vera, está loco?

—Pero si yo mismo le escuché decir.

—Shhhhh –chistó Manarino abriendo la puerta de su despacho y empujándolo a Vera hacia afuera— ¡Respete la música de un genio!

El portazo resonó y Manarino murmuró con una media sonrisa en los labios:

—Creo que esta historia está llegando a su fin.

Bonus track

—Sí, mi chiquita, apenas llegue a casa te lo llevo. Besitos.

Manarino apagó el celular, sacó el disco de la bandeja y se puso su impermeable. Luego hurgó en su armario y tomó un viejo sombrero que perteneció a su abuelo, se lo probó y lo ladeó apenas, al estilo Humphrey Bogart. Salió de su oficina; Vera y los escribientes lo observaron con

extrañeza pero él no les devolvió la mirada. Ya en la calle paró un taxi y le indicó el destino.

En la entrada del penal se identificó y pidió ver al detenido. Sarlegui lo vio acercarse a su celda y lo miró fijamente.

—Acá me tenés, Sarlegui —dijo Manarino en tono burlón—. ¿Viste? Tenías razón, me comió el personaje, tal es así que casi tiro la toalla por no encontrar un villano a mi altura, y ahí fue cuando apareciste vos. ¿Te gusta como está quedando esta historia? Mirá si algún escritor se decide y la narra, o si algún productor la lleva al cine. ¿Quién podría hacer mi papel? Para el mercado latino estaría bien Ricardo Darín; para Hollywood podría ser Tom Hanks. Eso sí, nos falta un buen título; yo había pensado “En busca de un villano”, pero era darte demasiado crédito. Ahora que lo pienso bien me gustaría “La mano señalada”; sí, es un verso que pertenece a un poema de Borges que estaba leyendo el otro día. Lindo, ¿no?

Manarino se apartó unos pasos para retirarse, pero antes volvió a mirarlo fijamente y dijo:

—Ah, me olvidaba; a todo esto le faltaba lo

más importante, un final feliz. Pero creo que ya lo logramos ¿no? Yo libre…, y vos adentro.

Fin

[1] Yiya Murano y Ricardo Barreda son dos famosos asesinos de la historia criminal argentina. La primera, acusada de envenenar a sus víctimas; el segundo, acusado de matar a su propia familia.

Serie Inspector Manarino

Cuentas pendientes

Marcelo Galliano

Cuentas pendientes

Por
Marcelo Galliano

PUBLICADA POR:
Marcelo Galliano

Cuentas pendientes
Todos los derechos reservados © 2016 por Marcelo Galliano

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial, de este libro; ni la recopilación en un sistema informático ajeno al autor; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

*****

Cuentas pendientes

I
Pecados de juventud

Manarino abrió una vez más el sobre y releyó la invitación. Su mujer se la había puesto entre sus cosas para que no se olvidara, para que no tuviera excusas y llegara temprano a casa a bañarse y ponerse una ropa decente, sin chistar, algo que lo apartara al menos por un rato de ese impermeable de *Columbo* demodé. Guardó la invitación y se quedó pensativo, echado en su respaldo, la cara indefensa bajo el reflejo crepuscular que por la ventana le llegaba como un largo y tibio pañuelo color carne.

—Señor, si no me necesita.

El oficial Vera pronunció esas palabras y el inspector Manarino continuó inmerso en su abstracción. A los cinco o seis segundos se dio cuenta de la presencia de su subordinado y, casi sorprendido, respondió:

—Eh… sí, vaya nomás.

—¿Algún problema, señor?

—Marthy Mcfly—respondió Manarino secamente.

—¿Perdón?

—El personaje principal de *Volver al Futuro*, Vera, ¿no la vio?

El oficial se quedó observándolo en silencio, como tantas veces. Admiraba sinceramente a Manarino, cómo no, pero, en ocasiones, sentía que algo del conocimiento de ese genio irónico y vanidoso se derramaba en pequeños hilitos de agua, largos tentáculos inapreciables para los mortales comunes.

Era viernes, viernes a las seis de la tarde, por si fuera poco, y a sus ganas de huir de esa oficina hasta el lunes y llegar a casa y elegir entre una Budweiser o una Heineken, y poner ESPN y ver si a Djokovich le toca con Nadal o con Federer, se enfrentaba a la imagen del Comisario Inspector Manarino, ese maestro de la criminología que se había echado con los pies en el escritorio a hablar sobre cosas sucedidas treinta años atrás.

—Mil novecientos ochenta y cinco…: Reagan asume su segunda presidencia; Mac Gyver es un éxito de la televisión mundial; la *Teem*, mi lima limón preferida, desaparece del mercado…

—Señor –intentó decir Vera con más impaciencia que ganas de descifrar el discurso de su superior—, si puedo ayudarlo en algo…

—Usted es policía, Vera, ¿no?

El oficial no atinó a realizar el menor gesto. ¿Qué le pasaba a Manarino? ¿Se había desquiciado o estaba planteando uno de esos raros juegos de ingenio que tanto lo apasionan?

—Quiero decir si se siente policía —insistió Manarino.

—Bueno… —dijo Vera como pronunciando de puntillas.

—Entonces vea esto –dijo Manarino extendiéndole el sobre.

Vera lo abrió y leyó el contenido:

"*Analía Magiori tiene el agrado de invitar a los egresados de 1985 a la fiesta a realizarse en…"*

—Es una invitación a una fiesta de ex alumnos—se apresuró a decir Vera.

—¿Sí? Yo creo que es el anuncio de algo más complejo –dijo Manarino sacando un habano y llevándoselo a la boca sin encender.

—No le entiendo.

—Un juego de vanidades a modo de venganza, tal vez; o un crimen a cometerse…

—Discúlpeme, señor, pero no comprendo…

—Y lo que es peor —siguió Manarino sin dejarse interrumpir—, que intuyo que es algo que no voy a poder evitar.

—Quizá si me explicara…

—Analía Magiori… ¿Sabe quién fue? Mi novia del secundario. La dejé cuando me di cuenta de qué material estaba hecha.

—Todo el mundo en la adolescencia…

—Mmm… –exclamó Manarino—, no estamos hablando de todo el mundo, Vera; al menos yo, nunca hablo de todo el mundo. A un investigador jamás le sirve el "todo el mundo", ni siquiera le sirven las estadísticas, ni los grandes estudios sobre el comportamiento humano.

—Entonces la criminología…

—Literatura, Vera, pura literatura, cosas que se escriben cuando los hechos ya se cometieron. Ed Gein, Albert Fish, Robledo Puch…, todos esos sujetos que hoy hacen temblar Wikipedia con las descripciones de sus atrocidades, en algún momento fueron personas sin antecedentes criminales. También lo es, para la justicia, Analía Magiori, pero no para mí.

—¿Y qué es para usted?

Manarino respiró ruidosamente dándose tiempo para pensar. Luego, como quien va a sacar a la luz algo peligroso, preguntó:

—¿En serio quiere que le cuente?

II
La adolescente se hace mujer

Vera había olvidado sus tentaciones mundanas de viernes a la noche para sentarse a escuchar. Cada vez que Manarino sacaba de la manga alguna historia, el relato terminaba siendo una lección digna de algún viejo libro de criminología, esos clásicos en tapa dura y gótica inglesa que algún editor se animó a parir sin temor a los costos.

—Ya le dije que Analía y yo noviábamos—empezó a decir Manarino, quien ya había despuntado su Montecristo N° 2 y ahora iluminaba su cara momentáneamente con la breve llama de su encendedor—. Ella era muy hermosa, cómo negarlo, y detestaba a otra chica del curso que también era muy bonita: Mercedes Rivelli.

—Situación típica.

—Las malas lenguas dicen que no hay que pelearse con una mujer fea porque no tiene nada que perder. Yo digo que puede aplicarse la misma enseñanza a una mujer demasiado hermosa, ya que cree que lo más valioso que tiene, su belleza, no la perderá nunca. Pero bueno, le sigo contando. Teníamos en ese entonces una profesora de química que estaba obsesionada por la falta de cooperación que mostramos los pueblos latinos a la hora de trabajar en grupo, y no tuvo mejor idea que pedir, para la evaluación final de la materia, que se realizaran exposiciones orales a dúo –dijo Manarino quebrando la voz irónicamente y provocando la sonrisa de Vera, quien conoce más que nadie el tozudo individualismo de su superior—. Se hizo un sorteo y a Analía le tocó trabajar con esa chica que tanto detestaba.

—Uy, qué mala suerte.

—Me olvidaba que usted cree en la suerte.

—Pero si fue un sorteo…

—A ver si lo dejamos en claro de una vez –dijo Manarino—, la suerte no existe. Cuando alguien gana la lotería, por ejemplo, es porque gracias a un sistema de probabilidades matemáticas tales números debían salir en ese momento.

—Pero…

—Pero: un carajo. En este caso tampoco tuvo que ver la matemática. Analía se las ingenió de alguna manera para que ella y

la otra chica salieran sorteadas para trabajar juntas. No sé cómo, pero estoy seguro de que lo hizo. En fin, sigo. Como yo era su novio supe que a los pocos días de empezados los preparativos para el oral, comenzaron los problemas de celos entre las dos.

—¿La profesora no pudo intervenir?

—Imposible. La Magiori fue siempre una maestra de la simulación —dijo Manarino con desprecio y comenzando a llamar a su exnovia por el apellido precedido por un artículo, como se hace con las delincuentes célebres—. Ella era capaz de poner la vocecita de Marilyn cantando "*Happy birthday, Mr President"*, y asegurar que con su "entrañable amiga" todo funcionaba a las mil maravillas.

—¿Y cómo terminó todo?

—Usted cree en la suerte así que podría decirle que la *diosa fortuna* se encargó de que la otra piba se descompusiera un día antes, y que la Magiori diera el oral ella sola.

—¿No fue así?

—La descompostura sí, tanto que la pobre chica estuvo internada, sin mayores consecuencias, pero internada.

—Final casi perfecto para su novia, entonces.

—De no ser por las hojas amarillas, sí.

—¿Las hojas amarillas?

—Los hojas amarillas y mi ya desarrollado fervor hacia la investigación. A la pobre piba le diagnosticaron una rara intoxicación con azufre que los médicos no lograron explicar, ya que no tomaba remedios que lo contuvieran y ni ella ni sus familiares habían estado en contacto con derivado alguno de ese elemento, ni siquiera para preparar la exposición de química.

—Y usted pensó que…

—No tuve necesidad de pensar nada, Vera, sólo me bastó ver las hojas de los apuntes donde la Magiori había preparado su exposición; eran hojas nuevas, pero las puntas estaban amarillentas.

—No entiendo.

—Ella fue muy hábil, le administró el producto en alguna bebida, se deshizo de él y se lavó las manos, pero no advirtió las marcas que quedaron en el cuaderno cuando sus dedos, con restos casi imperceptibles de azufre, amarillearon las hojas.

Vera sonrió a modo de admiración por ese adolescente que años después se convertiría en el maestro que tenía frente a sí.

—Ni tengo que decirle que luego de eso la dejé, provocando su odio, un odio que, estoy seguro, todavía hoy persiste –dijo Manarino.

—¿Y después?

—Egresamos, yo conocí a mi actual esposa, y durante años no supe nada más de la Magiori. Hasta que sucedió el homicidio…

—¿Cómo dijo, señor? —preguntó Vera, dándose cuenta de que la mejor parte de la historia estaba por contarse.

Manarino largó una bocanada de humo a modo de reflexión y luego, sin miedo a equivocarse, dijo:

—Le apostaría una caja de habanos a que lo que voy a relatarle fue un homicidio.

III
Una viuda peligrosa

Manarino, dispuesto a contar el resto de la historia, se acercó a su viejo tocadiscos y puso música de Bach. No era algo extraño para Vera, su superior siempre hacía eso cuando intentaba descifrar algo. Luego volvió a sentarse y cerró los ojos un momento. Por la ventana, la zona de Retiro se oscurecía, la tarde parecía alejarse desdibujando calles a su paso.

—No era un mal circo, tenía bien ganada la fama—comenzó a decir Manarino con esa forma vaga y misteriosa de empezar un cuento, que se le había pegado de tanto leer a Cortázar en su adolescencia.

—¿Un circo? —preguntó Vera.

—Me refiero al circo Demers, ¿se acuerda?, hacía bastante ruido cuando venían a actuar al Luna Park, claro, era la época en que el *Cirque du Soleil* todavía no estaba en boga.

—Sí…, sí, lo escuché nombrar, pero ¿qué tiene que ver con…?

—Nada o casi nada para el que no conocía a la Magiori como la conocí yo.

—Sigo sin entender...

—A ver si le explico —dijo Manarino enderezándose en su sillón y pretendiendo encauzar la charla a un lenguaje más llano—. Seguramente el Circo Demers le suena por un grave accidente que ocurrió en Cruces Blancas hace unos 6 o 7 años. Un trapecista que se vino abajo mientras chequeaba solo su trapecio antes de un ensayo.

—¡Sí, de eso me acuerdo!—exclamó Vera como si rememorara la noticia en los títulos catástrofe de algún vespertino, o en el cartelón rojo de Crónica TV—. Fue una terrible fatalidad, si no me equivoco el tipo cayó con tan mala suerte que quedó clavado en las lanzas de la reja de contención que rodeaba la pista, ¿no?

Manarino se quedó mirando a Vera con seriedad fastidiosa. El oficial Vera, no bastándole con su idea sobre la suerte, había nombrado a la fatalidad, y eso era motivo suficiente para que el instinto de sabueso de Manarino disparara las más intrincadas teorías con tal de demostrar un delito.

—¿Usted cree que fue…? —preguntó Vera con timidez.

—Un trapecista está probando su trapecio —empezó a decir Manarino a modo de análisis—. Supuestamente, se resbala y muere clavado en una reja de lanzas puntiagudas. No hay señales de que alguien lo haya empujado, ni tampoco de que alguien haya estado arriba con él. No se encontraron pisadas de otra persona en la escalerilla, ni huellas, ni ADN de nadie en la ropa del trapecista. Los médicos forenses corroboraron que el cadáver no tenía golpes ni signos de violencia, ni señales de haber sido herido con proyectil alguno; el hombre murió por las heridas producidas por las lanzas.

—Un accidente —dijo Vera como afirmando algo obvio.

—No, Vera, todavía no le dije lo más importante: el trapecista era hijo del dueño del circo, y ¿a que no sabe con quién estaba casado?

IV
Bienvenidos a la fiesta

La noche era cálida, unánimemente bella, en las calles se insinuaba un aliento a fogatas, un perfume a brotes encendidos, y una luna llena de silencio estiraba su mirada amarilla entre las ramas de los árboles. Manarino estacionó su ruidoso y viejo Chevy a media cuadra del salón.

—¿Es necesario todo esto?

—Te están esperando —le dijo su mujer.

—¿A mí? Como serán los demás, entonces.

—Sos una celebridad, dale, no te hagas el tonto, no tengo tiempo para masajearte el ego.

Manarino se acercó a ella y le besó la comisura de los labios. A veces, la locura diaria, desenfrenada carrera de peligros, de horarios descolgados, de cenas siempre frías y cientos de aspirinas a punto de ser tomadas, le hacían perder la noción de ella. Como un secreto, como una propuesta indecente, le susurró:

—Arranco de nuevo, huimos sin que nos vean, nos comemos unas mollejas al verdeo en cualquier parte, después vamos a buscar a la nena a la casa de tu vieja, compramos un kilo de helado, alquilamos la última de Meryl Streep que tanto te fascina…

—Mejor arrancás, parás en la puerta del salón, le das un billete al valet parking, ponemos nuestra mejor sonrisa y me hacés sentís orgullosa del marido que tengo.

Manarino, con su peor cara, dio contacto y se comió los cincuenta metros que quedaban sin pronunciar palabra. Con esa misma cara, bajó y lanzó al aire las llaves del auto para que el muchacho valet parking las agarrara; luego, sacando un billete y poniéndoselo en el bolsillo de la camisa, dibujó una sonrisa irónica y en voz cavernosa le dijo:

—No es nada personal…, pero al último que me lo rayó le tuvo que arreglar la cara Pitanguy, ¿estamos?

—¡Manarino, pum, pum! —gritó un gordo que entraba del brazo de una chiquilina que podía ser su hija, mientras apuntaba con los dedos índices a modo de revólveres—. Mi novia y yo nos vamos a sentir seguros sabiendo que estás vos acá —completó largando una risotada.

—Siempre el mismo, Gutiérrez—dijo Manarino para luego mirar a la llamativa señorita y preguntar: —¿Te salió cara? Digo… la corbata que llevás puesta.

—Presentame a tu amigo —interrumpió la mujer de Manarino para salvar la situación.

—Gutiérrez. Punto. —Afirmó Manarino secamente—. Con cualquier elogio que le hiciera lo estaría calumniando.

—¿Qué les parece si vamos entrando a la fiesta?—agregó la esposa de Manarino para enfriar la escena.

Así fue. Ya en el salón, un aparato ardía con la música de Lionel Richie y una pantalla atropellaba imágenes de "Una chica al rojo vivo". Un par de camareras servían sándwiches de miga secos y empanadas de carne vaya a saber de qué. En un rincón: una piojosa mesa *revival* con cuatro cassettes TDK, un reloj calculadora, un *walkman*, un *tiki-taka*, un cubo mágico y una calcomanía de *Alfonsín presidente*.

Manarino resopló con fastidio.

—¿Podés relajarte y disfrutar un poco? Mirá, comida caliente —dijo la esposa de Manarino llevándolo del brazo hasta una fuente de arroz Strogonoff, un clásico de los 80.

—No tengo hambre.

—Yo sí.

Ella tomó unos cubiertos y se sirvió. Manarino anduvo reconstruyendo caras del pasado y adivinando nombres perdidos en el tiempo y en calvicies, entre *cómo te va, qué gusto verte, te vi en Clarín por lo del robo al banco, ¿es tu esposa?, riesgoso lo tuyo, me separé hace un año, ¿tenés una nena?, yo vendo seguros.*

Estaba ansioso, caminaba como un tigre desorientado que intenta saber detrás de qué piedra saldrá el dardo con somnífero, el golpe de machete o la definitiva red hacia el futuro cautiverio.

No tardó mucho en saberlo, la *vocecita rubia* le pegó en su espalda como si *la Monroe* hubiera resucitado para la ocasión.

—Soy una tonta, debí conseguir una vieja botella de *Teem*, tu bebida preferida en aquellos años.

Era Analía Magiori. Seguía siendo una mujer hermosa; alguna leve arruguita entre los ojos y las sienes denotaba apenas el paso de los años. Conservaba su boquita de labios finos y su mirada pícara.

—Soy un tonto, no debí darte la espalda —replicó Manarino

—Mmm, no dejás de ser policía ni un momento.

—No dejás de ser rubia ni cuando apagás la luz.

—Jajajaja. Vos siempre con ese humor tan *british*. ¿Es tu dueña? Presentámela.

Ambas mujeres se besaron en la mejilla.

—¿Cómo hiciste para conquistarlo, querida? ¿Una partida de *scrabble*? No, ya sé, dejame adivinar… ¿Un concierto de Bach? ¿O una exposición de Chevrolets antiguos? –La Magiori siguió tirando opciones sólo para demostrar cuánto conocía a Manarino. Era peligrosa. Pocas personas en el mundo sabían tanto de él. Pocas personas en el mundo, incluso los más agrios delincuentes que vegetaron a la sombra gracias a su oficio, le guardaban tanto resentimiento.

—Pero dame ese plato, querida, que ya se va a armar el sorteo. Tomá tu numerito, acercate al escenario donde está el bolillero. Hay un viaje a Punta del Este para dos personas; qué romántico, ¿no? Espero que se lo ganen —dijo dándole el número 23 de un talonario—. Ahora voy para allá y elegimos a la ganadora. La escribana Rivelli va a fiscalizar todo.

—¿Qué estás buscando?—le preguntó Manarino apenas su esposa se apartó.

—No sé de qué hablás, querido.

—No pudiste conmigo cuando tenía 17 años, así que no vas a engañarme ahora.

—Ay, cuánto resentimiento, no me digas que no sos feliz con tu mujer y te agarró ganas de rememorar viejos tiempos. Te recuerdo que fuiste vos el que me dejaste, pero eso se puede solucionar —dijo la Magiori acariciándole la solapa del saco.

—Y qué buena decisión tomé –replicó Manarino apartándole la mano—, de no ser así hubiera muerto como el trapecista con el que te casaste.

—Ah, veo que olfateaste mi vida paso a paso.

—No tanto, si yo hubiera investigado ese supuesto accidente no estarías tan contenta.

—Siempre el mismo vanidoso, por eso sabía que vendrías, te encantan los desafíos a tu ingenio, no hubieras dormido tranquilo quedándote con la duda.

—Te lo pregunto una vez más, ¿qué traés entre manos?

—Manarino… ¿qué te pasa, estás viejo? ¿Cuándo viste que una persona con mi inteligencia vaya a develar sus planes? Mirá, hasta la Rivelli, vieja enemiga, hoy convertida en escribana, vino a colaborar. Ahora, si me disculpás, tengo que hacer el sorteo; qué te apuesto que gana tu mujer.

Manarino se acercó a una jarra de jugo y se sirvió, desde allí vio girar el bolillero y luego la voz de la Magiori diciendo:

—¡Veintitrés!

—Yegua hija de puta, ¿qué tramaste? —murmuró Manarino viendo que la Magiori había acertado con su vaticinio.

—Escribana, constate que todo sea correcto —dijo la Magiori al micrófono—. Un aplauso para la señora de Manarino que se ha ganado el viaje a Punta del Este para dos personas.

El grupo de mujeres se acercó a la esposa de Manarino para felicitarla, hubo varios segundos de fotos, de sonrisas, de tumulto.

—Podés cambiar de cara, acabo de ganar el premio–le dijo su esposa al bajar del escenario

—Me importa tres carajos, vámonos de acá —ordenó Manarino.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Esta turra trama algo.

—No seas exagerado, che, tus diferencias con ella pasaron hace treinta años.

—¡Vámonos de acá, te digo!

—¡Felicitaciones una vez más, querida! —exclamó la Magiori acercándose—. Yo dije que ibas a ganar. Te cuento un secreto, soy medio bruja –dijo en voz baja para luego estallar en una carcajada —. Por aquella puerta está la administración del salón; andá a la oficina que la escribana te está esperando para entregarte el *voucher*.

—Se me acabó la paciencia, muñeca —le dijo Manarino a la Magiori tomándola de un brazo, apenas su mujer se apartó.

—Tranquilo… —respondió ella sin perder la calma, retirando la mano de Manarino—. En más o menos 8 o 10 segundos lo sabrás todo, lo que tardará tu mujer en llegar a la oficina.

La Magiori terminó de decir eso y, casi sin solución de continuidad, se oyó desde el interior un desgarrador alarido de espanto. La que había gritado era la mujer de Manarino.

—¿Viste?—dijo la Magiori—, a que no te acordabas que yo era tan puntual para todo.

V
Golpe bajo

Vera se asomó a la oficina y vio a Manarino acodado en el escritorio, con la cara entre las manos. Hacía ya varios años que trabajaba para ese porteño genial y peleador, irónico y terco, capaz de sacar de su manga las más brillantes soluciones a casos que cualquier otro policía del mundo hubiera considerado imposibles de investigar. Lo había visto cientos de veces enojado, sonriente, triunfante, herido, sumergido en sus viejos vinilos de música barroca, mordisqueando un Montecristo N° 2, tolerando la admiración o la burla sin mosquearse. Pero ahora era distinto, parecía un boxeador envejecido.

—¿Cómo está, señor?

—Creo que mal –murmuró Manarino.

Vera se sentó y dijo a modo de consuelo:

—Vamos a sacarla de allí, seguramente impondrán una fianza y…

—Está hablando de mi esposa, Vera, la madre de mi hija.

—Más a mi favor todavía. Usted ha resuelto los casos más grandes de…

—En esos casos que usted dice sólo me jugaba mi prestigio. Mi prestigio… –repitió sonriendo burlonamente—, qué tonto es uno cuando tiene veintipico de años, ¿no? No se da cuenta de que el talento tiene fecha de vencimiento. Mire qué caro lo estoy pagando: lo que más quiero está entre rejas, por entrar en el juego de una loca que llegó del pasado.

—Su talento está intacto, señor.

—¿Sabe quién fue “Sugar” Ray Robinson? –La pregunta sorprendió a Vera. Era común en Manarino saltar de un tema a otro, tal vez esa rara asociación de ideas era lo que lo había convertido en un criminalista insuperable.

—Sí… un boxeador —contestó Vera, con dudas, no comprendiendo adónde apuntaba la pregunta de Manarino.

—Los entendidos dicen que fue el mejor. Yo he visto videos y le digo que era maravilloso; por ahí en YouTube debe haber alguna de sus célebres peleas contra Jack Lamotta. Pero voy al punto. Robinson era tan grande que tuvo un biógrafo en plena actividad.

—¿Cómo es eso?

—Así como lo escucha. La mayoría de las personas famosas se retira o se muere y, unos años después, empiezan a aparecer los tipos que escriben sobre su vida. Él en cambio tenía uno que registraba cada paso de su trayectoria. Resulta que estando Robinson en el final de su carrera, el biógrafo se le acercó y con mucho respeto le dijo: *"Maestro, me parece que sus puños ya no pegan como antes"*. Él lo miró fijamente y sin dramatizar le respondió: *"se equivoca, las que no pegan como antes son mis piernas"*. ¿Entiende cómo me siento?

— Pero señor, usted es…

—¿Soy qué? ¿El mejor? ¿Y cómo piensa que lo hice todo? ¿Con conocimiento? ¿Con inteligencia? ¿Con sagacidad? No, Vera, lo hice con mis piernas. Cuando a los demás ya no les quedaban ganas ni aire para mantenerse de pie, yo seguía. Pero ahora es distinto, me pegaron donde más me duele, y temo no poder pararme.

—No existe el crimen perfecto, señor, usted me lo ha enseñado – dijo Vera levantando la voz.

—¿Yo? –preguntó Manarino para luego describir lo sucedido—. La Magiori le entregó un número a mi esposa, el 23, y le vaticinó que iba a ganar. Al instante, luego de que el bolillero girara delante de todos, anunció el número ganador, era el 23 como lo había predicho. Se acercó a felicitarla y le dijo que fuera a las oficinas donde la escribana Rivelli, justamente la pobre Rivelli que años atrás sufrió una intoxicación que yo siempre supe que fue inducida por la Magiori, la esperaba para entregarle el *voucher*. Apenas mi mujer entró a la oficina se escuchó un grito, era de ella, que había hallado a la Rivelli muerta con un cuchillo clavado en el pecho. Nadie vio entrar a otra persona a esa oficina que por lo demás es hermética, tiene solamente una ventana sellada de la cual sólo puede abrirse un ventilete de dos centímetros de ancho, por el cual no pasa ni la mano de un bebé. Si eso no es un crimen perfecto…

Vera se acalló ante la descripción de lo sucedido. Un raro silencio se apoderó de ambos, como si la pequeña realidad de esa oficina se detuviera unos instantes al igual que una vieja cinta súper 8 que se atasca en medio de un mundo que continúa moviéndose, respirando, viviendo.

Quebrando la quietud, la provocativa voz de la rubia se oyó desde la puerta:

—¡Cuánta tristeza! No es la manera con la que dos hombres deben recibir a una mujer hermosa.

VI
Cartas echadas

—No sos bienvenida a esta oficina.

La Magiori avanzó elegante, gatunamente. Vera miró a Manarino y comprendió que tenía que dejarlo a solas con la visitante y se retiró:

—Querido… siempre te gustaron estos juegos —dijo la rubia.

—Debo haber crecido, ya no me divierten.

—Mentira, seguís siendo el mismo, sino jamás hubieras ido a esa fiesta. Sos un pedante, un sabelotodo. Los que te admiran ni se imaginan que la justicia te importa poco y nada, lo único que te interesa es ganar, demostrar que seguís siendo el mejor. Nada te seduce más que los policiales invertidos en que se conoce al culpable desde el primer minuto. ¿Cómo los llaman en Hollywood? Ah, sí, *howcatchem*. Bueno, acá estoy, ya tenés la asesina, dale, atrapame.

—¿A qué viniste?—preguntó Manarino sintiendo que empezaba a recuperar fuerzas.

—Ya te dije, a entregarme, poneme las esposas.

—No voy a detenerte sin pruebas, no pienso caer en esa trampa tan estúpida.

—¿Y entonces vas a dejar que tu mujercita se pudra en la cárcel? No debe ser lindo ese lugar. Bah, por lo que me han dicho; yo nunca estuve ahí—dijo sonriente, para luego agregar en voz baja—: jamás han logrado probarme nada.

—Siempre hay una primera vez.

—¿Si? Te conozco demasiado, Manarino, tanto como para darme cuenta de que estás perdido. De no ser así me hubieras recibido con tu más hiriente sonrisa y fumando uno de esos olorosos cigarros.

—Falta mucho, Magiori, demasiados detalles que deberán cerrar antes de que cantes victoria.

—Tengo tiempo, estoy libre, la que sufre ahí dentro es tu mujercita —dijo poniéndose de pie y sacando una tarjeta de la cartera–. Tomá, ahí tenés cómo contactarme.

—¿Qué significa esto?

—Digamos que una gentileza, cuando tengas pruebas en mi contra, me venís a visitar.

Manarino se paró, le señaló la puerta y le dijo:

—Conocés el camino, ¿no?

La rubia lo miró con expresión triunfante para luego dar media vuelta. Al llegar a la salida se detuvo y dijo:

—Nunca debiste dejarme.

A lo que Manarino respondió:

—Nunca debiste amarme.

Luego, la rubia salió del lugar. Al instante, Vera entró a la oficina.

—Un mal momento, ¿verdad?

—No crea, Vera. Míreme, estoy de pie.

VII
Malditas pruebas

—El señor fiscal lo atenderá en un instante.

Manarino, en el hall del despacho, asintió con la cabeza y continuó dando pasos por el lugar. Se sentía extraño, desnudo, como un mendigo aguardando la dádiva, el mendrugo salvador, la sopa aguada y acaso fría.

—Manarino, pase. —El fiscal lo llamó por la puerta entornada y lo invitó a sentarse. Apenas en la silla, echó una ojeada rápida a todo el sitio, los tomos encuadernados en el mismo color, el cuadro de San Martín, los portarretratos familiares que hacían equilibrio en el escritorio. Había en la oficina un aire de incomodidad; el funcionario tenía unos cuarenta y pico de años y, por edad, por generación y por oficio, se había pasado toda su carrera de fiscal viendo agigantarse la figura de Manarino hasta la leyenda, hasta el sitial de icono de la criminología contemporánea. Hoy lo tenía frente a sí en la peor de las situaciones: debía decirle que acusaría a su esposa por homicidio.

—Me gustaría aclararle que yo siempre lo he admirado… —comenzó el fiscal.

—Ajá.

—Usted es un gran investigador y…

—Si mi esposa es condenada contemplaré su propuesta matrimonial—interrumpió Manarino con su peor causticidad—. Por ahora sabrá comprender que quiero esperar antes de comenzar otra relación.

—Iré al punto —dijo el hombre sintiéndose un estúpido ante la acidez de Manarino.

—Yo también, mi esposa no tiene antecedentes, por lo cual voy a pedir que se la libere mientras se desarrolla la etapa de instrucción.

—El juez jamás accedería a eso.

—Hasta hace un minuto usted estaba convencido de que soy una celebridad.

—Eso complica las cosas. Usted es famoso, la opinión pública está sobre el caso.

—¿Si? ¿Mi mujer no sólo tiene que cargar con una muerte que

no cometió, sino también con mi profesión?

—Es la única sospechosa.

—Analía Magiori, ésa es la asesina.

—Deme elementos que prueben lo que dice y yo mismo la acusaré.

—Necesito tiempo.

—Lo tendrá. Mientras tanto, su mujer deberá seguir detenida.

—No hay justificativo para eso.

—Hay un homicidio en un cuarto cerrado.

—Ahórrese la narración, seguramente he leído a Poe y a Leroux más que usted.

—Quizá ése sea su error, esto no es una novela policial.

—¿Ah, no? Entonces quiero que mi mujer quede libre hasta que se investiguen los cabos sueltos: el arma homicida, el cadáver, la cámara de seguridad de la oficina…

—Manarino… —dijo el fiscal intentando calmarlo.

—Y también que se explique la improbable casualidad de que mi esposa haya ganado el sorteo y…

—¡Manarino, escúcheme por favor! —Interrumpió el fiscal levantando la voz y alcanzándole una carpeta—. Acá tiene las primeras pericias, se está trabajando lo más rápidamente posible en consideración de que la acusada es su esposa.

Manarino tomó la carpeta y el fiscal, ahorrándole largas lecturas, dijo:

—El bolillero acaba de ser analizado en el laboratorio. Es perfecto, las 100 bolillas tienen la misma forma y el mismo tamaño, no se han detectado ni imanes ni desniveles que permitan suponer que haya habido trampa alguna. La cámara de seguridad es elocuente. Las imágenes muestran que la occisa entró a la oficina y a los dos minutos ingresó su esposa, el video no registra que haya entrado o salido nadie más y, por el hermetismo del cuarto, es obvio que no había nadie anteriormente. Le aclaro que fue analizado por un experto en filmaciones digitales que corroboró que no ha habido alteración ni edición alguna. En cuanto al cadáver… el juez ha ordenado la autopsia pero, según la primera impresión de los forenses, la víctima murió exclusivamente por la herida del cuchillo, no hay a la vista ninguna contusión ni signos de envenenamiento. Pero hay algo más —dijo el fiscal aguzando la seriedad—: el cuchillo… tiene las huellas de su esposa.

Manarino apartó su vista de la carpeta, el golpe esta vez había sido terrible. El fiscal completó:

—Usted me dice que su mujer es inocente y le creo. Pero deberá

entonces explicar el porqué de esas cuatro cuestiones que la incriminan. De lo contrario…

VIII
Bar de Retiro

Manarino entró al bar de siempre, pidió un *cappuccino* y sacó una libreta. No era buena señal, hacía años que le escapaba a las anotaciones, manía que, según él, cuando se las usaba con abuso, anquilosaban la mente del investigador. Pero ahora volvía a esa costumbre, como si ver lo inexplicable ordenado en letra cursiva, le diera la sensación de dominable y lo tranquilizara. Por eso, escribió lentamente:

1. Bolillero "limpio".
2. Cuarto hermético con ventana sellada y un ventilete de dos centímetros.
3. Cadáver sin otro signo de violencia.
4. Huellas en el cuchillo.

Releyó la lista una y otra vez durante varios minutos, e intentó recordar si en su carrera se había enfrentado a una situación semejante. Desde la puerta del bar, Vera lo vio y se acercó a él.

—Señor, me imaginé que estaba aquí.

—Acá me tiene, escribiendo versitos—dijo Manarino sacándose los anteojos de ver de cerca y refregándose los ojos en señal de cansancio. La charla comenzó a desarrollarse en tono cansino.

—¿Pudo ver a su mujer?

—Estuve un rato con ella, le dije que la nena estaba con la abuela y que íbamos a pedir la excarcelación y que todo se iba a solucionar.

—¿Le creyó?

—Ni a palos, si hay algo que aprende una mujer cuando está casada con un vanidoso, es a distinguir si los buenos augurios están dichos sin énfasis.

—¿No pudo mentirle?

—Imposible, la preocupación se me coló por las grietas de la voz, antes de ir a verla a ella fui hablar con el fiscal.

—¿Malas noticias?

—Ojalá fueran eso. Lo grave es que ni vislumbro la punta del ovillo. No tengo idea de cómo la Magiori lo hizo aquellas veces.

—¿Perdón?

—Sí, Vera, usted sabe mejor que yo que a mí, las pruebas, me importan tres pitos, y que necesito meterme en la cabeza de los delincuentes, saber cómo piensan –dijo Manarino en voz baja—. Cuando descubro eso, desenredar los hechos es fácil. Hace treinta y pico de años esta turra fraguó un sorteo y hace seis años mató a su marido —completó de manera casi meditativa.

—Pero ponernos ahora a investigar dos hechos tan lejanos…

—Es una ridiculez, dígamelo con toda las letras.

—Señor, no era mi intención.

—No me ofendo, Vera, sé lo que está pensando, mi mujer se puede comer veinte años a la sombra y yo recordando una lección de química y a un boludo que se cayó del trapecio. Pero no sé…, fíjese los informes –dijo alcanzándoles una copia de lo que le había mostrado el fiscal.

Verá leyó durante unos minutos y luego, dubitativamente, se animó a decir:

—El cuchillo… si logramos descubrir por qué el cuchillo tenía las huellas de su esposa…

—Eso serviría solamente para excarcelarla.

—Pero bastaría, ¿no? Podemos argumentar que las huellas fueron plantadas…

Manarino enterró su cara en las manos mientras Vera continuaba hablando.

—… no sería el primer caso y, debido a su prestigio, Inspector, seguramente el juez accedería a rever la validez de esa prueba.

—Y mi esposa recuperaría la libertad momentáneamente, pero seguiría el proceso —acotó Manarino con disconformidad ante la proposición de Vera—. Son cuatro los misterios que tengo que resolver en este caso, si me falta una de las cuatro patas de esa mesa… la Magiori se habrá salido con la suya y no pienso descansar hasta detenerla.

—¿Aún a costa de la libertad de su esposa?

—Cuidado con lo que dice.

Vera respiró trabajosamente y agregó:

—Es lo que pienso, señor.

—¿Quién le dijo que todo lo que se piensa debe ser dicho?

—No quiero ofenderlo, sabe cuánto lo admiro, pero está actuando como un investigador cuando debería actuar…

—¿Como marido? ¿Como padre? Eso es justamente lo que quiere la Magiori, que deje de ser Manarino, y por ahora no voy a darle el gusto.

—¿Puedo preguntarle cuál es el límite?

Un raro bullicio les llegó desde el exterior y resultó ser la excusa perfecta para cortar la charla.

—Parece que hay problemas —dijo Manarino saliendo del microclima de preocupación.

—Algún borracho seguramente, yo me ocupo.

—Lo acompaño —dijo Manarino guardando su libreta en el bolsillo y dejando un billete en la mesa—. Ya me cansé de estar empollando, me va a venir bien airearme un poco y pensar en otra cosa.

Ambos salieron del bar. En la vereda, un grupo de personas increpaba a un muchacho que estaba parado junto a una pequeña mesa con tres vasos de plástico. Parecía ser un heredero de la vieja tradición de embaucadores urbanos, esos capaces de hacer unos cuantos pesos con el gastado truco de "dónde está la pelotita"

—¡Devolvele la plata a la señora, delincuente! —gritaba un tipo.

—¡Yo no estafé a nadie, la señora apostó porque quiso!

Manarino se acercó con total parsimonia, entre el griterío y algunos forcejos que empezaban a producirse.

—Y todavía nos reímos cuando la gente que escuchaba radioteatros, ochenta años atrás, quería ir a la salida de los estudios a fajar al malo de la novela. Y estos caen en el *trille* en pleno siglo XXI –dijo Manarino a media voz.

—¿El qué?—preguntó Vera.

—El trille, la mosqueta, la tapadita, o como mierda le quiera llamar —respondió Manarino acercándose más y levantando la voz adrede, para luego hablar a la multitud—: ¿Cómo no se dan cuenta de entrada que es una estafa? –preguntó, sacando su credencial de policía y provocando el estupor del muchacho y el silencio de todos para luego proseguir: —Siempre la pelotita va a estar debajo de otro vaso porque el que pone la pelotita es…

Manarino se acalló de golpe y Vera lo miró fijamente. Era el momento, el instante del éxtasis que se apoderaba de Manarino cuando una resolución parecía bajarle del cielo.

—La pelotita la pone… —murmuró sin importarle que la gente se le había quedado mirando como a un loco, mientras el muchacho timador cerraba la mesa plegable con intención de fugarse.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Vera.

—Y los idiotas del laboratorio buscando imanes…

—No le escucho, señor.

—… y analizando las bolillas…

—Sigo sin entender, señor.

—Es simple, Vera—dijo Manarino afirmando la voz—, acabo de resolver uno de los cuatro misterios

—Pero no sé de qué…

Manarino, recuperando algo de su irónica sonrisa, le respondió:

—Tranquilo, Vera, mejor espere que resuelva los otros tres, y le explico. La Magiori dijo que esto es como un *howcatchem* hollywoodense. Voy a mantener el suspenso para no arruinarle la trama.

IX
Cuarto en que sucedió el asesinato

—Usted es un Comisario Inspector, no tengo ni que aclararle que dejarlo pasar al lugar de un crimen al cual no ha sido asignado para la investigación, es una contravención grave.

El consigna que decía esto parecía recitar sus palabras. Era un joven al que se le erguía el pecho jugando la parodia de reglamentarista de película clase B.

—Puedo conseguir una orden —respondió Manarino con una falsa seguridad, sabiendo que no la obtendría tratándose de un caso del que su esposa era la única acusada—. Pero creo que no hará falta. Usted es un muchacho inteligente, con un gran camino por recorrer en la policía, e intuyo que no querrá que ese luminoso sendero se acorte por un cambio de ideas tan trivial —completó Manarino mientras le sacaba una pelusita del uniforme.

El consigna tragó saliva como quien se ve metido en un lío sin merecerlo, y luego dijo:

—Sólo diez minutos.

Manarino le guiñó el ojo derecho y pasó con Vera al misterioso cuarto del homicidio.

—¿Qué buscamos, señor? —preguntó Vera.

—Un vale para una cajita feliz de McDonald's –dijo Manarino para luego levantar la voz—: ¿Qué sé yo lo que buscamos, Vera? No sé, algo, una mísera señal que nos indique cómo mierda lo hicieron, o cómo mierda tramó todo esto la Magiori, mejor dicho.

—El cuarto ya fue periciado, Señor.

—Sí, seguro —respondió Manarino con displicencia mientras comenzaba a mirar las paredes palmo a palmo.

—Debo pensar que no cree en las pericias.

Manarino respondió con silencio, recorriendo el pequeño cuarto en el que había un diminuto escritorio vacío, una lámpara y ningún cuadro ni adorno, ni nada que permitiera sospechar trampa alguna. Como ya le habían informado, sólo existía una ventana sellada en cuyo costado se encontraba un ventilete de dos centímetros de ancho. Manarino caminó una y cien veces yendo de un extremo a otro de esa habitación de cuatro metros por cuatro. Repicó con sus zapatos el piso de parquet; no conforme con eso se inclinó y lo

golpeó con sus puños. Nada encontró, ni una fisura, ni siquiera una madera floja que permitiera dudar. Luego hizo lo mismo con las paredes, las cacheteó en busca de grietas, de entradas ocultas, en fin, de cualquier engaño. Después tomó una silla del escritorio se subió a ella y repitió el proceso pero con el techo, con la misma suerte, sin hallar el menor indicio. Por último le tocó el turno a la ventana sellada; la empujó, la acarició, recorrió sus contornos… Nada, sólo el pequeñísimo ventilete se mostraba libre, factible de cerrarse y abrirse a voluntad, como única salida al exterior.

—Fue por el ventilete—dijo luego de varios minutos de silenciosa búsqueda.

—Señor, tiene un ancho de dos centímetros, nadie puede entrar o salir por allí, ni siquiera pasa una mano… Quizá la ventana…

—No, Vera, no tuvieron tiempo para abrirla y sellarla nuevamente. ¡La mataron por el ventilete!

—Pero ni una mano de bebé pasa por ahí, ni el caño de un ballesta, nada…

—Estoy seguro que fue por ahí, Vera, pero todavía no sé cómo.

—Es imposible.

—Sí, imposible —dijo Manarino en voz pausada, sopesando cada palabra—, como el asesinato cometido hace seis años contra el trapecista. Y ahí debe estar la clave.

—No comprendo.

—Vera, necesito que apenas lleguemos a la oficina busque todo lo relacionado con ese supuesto accidente, el que sucedió en ese circo cuando murió el esposo de la Magiori.

—Pero señor…

—¡Todo! Fechas, lugares y, lo más importante: los datos de la dependencia policial y de los peritos que actuaron. Y también llame a Aerolíneas Argentinas y reserve dos pasajes a la ciudad más cercana de Cruces Blancas.

Manarino dio un paso para salir del cuarto y Vera se quedó mirándolo confundido.

—¿Todavía no entendió, Vera? Vamos a resolver un crimen, seis años después.

X
Cruces blancas

—Falta que nos venga a recibir Ben Cartwright—Manarino lo dijo recordando "Bonanza", observando el paisaje desolador del pueblo, la vieja cantina, la peluquería con el antiguo tubo de rayas albirrojas en la entrada y su oferta de "pelo y barba" escrita en la vidriera, la sastrería de la que se observaban desde afuera tres piezas de percal y una de seda y el laborioso dueño con monóculo y alfileres en la boca.

El avión los había dejado a varios kilómetros y un ómnibus destartalado los sumergió en esa realidad de western sesentista con aroma a pampa, donde el atardecer se fugaba desdibujando el horizonte a su paso.

Vera no entendió la ironía de su superior y decidió callar, seguirlo hacia la dependencia policial.

—Manarino, ¿verdad? Síentese, mi ayudante recibió la llamada desde Buenos Aires.—El comisario del lugar lo recibía con más curiosidad que simpatía. Parecía dudar ante la visita de ese hombre sobre cuya leyenda, a pesar de la distancia, le habían llegado noticias en diferentes ocasiones. Ese porteño arrogante había venido para investigar, con esa incómoda suficiencia que un policía exitoso de la gran ciudad se entrevista con uno que apenas se agarra con las uñas para no caerse del mapa.

—El oficial Vera —dijo Manarino presentando a su acompañante. El tipo le señaló otra silla con la mirada.

—Usted dirá —dijo el hombre apurando en sus labios el resto de un dedal de ginebra y sin la mínima cortesía de convidar. Era una persona de unos 60 años, desalineada, de abdomen prominente, con ganas de seguir bebiendo o de jugar a la baraja con algún lugareño.

—Voy al grano para no robarle tiempo. Año 2008, julio para más datos, plena vacación de invierno, el Circo Demers visita este pueblo.

—Ciudad —dijo el tipo saliendo de su etílica parsimonia—. Para los de la Capital todos los lugares silenciosos son pueblos, pero…

—El Circo Demers visita esta ciudad –se corrigió Manarino afirmando la voz, sin perder en ningún momento la noción de que mientras tanto, en una celda de Buenos Aires, su esposa estaría

esperando el pollo hervido de la temprana cena carcelaria.

—Vienen muchas compañías a pesar de lo que usted piensa.

—Yo no pienso nada.

—Entonces permítame decirle que no recuerdo ese circo.

—¿Ah, no?—dijoManarino, adivinando el tinte que iba a tomar la charla—. Murió un hombre, un trapecista.

—Sigo sin recordar.

—Supongo que tampoco recuerda que usted realizó la investigación.

—Tampoco.

—Ni sabe que mi presencia aquí apunta a reabrirla, porque mi mujer está presa, injustamente acusada de homicidio, y creo que ambos hechos pueden tener relación.

—Lamento lastimar su vanidad de brillante criminalista, pero debo decirle que no sigo su vida al detalle.

Manarino, con violencia, estiró su mano sobre el escritorio y sacó debajo de la botella de ginebra el Clarín del día de ayer, en cuya primera plana figuraba la noticia de su esposa detenida. La botella rodó por el piso haciendo un incómodo ruido en la quietud de la oficina. Manarino alzó el diario y se lo mostró.

—¿Quiere que se lo lea?

El tipo, tras unos segundos de silencio en los que no desvió la mirada de su interlocutor ni para mirar la ginebra derramada, dijo:

—¿Qué quiere, Manarino?

—El expediente del caso Demers.

—Está en el archivo del juzgado –respondió el tipo sin gesticular.

—Hágalo traer.

—No sin la orden del juez.

—¿Cuánto?–dijo Manarino provocando otra vez un raro silencio y la curiosa mirada de Vera, quien había permanecido inmóvil hasta ese momento de la charla—. Quiero decir ¿cuánto le pagó Analía Magiori?

—No sé de qué está hablando.

—Ella estuvo aquí hoy, ¿verdad?

El tipo armó una sonrisa nerviosa para decir:

—La idea equivocada que uno se hace de la gente, Manarino, yo estaba convencido de que usted era una especie de Sherlock Holmes, y me vengo a enterar que es sólo un pobre tipo fabulando cosas para salvar a su mujer. Por favor…, recibimos el Clarín de la capital todos los días.

—La Magiori estuvo aquí —afirmó Manarino con exasperante

calma.

—Usted delira.

—Y le trajo un puñado de billetes y este diario para que usted estuviera al tanto y embarrara mi investigación.

—¿Sabe una cosa? Podría llamar a mi asistente para tener un testigo y demandarlo por lo que está diciendo.

—¿Sí? ¿Se anima a cantarme falta envido? ¡Quiero, llámelo!

—Señor –murmuró Vera— no vamos a conseguir nada, será mejor que…

— Y llame también al juez de turno –insistió Manarino—, así de paso le pregunto cómo puede ser que en esta ciudad o pueblito de mierda o lo que sea, reciban el Clarín desde Buenos Aires sin ningún sello de franqueo ni de recargo por envío al interior—completó alzando el diario nuevamente.

La escena pareció congelarse unos instantes. El tipo amagó a beber con gesto nervioso, pero advirtió que su dedal estaba vacío y la botella seguía derramada en el piso. Luego, en silencio, abrió un cajón y sacó una carpeta.

—Ahí tiene, es el expediente tal como se cerró hace seis años.Yo mismo lo saqué hace un rato del juzgado. Puedo asegurarle que fue un accidente, la investigación estuvo bien hecha en ese momento.

—¿Por qué debo creerle? —preguntó Manarino mientras comenzaba a hojear la carpeta.

—No tengo relación con esa mujer que usted dice. Hoy vino y me pidió que no removiera un hecho tan desagradable.

—Y usted le hizo caso.

—Fue amable conmigo, me dijo que usted la perseguía injustamente. No tenía por qué dudar de ella, no tiene antecedentes y…

—Shhh… —Manarino lo acalló para concentrarse en lo que estaba mirando, luego de hojear varias páginas había encontrado en la carpeta las fotos del cadáver. Era cierto, la víctima había muerto por cuatro heridas producidas por filos idénticos, pero algo no cerraba en la imagen…, algo que los forenses no habían notado y que para él constituía la clave de todo.

—Mire esta foto, Vera.

El oficial observó la imagen y también leyó la acotación de la junta médica.

—Según el informe, parecen ser cuatro heridas del mismo tenor, puede considerarse lógico si se las hizo al caer sobre la reja de lanzas.

—Ahí está el punto. Vera, ¿no nota nada raro?

—A decir verdad…

—La reja era recta, y fíjese bien nuevamente en la imagen, la cuarta herida no está exactamente en línea.

—Quiere decir que…

—Quiere decir que alguien lo mató acuchillándolo y luego se produjeron las otras tres heridas al caer.

—¿Pero cómo? El informe pericial del lugar dice que no se ha hallado el menor indicio de lucha alguna.

—Ese es el punto…, debemos saber cómo alguien que no está en el lugar del hecho puede acuchillar a una persona… —susurró Manarino pensativamente mientras seguía pasando las hojas de la carpeta hasta detenerse abruptamente y decir en voz alta:

—¿Qué es esto?

El policía del lugar estiró su cuerpo para mirar y respondió:

—Es el detalle de los integrantes de la compañía.

Manarino comenzó a leer:

—Juan González, domador; Ernesto Vargas, acróbata; Leonardo Peña, contorsionista, Duilio Zemp, mago; Analía Magiori, lan…

Su voz se apagó abruptamente sin terminar de nombrar la especialidad de la Magiori.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó Vera

Manarino curvó sus labios y empezó a reír, reír y reír.

—¿Señor, que le pasa?

—No, Vera, no puedo responderle, ya le dije, Hollywood no me perdonaría que arruinara esta trama perfecta antes del final. Sólo voy a decirle un par de cosas: con un golpe de mirada acabo de resolver un crimen que llevaba seis años siendo perfecto—dijo Manarino sin parar de reír

—¿Y la segunda cosa, señor?

—Ah sí, también acabo de resolver el segundo y el tercer misterio.

XI
El misterio que faltaba

Manarino colgó el teléfono con violencia, respiró ruidosamente, tomó uno de sus cigarros preferidos y, al no encontrar su encendedor inmediatamente, lo arrojó con furia sobre el escritorio. Después miró el rectángulo de ciudad en su ventana. Retiro se le entregaba mudamente tras el vidrio. Estaba cansado, sentía que sus mejores golpes no alcanzaban. *Mis piernas ya no pegan como antes*, se dijo, parodiando a Sugar Ray Robinson. Quería terminar con esto, sacarla a ella de la cárcel, llevarla a una calma compartida, a una risa de café con leche, a una cotidianeidad tan gastada y tan preciada a la vez, sin motivos, porque así es el amor, un sentimiento que no necesita justificativos. ¿Acaso es necesario justificar un árbol o un durazno o una puesta de sol?

—¿Malas noticias? –preguntó Vera entrando al despacho de su superior.

—El imbécil del fiscal dice que falta la cuarta pata de la mesa, que no puede pedir la liberación de mi mujer hasta que no expliquemos sus huellas en el cuchillo.

—Tenemos que impugnar la prueba, señor, alegar que fue plantada —dijo Vera retomando su idea inicial.

—¿Me ve cara de abogado chicanero?

—Es la única salida.

—¿Sí? Entonces explíqueme cómo la plantaron. Porque eso es lo que va a preguntar el juez. ¿Se las plantaron luego de detenerla? De alegar eso, tenemos que mostrar que la Magiori sobornó a los peritos que intervinieron.

—Podemos demostrar un antecedente, solicitar que declare el policía de Cruces Blancas.

—¿Qué le vamos a hacer decir? ¿Qué la Magiori le regaló un diario, que le dijo que yo la perseguía? ¿O se cree que el tipo va a reconocer que lo coimearon? No, Vera, por ese camino sólo lograríamos ponernos en contra al tribunal.

—Pero no encontraron ADN, solamente huellas dactilares.

—John Evangelist Purkinje, Sir William Hershel, Francis Galton, Juan Vucetich. ¿Le suenan esos nombres? Casi dos siglos de investigación concluyen que la posibilidad de coincidencia entre

dos huellas digitales es de una en 64 billones. Y en todo el mundo hay tan sólo unos 7000 millones de personas. ¿Me entiende? Unas huellas dactilares tomadas y estudiadas por profesionales pueden incriminar tranquilamente a un sospechoso.

—Entonces nos enfrentamos a… —empezó a decir Vera con temor de ofender a Manarino.

—¿Un crimen perfecto? ¿Eso iba a decir? Qué locura, ¿no? Más de veinte años de carrera resolviendo los casos más perversamente tramados, demostrando y diciendo a viva voz que el crimen perfecto no existe, y míreme, a punto de perder mi familia y mi placa.

—No diga eso, señor, usted tiene mucho por dar…

—No, Vera, no diga cosas que ni usted cree. ¿O acaso piensa que si mi mujer es condenada por homicidio voy a poder seguir jugando el papel de criminalista imbatible? Vaya, quiero estar solo.

—¿Quiere escuchar un poco de música, señor? ¿Le pongo algo de Bach? —preguntó Vera con piedad, acercándose a los viejos vinilos de Manarino—. Ese concierto que tanto le gusta… ¿Cuál era?

Manarino sonrió amargamente viendo a su oficial tratándolo como a un enfermo, revolviendo discos viejos en busca del Segundo Concierto de Brandeburgo.

—Acá está, lo pongo en seguida, y le pido algo de comer si quiere.

—No, deje, Vera.

—Pero hace horas que no prueba bocado. Mire, pusieron otro delivery acá nomás–dijo sacando un volante del bolsillo.

—Le agradezco, Vera, para envenenarme ya tengo bastante.

—Pero tienen variedad…

—Pídase algo usted y déjeme con Bach.

—Milanesa a la suiza, parrillada para dos…—Vera comenzó a leer el menú del folleto.

—Ah, bueh…

—Tallarines a la parisien, arroz Strogonoff , bifes a la criolla.

—¿Qué dijo? —Manarino preguntó levantando la voz, como si hubiera recibido un cachetazo despabilador.

—Eh… Bifes a la criolla —respondió Vera sorprendido por la forma de preguntar de su superior.

—No, no, antes…, antes de eso.

—Arroz Strogonoff –dijo el oficial sin entender.

Manarino se quedó sin gesticular unos instantes, como si por su mente estuviera pasando una película y aguardara expectante la

escena que ansiaba ver. Luego, dijo en voz casi inaudible:

—Sí…, eso es….

—¿Cómo dice señor?

—Fue en ese momento…

—No sé de qué habla señor.

—El plato con los cubiertos…, el cuchillo…

Manarino se puso de pie y comenzó a buscar ansiosamente en su archivo.

—Señor, ¿qué le sucede? —preguntó Vera

—La carpeta, necesito la carpeta.

—¿La que nos dieron en Cruces blancas?

—¡No, Vera, la carpeta con la que incriminaron a mi mujer! Quiero ver la foto del cuchillo homicida.

Vera se puso de pie para ayudarlo a buscar

—¡Acá está! —gritó Manarino para comenzar a hojearla rápidamente hasta detenerse en una de las páginas—. Sí, era lo que suponía. Vamos Vera.

—¿Adónde señor?

—A la casa de la Magiori, seguramente nos está esperando. Mientras vamos llame al fiscal y dígale que ya tenemos la cuarta pata, y que voy en busca de la asesina.

—No entiendo…

—¿No? Se la hago cortita: resolví el cuarto misterio.

XII
Casa de Analía Magiori

Manarino no podía pedir mejor escenario para culminar el caso. Todo estaba a pedir de boca para que un encantador vanidoso diera su puntada final. La casona era antigua, grisácea, algunos vestigios de hiedra la lloraban de verde y le daban perfume a humedad. No había ni timbre ni llamador; él apoyó su mano y la puerta se abrió; las bisagras, sedientas de aceite, emitieron un agudo de soprano dolorida que murió en la oscuridad del interior de ese living. En un sillón, de espaldas, sólo dejando ver su cabellera rubia, la Magiori oía el Segundo Concierto de Brandeburgo de Bach.

—Pasá, querido, te estaba esperando —dijo poniéndose de pie. Estaba en ropa de cama, con un vaso de whisky en la mano, era patéticamente bella.

—Gracias por la bienvenida.

—No hay de qué, mi vida. ¿Te gusta esta versión que elegí de tu concierto preferido? Trevor Pinnock con el English Concert.

—Al grano, peluca de plata.

—Mmm –exclamó ella sensualmente—, me encanta cuando te hacés el Phillip Marlowe. Bueno, mi vida, ¿viniste a rogarme por tu mujercita?

—Te encantaría eso, ¿no?

—Para qué te lo voy a negar —respondió la Magiori acercándose a Vera provocativamente y susurrándole al oído: —Tu jefe era muy requerido por las mujeres, pero es él es tan… ¿cómo decirlo? ¿Crédulo? Cree que hay alguna por la que vale jugarse su prestigio. Y yo voy a decirte un secreto, chiquito, hay dos tipos de mujeres: las feas y las que se maquillan –completó largando una carcajada y terminando su vaso de un sorbo.

—Temo decepcionarte, no vine a pedirte por mi esposa. Vine a decirte que estás detenida.

—Buen intento el tuyo, mi viejo y querido Manarino.

—Buena manera de disimular la tuya —respondió él sacando su libreta del bolsillo.

—¿Vas a recitar alguno de los poemitas que me escribías en la secundaria?

—No, voy a poner fin a este *howcatchem*.

—Soy toda suya, Inspector —dijo la Magiori con maliciosa sonrisa y sentándose en el respaldo del sillón.

—Debo recocer que seguís siendo una mujer brillante, pocas veces en mi carrera me vi frente a un crimen tan bien pergeñado; mejor dicho… frente a dos crímenes tan bien pergeñados. —Manarino comenzó a caminar por el lugar como un catedrático que va a exponer una gran tesis, y empezó su explicación—. Primero fue el bolillero; los peritos hubieran podido estar meses y meses investigando cómo habías logrado que saliera el 23, pero claro… ellos son científicos y se manejan con racionalidad, no podrían concebir nunca que en pleno siglo XXI la gente caiga y se deje estafar por algo tan simple como el *trille* o la *tapadita*. Yo mismo he visto personas ante esas mesitas de juego buscando espejos inexistentes, o argumentando tonterías como que la mano es más rápida que la vista, sin llegar a vislumbrar que la estafa es mucho más simple, que el embaucador sólo tiene que poner la pelotita donde se le antoja. Así lo hiciste vos, Magiori, la bolilla 23 jamás estuvo en el bolillero, la tenías vos en la mano y sólo te bastó fingir que la sacabas dela gran esfera a la que todos los tontos estaban mirando girar. —La rubia sonrió y Manarino dijo: —Simple, ¿no? Tan simple que nadie sería capaz de adivinarlo.

—Excepto el gran Manarino—dijo la Magiori en tono burlón. El inspector prosiguió sin darle importancia.

—Al segundo y al tercer misterio podría adjetivarlos como verdaderas piezas de estudio. Sí, creo que deberían tomarse en los exámenes de las escuelas criminalísticas. Un asesinato en un cuarto cerrado, casi hermético, donde la única abertura no dejaría pasar ni siquiera una mano de bebé. Qué genial, Magiori, realmente genial, lástima para vos que este viejo conocido tuyo es un vanidoso capaz de ponerse a investigar un hecho de seis atrás, con tal de no quedar como un perdedor. Y así lo hice, y te digo que casi bajo los brazos, sí, así como lo escuchás, si no fuera por esa página… Ay Magiori, te descuidaste…, le dijiste al policía de Cruces Blancas que hiciera desaparecer el expediente, debiste hacerlo quemar, más que nada esa página donde dice que tu labor en el circo en ese entonces era de lanzadora de cuchillos… Fue así, ¿verdad? Mataste a tu marido sin necesidad del minino contacto ni forcejeo, lanzándole un cuchillo desde abajo para que cayera sobre las lanzas de la reja y que todos pensaran que había sido traspasado al caer. Todos menos este vanidoso obsesivo capaz de analizar hasta las distancias entre cada herida con tal de atraparte. Y así lo hiciste también con la Rivelli. No tuviste necesidad de estar en ese cuarto, ni siquiera de

meter tu mano, sólo te basto apuntar como una buena profesional para que el cuchillo pasara por el ventilete de dos centímetros y se clavara en su corazón. Pero me faltaba resolver el cuarto misterio… ¿Cómo carajo habían aparecido las huellas de mi mujer en el cuchillo asesino? La respuesta me la dio mi fiel oficial Vera aquí presente: arroz Strogonoff. Yo mismo vi cuando te acercaste a mi esposa y le quitaste el plato con los cubiertos. Luego fue simple: fraguaste el sorteo y anunciaste la ganadora; en ese instante le pediste a la escribana que fuera a la oficina mientras la gente se amontonaba a felicitar a mi esposa y toda la atención estaba en las fotos y en las risas. Te bastaron 10 o 15 segundos para desaparecer en el tumulto, salir al jardín exterior y asesinarla lanzándole el cuchillo. Luego fue más simple todavía, regresaste al salón y te quedaste a mi lado mientras mi mujer iba directo a ser inculpada. Una obra de arte la tuya, realmente una perversa obra de arte.

—Muy bien, Manarino –dijo la Magiori poniéndose de pié—, así es exactamente como lo hice todo, pero no pienso declararme culpable ante un tribunal, por lo cual, para respaldar tu admirable discurso, vas a tener que conseguir pruebas y lamento decepcionarte, no vas a conseguirlas. ¿Acaso no te diste cuenta de que la única grabación de seguridad que hay en la causa es la que nada muestra? Yo misma la dejé para que se viera que nadie había entrado a ese cuarto. Pero también me encargué, antes del evento, de apagar todas las otras cámaras del salón, para que ninguna me registrara tomando el plato y los cubiertos de tu mujer, ni yéndome del escenario, ni saliendo al jardín.

—Creo que te olvidaste una, muñeca. La cámara de seguridad del jardín de la casa contigua. Claro, a esa no tenías acceso, ni siquiera sabías que existía, de lo contrario la hubieses robado, o incluso hubieras matado al vecino. Justamente esa cámara apuntaba al jardín del salón, y te muestra cometiendo el crimen.

—¿Creés que voy a caer en esa trampa? Me estás asustando para que acceda a declarar.

—Querida… ahora sí me estás decepcionando, creí que me conocías más, tanto como para saber que jamás hago trato con delincuentes. Mirá, ¿querés ver la grabación? —dijo Manarino sacando su celular y alzándolo—. Se la pedí a la empresa de seguridad de la zona cuando descubrí cómo lo habías hecho todo, y me la acaban de mandar.

La rubia arrojó el vaso vacío. Su rostro pareció transformarse.

—Se acabó el juego— dijo Manarino. La rubia metió una de sus manos en su *deshabillé* y sacando un cuchillo dijo:

—¡Todavía no!

—Dejá eso, no hagas locuras.

—Quedate quietito, mi amor, ya no soy la chiquilina a la que le descubrías las trampitas en los exámenes. Esto no es de utilería, apenas amagues a sacar el arma va a volar derechito a clavarse en tu pecho.

—Bajá eso, rubia, ¿no te diste cuenta de que somos dos?

—Sí, claro que me di cuenta. A ver, elijan, ¿cuál de los dos recibe el cuchillazo?

—Dejá eso, va ser mejor para vos si declaro que no te resististe al arresto…

—¿Y qué gano? ¿Trato preferencial en la cárcel? ¿Me van a poner con los evangelistas, o a ordenar libros en la biblioteca del penal? No, Manarino, yo me voy y vos te venís conmigo. Es eso o tu oficialito muere desangrado.

—Te repito una vez más, dejá eso Analía.

—Analía…, cuánto hace que no me decías así. Vos sabés quién soy como nadie en el mundo. Sabés de lo que soy capaz para cumplir mi capricho.

—No se va atrever, señor —dijo Vera.

—¡Cállese, Vera!

—Muy bien… así se le habla a un subordinado.

Las sirenas policiales comenzaron a sonar desde afuera.

—Estás rodeada, vamos, no sigas con esto.

—Deciles que se vayan, esto es una historia de amor entre vos y yo.

—Entonces vas a tener que matarme —desafió Manarino mientras comenzaba a caminar hacia ella.

—No des un paso más —dijo la rubia.

—Vas a tener que hacerlo, vas a tener que matar a tu gran amor…—dijo Manarino acercándose más.

—No te muevas —dijo ella más débilmente

—… a tu gran amor…

—Te dije que no te muevas —insistió ella largándose a llorar

—…a tu gran amor –repitió él manoteándole el brazo y quitándole el cuchillo para luego abrazarla.

Al salir, las luces de los autos policiales bañaban intermitentemente la escena. Manarino salió con la Magiori acurrucada contra su pecho. Luego, caminó con ella hasta uno de los móviles policiales, alzando una de sus manos, como señal de que todo había terminado.

Segunda parte

I
Primicias

Manarino bajó de la Estación Leandro Alem del Subte B, compró el Clarín, miró una *milf* en minifalda que apuraba su paso con enojado gesto antes las miradas, y se metió en el bar de siempre al calor de un *cappuccino* con medialunas. Ni quiso mirar las noticias policiales del diario. ¿Para qué? Estaba harto de esos "especialistas" que jamás habían tirado un tiro ni transpirado ante el frío de un caño en la sien. Se puso a hojear la sección espectáculos. *De Niro quiere volver a filmar con Scorsese; Campanella va por otra Palma de Oro; llega a la Argentina el Circo…*

—Llega el Demers—murmuró Manarino, como quien se siente extra de un gran drama superior. Hacía sólo una semana que el pasado le había caído como una larga sábana y ahora parecía probar nuevamente a envolverlo, con la llegada de un circo ya anticuado para una ciudad como Buenos Aires.

—Ah, Vera, no lo había visto. Estaba intentado modificar el pasado —dijo Manarino con sonrisa triste ante la súbita presencia de su subalterno. —Siéntese.

—Quería comentarle algo, señor.

—¿Tan urgente es el asunto que no pudo esperar que llegara a la oficina?

—Demasiado urgente para mi gusto —contestó Vera con cara de circunstancia.

—A ver, ponga voz de tenor y cante.

—La Magiori, señor.

—¿Qué le pasa ahora a muñeca de plata, quiere esperar el juicio teñida de morocha? No, ya sé, apareció nuestro viejo amigo el Doctor Celaya para defenderla y pidió la excarcelación por falta de pruebas…

—Señor…—intentó decir Vera para interrumpir el monólogo irónico de Manarino.

—Seguramente aduce que la rubia que cometió todos esos delitos era otra, una especie de clon todavía no identificado, o alguna pavada semejante…

—Señor…

—O que a la verdadera la abdujeron los extraterrestres y…

—¡¿Puede parar un minuto, señor?! —gritó Vera utilizando un tono que jamás usa.

Manarino se le quedó mirando con sorpresa, Vera parecía preocupado, serio, incluso raramente conmovido. Aspirando aire como para darse ánimo, dijo de un tirón:

—La Magiori se fugó de la celda de máxima seguridad, no hay ni rastros de ellas en ninguna parte.

— Qué dice, Vera, si estaba custodiada por…

—No alcanzaron, señor. Los dos agentes encargados de vigilarla aparecieron asesinados con arma blanca.

Manarino se quedó en silencio sin moversepor varios segundos. Vera lo miró, desconcertado ante su actitud.

— Señor, ¿le sucede algo?, creo que deberíamos ir a…

—Tómese algo, Vera —dijo Manarino casi en un susurro.

—Pero señor, tenemos que…

—Que se tome algo, le estoy diciendo. ¿No se da cuenta? Los próximos dos policías muertos podemos ser nosotros.

II
Te vas porque yo quiero que te vayas

—¿Impartió las ordenes que lepedí, Vera?

—Sí, señor, su mujer y su hija estarán perfectamente custodiadas.

Ambos caminaban los pasillos de la penitenciaría de máxima seguridad.

—Eso no me alcanza.

—Pero señor…

—¡No me alcanza! Perfectamente custodiada la tenían a esta perra y mire cómo estamos: dos policías muertos y ni rastros de ella.

—Pero yo mismo he solicitado la custodia especial y…

—¡No me entiende, Vera! —Manarino gritó y ambos detuvieron el paso. Vera observó a su superior con sorpresa; la cara de Manarino parecía transfigurada— Esa mujer va a ir a buscar a mi esposa sea como sea.

—Pero eso sería muy obvio, señor,¿por qué está tan seguro que…

—¡Porque es una mujer despechada! —Un raro silencio se apoderó de ambos. Manarino lo rompió agregando: —Puedo temerle a un ladrón y a un estafador, cómo no; puedo temerle a un psicópata, y aun asesino serial, obviamente; pero a nada… absolutamente a nada en esta vida, le temo más que a una mujer despechada. Ahora basta de palabrerío, tenemos que ver la celda de la cual esta desquiciada no debió haberse escapado nunca.

Ambos retomaron el paso y llegaron al lugar; había un raro perfume a encierro apenas alterado,como si hasta el aire exhalara un aroma a burla en ese sitio que había sido violado con el incompresible escape.

—Comisario, adelante —El jefe del penal los recibió correcta pero fríamente, acaso con el miedo de tener que explicar lo inexplicable. Manarino apenas lo saludó con la mano extendida. El tipo intentó dar la versión de los hechos: —La verdad que no entiendo como…

—No se esmere, va a seguir haciendo el ridículo si pretende dar una explicación lógica —interrumpió Manarino haciendo todavía

más incómoda la situación—. Esta mujer es genial.

La frase de Manarino acalló todo posible diálogo. Ni Vera, quien conocía esos raros estados en que el ánimo de su superior temblaba entre la ira, el desconcierto y el análisis más profundo, se animó a pronunciar palabra.

Manarino repitió el mismo ritual que semanas atrás había realizado en el cuarto donde habían acuchillado a la escribana Rivelli. Miró, olfateó, tocó, golpeóy acarició paredes, piso y puerta de la celda de seguridad. No había ni la mínima abertura, ni la mínima grieta, ni el más imperceptible ventilete que esta vez pudiera hacer sospechar cómo había realizado el escape. Sólo una mirilla de aire en la portezuela por donde le pasaban los alimentos.

—Pasa un cuchillo por ahí –se animó a decir Vera.

—Imposible, Vera —replicó Manarino—, la Magiori fue detenida limpia, registrada hasta en detalle y no hay manera de que tuviera un cuchillo dentro de la celda ni que nadie se lo haya acercado. Además, arrojando un solo cuchillo no hubiera podido asesinar a dos agentes.

—Los policías aparecieron muertos allí —dijo el jefe de seguridad señalando la pequeña antesala que custodiaba la celda.

Manarino dio unos pasos y repitió todo el procedimiento de auscultación.

—Esta vez no lo hizo sola —murmuró Manarino, pensativo.

—Quizá se infiltró alguien en el edificio simulando ser un policía y… —intentó arriesgar Vera.

—No, los dos hombres muertos estaban armados, nadie los enfrentó, de hecho las pericias indican que fueron asesinados por la espalda –dijo Manarino.

—Pero entonces… –dijo el jefe del penal.

—Entonces alguien entró a esta pequeña sala en altas horas de la noche, sin ser visto, y encontró a ambos hombres dormidos, los asesinó, les sacó la tarjeta magnética que abre la celda y liberó a la Magiori.

—Pero si la puerta de la sala también estaba cerrada, ¿por dónde entró? Aquí tampoco hay ventanas —dijo Vera, extrañado.

Manarino lanzó una nueva y general mirada al lugar. Luego, al ver un tragaluz de unos 30 centímetros de diámetro, dijo:

—Por ahí, es el único lugar por donde pudo haber entrado alguien.

Vera se quedó mudo al ver que Manarino abonara una teoría tan poco probable. El jefe de seguridad, algo risueño ahora, se animó a refutar la idea:

—¿Alguien entró por un conducto de treinta centímetros y asesinó a los dos agentes y liberó a esa mujer? ¿No le parece que suena a cuento fantástico?

Manarino lo miró con agresiva seriedad y le respondió:

—No. Suena a la vida de Analía Magiori.

III
¿Quién, por qué?

Manarino se sentó en su escritorio y hundió su cara en ambas manos. La tarde caía sobre el ventanal de su oficina, era la hora en que las voces de la Plaza San Martin empezaban a apianarse, a ovillarse al ritmo del sol, mientras la luna, apenas dibujada, pedía permiso para pintar la noche.

—Hay alguien, un cómplice, alguien… —susurró Manarino como si su cerebro hubiera seguido conectado en el caso, a pesar de que su cuerpo ya no estaba en el penal y se amparaba en esa oficina en la que tantas veces había encontrado refugio a cavilaciones y desvelos.

—Se ha mandado investigar a todas las relaciones de la Magiori, señor. No se ha encontrado a nadie sospechoso. Acuérdese de que esta mujer jamás había sido culpada de nada, ni siquiera procesada.

—Lo recuerdo, lo recuerdo… —respondió Manarino siguiendo en su misma postura corporal. No me sorprende que no haya datos de nadie, me sorprende que no haya rastros de ella.

—Ya mandamos a vigilar las fronteras; al menor indicio de que intente…

—No, Vera, usted no la conoce, no va a escaparse, es una vanidosa, cree que su belleza es una armadura que la protege de todo, no va a parar hasta que complete su trabajo. Sigue la custodia a mi esposa y a mi hija ¿verdad?

—Como en el primer minuto.

—¿Habló con el jefe de esa custodia?

—Estoy en permanente contacto con él, señor.

—¿No le ha informado de nada? Me refiero a algún indicio, a algún sospechoso que haya querido acercarse…

—Absolutamente nada, señor. Por otra parte también me informaron que su esposa está bien, preocupada por usted pero bien, y que su hijita está bastante aburrida por no poder salir de la casa –agregó Vera, sonriendo con ternura.

—Me imagino… —dijo Manarino en tono reflexivo—lindo padre le tocó en suerte, en vez de llevarla a ver la última de Disney, la encierro y la custodio como si fuera Messi antes de un Barsa-Real Madrid.

—Vamos a atrapar a la turra esa, señor, quédese tranquilo, y ya va a poder llevar a su nena al cine, al circo y a donde se le ocurra.

Manarino no reaccionó instantáneamente a la frase de Vera. Luego de tres o cuatro segundos de silencio se animó a preguntar

—¿Cómo dijo, Vera?

—¿Perdón?

—Que, ¿cómo dijo? ¿Que la iba a llevar adónde?

Vera lo miró. La cara de Manarino parecía comenzar a iluminarse como en esas sagradas situaciones en que esa genial mente deductiva parecía hallar un rayito de luz para descifrar un oscuro problema.

—Eh… dije que ya la vamos a atrapar.

—No, eso no, el resto —dijo Manarino enérgicamente.

—Eh… no sé qué dije… que ya podrían ir al cine…

—¿Y dónde más?

—Eh… no sé..., creo que dije al circo.

—¡El circo Demers, Vera! Están en Buenos Aires, lo leí en el diario cuando usted me vino con la noticia del escape de la Magiori.

—Y usted cree que la ayuda para escaparse puede habérsele proporcionado de parte de…

—No lo sé, Vera; pero ahora mismo lo vamos a averiguar.

IV
Había una vez un circo

Ambos hombres caminaron entre malabaristas, equilibristas y payasos. Vera se quedó unos segundos detenido viendo a dos hermosas chicas que hacían equilibro en monociclos, solamente vestidas con un diminuto uniforme. Luego se adelantó con rapidez para emparejar su paso con el de Manarino.

—Lindo panorama, ¿no, Vera? Es obvio que hoy en día, con las cosas que se ven en internet, si no ponen minas así los pibes no vienen.

—¿Los puedo ayudar en algo? — El que lo preguntó, secamente, era un hombre de cierta edad, de contextura gruesa y ancho bigote canoso.

—Comisario Inspector Manarino—dijo él enseñando la credencial.

—¿A qué debo el honor?

—Analía Magiori, ¿le suena?

—¿Debería sonarme?

—Fue esposa de su hijo, ¿no? –Dijo Manarino intuyendo que ese hombre era el dueño.

—Eso fue hace demasiado tiempo.

—Supongo que hay recuerdos que no prescriben. Más cuando hay una muerte de por medio —dijo Manarino.

—Debí seguir mi vida luego del terrible accidente de mi hijo; todo esto que usted ve, está a mi cargo.

—Me imagino que sus ocupaciones no le impiden enterarse de las noticias. Sabrá entonces que hace apenas unos días yo mismo descubrí que lo de su hijo no fui un accidente, sino que fue asesinado por Analía Magiori.

—Eso no va a devolvérmelo.

—Y por si todavía no lo sabe —continuó Manarino en tono decidido, como si no creyera en ese hombre—, le informo que la asesina se escapó hace unas horas, de una celda de máxima seguridad, dejando a dos policías muertos.

—Le agradezco mucho la información, Inspector —dijo el hombre con una sonrisa fingida—, nos cuidaremos de esa mujer, entonces.

—Sí, es peligrosa —dijo Manarino mientras dirigía su mirada a un contorsionista que ensayaba su acto achicando su cuerpo para meterlo en una caja, y asociándolo inmediatamente con el conducto de aire de treinta centímetros de la celda.

—Ahora, si me disculpa, en un rato tenemos función y…

—Sí, claro, sólo una cosa más, estoy seguro de que la Magiori necesitó ayuda para escaparse.

El hombre endureció la mirada y dijo:

—¿Me está acusando de algo?

Manarino divisó cerca de sí y de Vera la sombra de dos forzudos.

—Dígale a sus muchachos que no hagan una locura.

—Le hice una pregunta, Inspector.

—Y yo le hice una advertencia. —La acepto. Y es más, doblo la apuesta. Tiene razón, ella no hubiera podido salir de esa celda jamás sin nuestra ayuda, más específicamente sin la ayuda de ese contorsionista que usted estuvo mirando de reojo mientras hablaba conmigo. Pero dígame, ¿cómo va a probarlo?

—Encontrando a la Magiori.

—¿Sí? ¿Y cree que va a ser fácil? —dijo el hombre para luego abrir los brazos y agregar: —Empiece a buscarla, si lo desea; revise todo, absolutamente todo.

V
¿Nada por aquí, nada por allá?

—No entiendo, señor —Ambos caminaban por las afueras del circo. Había una pequeña cola de gente en las boleterías. Era una hermosa noche, cálida y estrellada, al que unas nubes comenzaban a empañar con perfumada garúa, agregándole melancolía a la ya algo lejana imagen de esa carpa grande y algo decadente.

—¿Qué es lo que no entiende, Vera?

—¿Por qué no quiso revisar? Hay una asesina prófuga, podríamos haber pedido una orden y…

—¿Y entrar en el juego de este tipo? ¿Buscarla en vestidores, en cajas de magos, en jaulas de animales? Por favor, Vera, ¿se cree que nos iban a dejar a la Magiori al alcance de la mano?

—¿Y entonces?

—Y entonces que el enigma es otro, ¿no lo ve? Dígame, ¿para qué carajo este tipo va a jugarse el pellejo para liberar a la mujer que mató a su hijo?

—Bueno… señor, quizá…, es una mujer seductora… usted mismo fue su…

—No, Vera, nos estamos equivocando en algo —dijo Manarino, pensativo—, y tengo la impresión de que sin descubrir ese algo jamás vamos a encontrar a la Magiori.

Vera, que escuchaba con atención sin dejar de caminar a su lado, resbaló sin llegar a caer al piso.

—Epa…, ¿qué le pasa, Vera?

—Nada, señor, la llovizna; me resbalé, con un poquito de arena que había en el asfalto.

—Tenga cuidado. Qué ironía sería que en vez de enterrados por la Magiori, nos terminemos pegando un palo fatal y…

Manarino se acalló y detuvo su paso abruptamente.

—¿Le sucede algo, Inspector?

—Enterrados… arena… —susurró Manarino.

—¿Cómo dice, señor?

—¿Quién dijo que este tipo se jugó el pellejo para defender a la Magiori? —preguntó en voz casi inaudible.

—No le entiendo, señor

—Claro… —agregó en un murmullo—, ese es nuestro error…

—Señor, no sé de qué…

—¡Vamos, Vera!

—¿Adónde señor?

—A ver la función. Si la intuición no me falla, voy a hacer mi debut como artista de circo.

Los dos volvieron a acercarse. Vera iba a sacar su credencial pero Manarino lo interceptó.

—No, espere, saquemos una entrada.

—Pero señor, podemos entrar sin…

—Necesito una ubicación alta.

—No le entiendo.

—Ya lo va a ver, si es que la actuación me sale como pienso. Vera, intrigado pero sin atreverse a discutirle, sacó dos entradas generales.

Ambos se acercaron a la entrada. Sus tickets fueron revisados. Ellos entraron y fueron hasta la ubicación correspondiente.

—Poca gente –dijo Vera.

—¿Y quién quiere que venga a ver esto? ¿No le digo que este circo está demodé? Mire la iluminación, qué cagada, voy a tener que esperar algún numero con seguidor –dijo Manarino recorriendo toda la pista con sus ojos, como un perro que busca la mínima señal de un hueso.

—¿Perdón?

—Un seguidor, Vera, esas luces movibles que van de un lado a otro alumbrando a los artistas cuando se mueven.

—Le puedo preguntar qué es lo que…

—Shhh, no pregunte nada que empieza el show, apenas le dé la orden nos metemos.

—¿Nos metemos adónde?

— A un baño sauna… ¡Adónde va a ser, Vera, a la pista!

—¡Cómo que a la pista!

—Cállese y déjeme ver.

Luego de la presentación de un maestro de ceremonia, aparecieron dos tipos haciendo malabares.

—Vamos… muévanse —murmuró Manarino como forma de deseo, sin pestañear para no perderse nada—, muévanse carajo….— Los artistas comenzaron a correr por la pista haciendo sus juegos con pinos de madera, y en un momento Manarino exclamó: —¡Ahí! ¡Es ahí, lo sabía!

—No le entiendo, señor

—¡Vamos, Vera!

Manarino saltó de su asiento y comenzó a brincar sobre butacas

vacías ante la mirada de algunas personas. Vera lo siguió hasta la misma pista.

—¡Alto! —gritó Manarino haciendo detener a los artistas y acallar al música. El público dejó propagar un murmullo de sorpresa. El dueño del circo, ubicado en la primera fila, se puso de pie. Los forzudos de seguridad entraron a la pista y Manarino sacó su credencial y su arma y dijo: —Quietitos donde están.

La gente volvió a murmurar y Manarino gritó una orden:

—¡Iluminación, enciendan el seguidor!

La luz nació nuevamente de la nada y comenzó a volar como un pájaro sobre la pista.

—Ahí nomás —ordenó Manarino deteniéndola— ¡Ahí, Vera!

—No entiendo, señor

—Ahí, donde la arena parece tener un color distinto, como si hubiera sido mojada o removida. Vaya y escarbe.

—Pero señor…

—¡Vaya y escarbe, le digo!

Vera lo hizo durante uno o dos minutos sin encontrar nada.

—Señor, no…

—¡Más, escarbe más!

Al instante, Vera se petrificó con el hallazgo de un cuerpo humano enterrado. Con frialdad, Manarino se acercó y con una sola mano (conservando su arma en la otra) agitó tres o cuatro puñados de arena hasta que se distinguió el rostro muerto de Analía Magiori.

—Acá está lo que buscábamos.

El viejo Demers caminó lentamente hasta entrar a la pista y acercarse a Manarino, para decirle con voz casi quebrada:

—Fueron muchos años buscando a esta perra para vengarme de lo que le hizo a mi hijo. Cuando usted la encarceló la puso en mis manos. Moriré en una celda, pero siempre le estaré agradecido, Manarino.

Bonus track

Cuando Vera entró a la oficina de Manarino, el comisario inspector estaba leyendo unas hojas que parecían viejas y escritas a puño y letra, y casi no prestó atención a las primeras palabras de su subordinado:

—Disculpe señor, quería decirle que mañana se le tomará declaración a Demers —Vera se acalló, con dudas, para luego decir: —Disculpe, no quiero interrumpirlo.

—No se haga problema —dijo Manarino con gesto melancólico —, son solamente cartas, me las escribió la Magiori cuando… en fin, cuando éramos algo.

—Qué raro que todavía las conserve.

—Cierto, se ve que siempre supuse que volvería a encontrarla algún día.

—Ella fue…

—No lo sé –respondió Manarino adivinando la pregunta—. Lo que es importante a una edad no lo es para otra. Por eso se dice que no hay que volver a un sitio donde se fue feliz. Ella quiso volver a mí y mire como le fue.

—Usted cumplió con su deber, Inspector.

—Que feo suena eso, ¿no? Cumplir con el deber, es el mejor justificativo cuando hacemos algo que nos duele.

—A propósito de la Magiori, lamento tener que tocar el tema pero…

—Hable sin miedo, Vera.

—Ya se ha hecho la autopsia y nadie ha reclamado el cadáver. No tenía familia, ni allegados.

—Lo suponía —dijo Manarino en tono cansino—, tal vez por eso vino a mí, yo era el único resto de vida que le quedaba por destruir.

—Si usted quiere…

—Deje, Vera; yo me voy a ocupar del papeleo de ese asunto.

—Está bien, señor —dijo Vera dispuesto a retirarse del despacho

—Le agradeceré que no lo comente —se apresuró a decir Manarino—, no quiero que mi esposa sepa que me hago cargo de eso de manera personal.

—Como usted ordene, señor.

Vera se retiró de la oficina y Manarino se quedó unos instantes mirando las cartas, sin leerlas, como si fueran un retrato o una foto. Luego se puso de pie y rompió las hojas en dos, en cuatro, en ocho

partes, y acercándose al ventanal de su oficina las dejó volar diciendo:

—Buen viaje peluca de plata, buen viaje.

FIN

Serie Inspector Manarino

Veinte años de ausencia

Marcelo Galliano

Veinte años de ausencia

Por
Marcelo Galliano

PUBLICADA POR:
Marcelo Galliano

Veinte años de ausencia
Todos los derechos reservados © 2016 por Marcelo Galliano

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial, de este libro; ni la recopilación en un sistema informático ajeno al autor; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

*****

Veinte años de ausencia

Primera parte

I

Después de tanto tiempo

Quienes han tratado al Comisario Inspector Manarino, los que han tenido la dichosa desgracia de conocerlo más allá de las leyendas que se tejen sobre su figura de maestro de la criminología, sabrán que hay una serie de cosas que lo ponen de muy malhumor. Por ejemplo: los abogados. También lo ponen de malhumor los abogados, claro. Y también, por si quedan dudas: los abogados. Pero hay algunas otras situaciones enojosas para él: que lo interrumpan cuando escucha música de Bach; que le sirvan una Suprema a la Maryland con la crema de choclo muy líquida; que las personas con presbicia se olviden los anteojos y alejen… y alejen… y alejen lo que tienen que leer, y decenas y decenas de asuntos más. A decir verdad, le molestan unas quinientas o seiscientas cuestiones. Sí, como todo genio, el Comisario Inspector Manarino es un delicioso insufrible, un insoportable irónico, un dulce egoísta; bah, un romántico.

Pero uno de los asuntos que más lo perturba, es que lo hagan salir de su oficina sin un motivo importante. Para Manarino, los "lugares del hecho" son todos más o menos iguales, y las reconstrucciones: una pérdida de tiempo. Según él, de poderse imitar un crimen exactamente como sucedió, no tendríamos necesidad de investigar nada porque ya sabríamos todo. Suele afirmar, incluso, que los delitos se parecen, y que los ADN pueden adulterarse, y que las declaraciones pueden mentirse.

Para ser sinceros, hay solamente una cosa que lo desvela y lo obsesiona: la mente de los criminales. Y está convencido, tozudamente convencido (porque debemos aclarar que Manarino es extremadamente terco) de que la solución de todo delito reside en conocer la mente del criminal. Y para "meterse en la cabeza de esas ratas con alma de murciélagos", como le gusta decir a él, cree que solamente necesita la quietud de su despacho y un meditado lapso de tiempo con un Montecristo Número Dos en sus labios (Fuma poco, pero bueno).

Por todo esto, es que el oficial Vera lo siguió hoy en silencio hasta ese antiguo bar de Retiro, sin atinar a decir ni una frase, sabiendo que Manarino, luego de empujar esa puerta, colgaría su impermeable en un perchero, iría hasta una mesa, y pediría un café que a los cinco segundos anularía para solicitar un cappuccino o

una lágrima (Pedido que al minuto modificaría agregándole dos medialunas de grasa) Luego de esto (el inseparable oficial Vera ya lo sabía) Manarino iba a decir todo lo que acostumbra decir en los momentos en que tiene ganas de decirlo. ¿Se entiende?

—Veinticinco años, Vera. Sabe de qué hablo, ¿no?

—Supongo que… —intentó responder Vera con dudas

—¡Mis años de servicio!

—Ah, sí, claro –dijo Vera con miedo

—Robo al Banco Rexmar; cuádruple homicidio de Villa Ernestina; asesinato del diputado Armedes; desaparición de menores en Cruces Blancas. ¿Tiene idea de lo que significa todo eso?

—Son delitos famosos —respondió Vera.

—No, Vera, se equivoca.

—Pero señor, yo mismo los estudié. Es más, los expuse en mi examen final, armé una tesis sobre las geniales resoluciones que usted hizo de esos casos.

—Shhh, guarde los mimos para su esposa. Lo que quiero decirle es que no son solamente delitos famosos, son casos que únicamente yo pude resolver. ¿Me explico? Y hasta altura de la soirée, como decía mi abuelita, me tengo que aguantar que tres albañiles me saquen de mi oficina.

—No es por defenderlos, señor, pero…

—Sí, ya sé, la orden de las modificaciones edilicias de las dependencias policiales vino de arriba —dijo Manarino mientras una viejita de una mesa continua le sonreía y él le devolvía la gentileza.

—Además nos han pedido solamente que retiráramos al personal subalterno, nosotros podíamos estar.

—¿A usted le parece que yo puedo trabajar con un taladro perforándome los oídos? —preguntó Manarino mientras el mozo llegaba con el pedido y apoyaba el cappuccino y las dos medialunas —. Cómase una, Vera.

—Le agradezco, yo… —intentó negarse Vera vanamente, a la vez que tomaba una de las medialunas y se la llevaba a la boca, a sabiendas de que no era momento para contradecir a su superior.

—Pídase un café —dijo Manarino ablandando el tono—, ya bastante tiene con aguantarme hoy. Estoy en uno de mis días…

—¿Algún problema familiar señor?

—Mañana se cumplen 20 años de la muerte de mi madre — respondió a modo de confesión.

—Lo lamento mucho.

—Yo también –dijo Manarino en un tono más confesional—. Sabe, ese debió ser mi primer caso. Pero claro… yo no era el Manarino que después fui, y nadie en ese entonces prestaba atención a mis intuiciones.

—No le entiendo.

—Mi madre fue asesinada, Vera. Creo que nunca se lo conté, ¿no?

—¿Cómo sucedió?

—Estaba internada por una tontería en la Clínica La Agraciada, le estaban por dar el alta y murió imprevistamente.

—¿No tuvo forma de saber…?

—Los malditos abogados lograron que mi pedido de investigación fuera desestimado –contestó Manarino antes de que Vera completara la pregunta—. Presentaron una historia clínica muy prolija en la cual, según el juzgado, quedaba justificada la muerte de mi madre.

—Y usted que jamás creyó en ese tipo de pruebas escritas…

—Me enorgullece que me conozca tanto —dijo Manarino sonriendo con sinceridad—. Pero hay algo más, una cosa que siempre me hizo ruido, la insistencia de la clínica en realizar una necropsia.

—¡Es una incoherencia! Se negaron a sus investigaciones pero hicieron ellos mismos una necropsia.

—Se está convirtiendo en buen alumno, Vera. En fin, quizá algún día descubra la verdad —dijo Manarino, bebiendo de un sorbo el cappuccino ya tibio y agregando: —Quizá sea bueno que crucemos para ver qué están haciendo los albañiles.

Vera intentó responder, pero Manarino giró su mirada hacia la mesa de esa anciana desconocida que lo había saludado minutos antes.

—Esa señora no se siente bien —dijo Manarino poniéndose de pie.

La mujer se tomó el pecho. El inspector caminó rápidamente hasta ella. Vera lo siguió.

—Señora, ¿qué le sucede –preguntó Manarino posándole su mano en el cuello, buscándole las pulsaciones. Apenas percibió aquellos latidos Manarino sintió un escalofrío en todo el cuerpo. La mujer volvió a sonreírle.

—Pida una ambulancia, Vera –ordenó el inspector levantando la vista y viendo que un tipo tomaba su impermeable del perchero y salía a la calle— ¡Ey, ése es mi impermeable! —gritó Manarino.

A los pocos segundos, una descarga de balazos resonó en la

calle. El hombre que había tomado el impermeable de Manarino, acababa de ser asesinado.

II

Necesidad de verla

—Señorita, le repito una vez más, necesito que me diga adónde trasladaron a una anciana que auxilié –dijo Manarino, con insistencia, mientras Vera recibía un llamado en su celular.

—La ambulancia pública que usted llamó nos derivó el caso, ya que la señora es de nuestra prepaga, puede estar seguro que…

—….que será tratada con todo el profesionalismo médico blablablá blablablá. ¡Ya me lo dijiste cinco veces, piba! —gritó Manarino.

—Señor –intervino Vera—, tenemos que irnos, me acaban de llamar…

—Espere, Vera. Señorita, se lo digo una vez más, quiero saber dónde…

—No puedo darle esa información si no es familiar.

—¿Sabés que me estás cansando?

—Señor —volvió a intervenir Vera—, tenemos que irnos porque…

—¡Necesito saber cómo está esa mujer, Vera! –dijo Manarino, sorprendiendo a su oficial por el dramático tono utilizado para hablar sobre una desconocida.

—Si usted necesita otra información –comenzó a decir la chica con tono monocorde, debería solicitarla al departamento de derivaciones de nuestra empresa y…

—¿Y qué te parece si entro al departamento de derivaciones y les rompo el culo a patadas? —dijo Manarino sacando su credencial.

Vera, percibiendo la transfiguración de su superior, esa que, en ocasiones lo lleva a pasar de galán a malo de la película, ni se atrevió a chistar. La chica, por primera vez en la conversación, modificó la expresión de su cara y, entre temerosa e inquieta, buscó rápidamente en la computadora para luego responder:

—Se la trasladó a la clínica La Agraciada.

Manarino recibió la noticia como un rasguño de hielo. Clínica la Agraciada… justamente hoy, veinte años después de…

Guardó su credencial sin pronunciar palabra y giró para salir del lugar. Vera, con impaciencia, lo siguió.

—Señor, disculpe, pero…

—¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme, Vera?

—Robaron la Sucursal 5 del Banco Buenaventura.

—Ya habrá quien se ocupe, no se olvide que tenemos un

asesinato que resolver, el de ese hombre que se quiso robar mi impermeable —dijo Manarino mecánicamente, todavía conmocionado.

—Dije la sucursal 5, señor —insistió Vera—. Es la que está en la cuadra de nuestra dependencia.

Manarino detuvo su paso abruptamente para mirar a Vera. Éste completó:

—Un asesinato y un robo de banco en el lapso de quince minutos. Todo casi delante nuestras narices.

III

Ruidos molestos

Manarino pasó entre escombros y frunció el ceño por el olor a soplete. Saludó a los albañiles con un gesto casi imperceptible y se metió en su despacho.

—Tenemos que ver de dónde viene todo esto, y averiguar si los dos hechos tienen relación –dijo, apenas se sentó, mientras quitaba el polvo de los papeles del escritorio.

—Acá tengo los datos del muerto —se apresuró a decir Vera abriendo la carpeta que tenía en las manos—. Su nombre era Marcos Alvarenga. Argentino, soltero de 31 años, contador público.

—Al grano, Vera –dijo Manarino con fastidio oyendo que desde afuera del despacho le llegaban los ruidos de una moledora que los albañiles acababan de prender— ¿Tenía antecedentes?

—¿Cómo señor? No le oigo.

—¡Si el muerto tenía antecedentes! –gritó Manarino.

—Nada, Inspector, ni siquiera una infracción de tránsito. Pero bueno… quizá nunca había sido atrapado… No se olvide que fue asesinado apenas robó su impermeable. Eso parece ser un ajuste de cuentas entre ladrones.

—Un cerebro criminal que debido a su eficiencia delictiva jamás fue prontuariado y que cometió el error de querer usar su privilegiada cabeza para estafar a sus cómplices. Podría ser… —murmuró Manarino—. Por eso robó mi impermeable, para intentar camuflarse… Pero sus cofrades lo reconocieron igual. Quizá fue el ideólogo del robo al banco y controlaba todo desde la mesa de café y aprovecharon el día que iban a robar para liquidarlo y de paso quedarse con su tajada. De ser así, creo que hemos resuelto los dos casos en minutos –dijo Manarino para luego dudar de sus propias palabras: —Pero… ¿para qué habrá robado mi impermeable?

—Usted lo acaba de decir, señor, para camuflarse

—¿Será posible que sospechara que sus compañeros iban a matarlo en pleno robo? Ese es un cabo que nos está quedando suelto… En fin, ahora si me permite me voy de aquí, voy a visitar a esa mujer que está internada y de paso me libero de este ruido insoportable –dijo Manarino poniéndose de pie.

—Pero inspector, en cuanto al robo…

—Que analicen las filmaciones de seguridad del banco, seguramente el resto de la banda sí tiene antecedentes.

—Imposible, Inspector, destruyeron las cámaras.

—No importa, que se revisen las cámaras de todo el barrio, seguramente escaparon en algún vehículo por la avenida y después…

—Ya se han revisado esas cámaras, señor –interrumpió Vera con seriedad—, no hay ni señales de estos tipos, ni nadie que los haya visto huir.

—Pero qué está diciendo, Vera. Me quiere convencer de que unos tipos roban un banco y desaparecen como si…

—Como si se los hubiera tragado la tierra señor; justamente así.

IV

Como hace veinte años

Manarino llegó a la Clínica La Agraciada e intentó no pensar, no recordar, no sentir.

Entró cuando ya asomaban los primeros indicios de la noche, caminando entre mujeres vestidas de blanco y con olor a remedios. Las clínicas parecen agrandarse a esas horas cuando todo comienza a callarse, y parecen exhalar un aliento a vinagre y reírse en silencio de la ciudad aquietada que las ignora, la ciudad que desconoce los planes de esas camas que, caprichosamente, decidirán el próximo enemigo a sucumbir entre colchas sin perfume.

Preguntó en recepción y le dieron los datos. La terapia intensiva estaba en el cuarto piso y en 15 minutos comenzaría el momento de la visita.

—Veinte años no es nada —dijo ante ese médico al que reconoció de inmediato. El tipo estaba en la puerta de la terapia intensiva, hablando con los familiares de un paciente, y en seguida se apartó de ellos y se dirigió a Manarino, intuyendo que la presencia del inspector podía provocar problemas.

—Me imaginé que vendría, me enteré que una paciente que está en terapia ingresó ayer por un episodio cardiaco en un lugar público, y que el que la socorrió fue usted.

—No me diga que dos décadas después todavía no puede sacarme de su cabeza.

—Debo reconocer que me sorprende la carrera que ha hecho; varias veces vi su nombre en los diarios. Ese chico recién recibido de policía que veía fantasmas por todas partes se convirtió en una eminencia de la criminología.

—Mire qué casualidad, sigo viendo fantasmas.

—¿Qué quiere, Manarino? –dijo el médico endureciendo el tono.

—Ver a la paciente.

—Imposible, como usted sabe los enfermos que están en terapia sólo reciben visitas de familiares.

—Eso se modifica cuando el paciente está lucido y el que quiere verlo es un policía.

—Si su visita está relacionada a algún caso, no tengo inconvenientes.

—En el mismo momento en que esta señora se descomponía, sucedía un robo y un homicidio a pocos metros —dijo Manarino buscando una excusa para ver a la anciana.

—Eso es ridículo, no va a suponer que la descompensación de esta mujer…

—Si lo prefiere… dejemos que un juez decida si es ridículo o no; pero le advierto que ya no tengo veinte años y que los magistrados ahora confían en mis intuiciones.

El médico resopló y dijo:

—Está bien, apenas den entrada a la visita, pase. Ahora si me disculpa, debo seguir trabajando.

Manarino esperó unos minutos y luego ingresó a la terapia con un grupo de familiares de otros enfermos. Apenas dentro, divisó a la anciana y se acercó. Estaba dormida. Manarino la tomó de la mano y percibió suavemente el pulso, y volvió a sentir el mismo escalofrío de ayer.

—¿Es usted familiar? –La que preguntaba era una enfermera que notó que Manarino era el único que había ido a visitar a la viejita.

—Eh… algo así –contestó, sorprendiéndose de su propia respuesta.

—Me alegro de que haya venido, ayer cuando la internaron no apareció nadie. Su estado es delicado y…

—No lo sabía –dijo Manarino con preocupación.

—Le hicieron un trasplante de corazón hace años y parece que ese corazón ya está cansado.

—¿No ha aparecido algún hijo…?

—Como ya le dije, nadie, ni para preguntar.

—Yo…, intentaré venir todos los días —dijo Manarino, incómodo por esa extrañísima situación de verse imantado por una mujer con la cual ni había cruzado una palabra—. Ahora prefiero no despertarla— completó casi temeroso, saludando a la enfermera con la cabeza y saliendo del lugar.

Ya fuera de la terapia intensiva sintió como que le faltaba el aire, como que una gran angustia se apoderaba de él. Se sentó en una de las banquetas de la sala de espera y respiró ruidosamente, como queriendo expulsar de su cuerpo pedazos de angustia a punto de podrirse. Su celular sonó, era Vera

—¿Inspector?

—Sí, Vera, hable.

—Tengo novedades.

—Me las da mañana a primera hora, ¿sí?

—Sería bueno que las sepa en este momento.

—Dígalas entonces.

—En el café encontraron un impermeable muy parecido al que le robó a usted el tipo al que asesinaron. Eso cambia todo, puede ser

que ese hombre no tenga nada que ver con el robo al banco y que solamente se haya confundido de abrigo y…

—¿Algo más? —preguntó Manarino como quitándole importancia a todo, como si sólo siguiera pensando en esa anciana desconocida que tanto lograba estremecerlo.

—Sí, lo más importante, apenas nos fuimos de nuestra oficina robaron en la sucursal 38 del correo.

—¿Y eso qué tiene ver con lo anterior?

—La sucursal 38 es la que está pegada a nuestra dependencia, Inspector. Volvieron a robar en nuestras narices.

V

Nada por aquí, nada por allá

Vera entró al bar y lo vio a Manarino, y supuso que estaba allí desde muy temprano. Se había sentado en la misma silla del otro día y miraba como abstraído a la mesa donde la anciana se había descompuesto. Dejaba helar cansinamente su cappuccino, mientras el resplandor de la media mañana caía como una bandada de pájaros blancos desde el ventanal. La noche anterior casi no había dormido; apenas probadas unas sardinas y una ensalada de tomate y cebolla que su mujer preparó, se tragó un Armonil que no le surgió efecto, y veló mirando el techo desde su cama, hasta que la madrugada lo tentó a levantarse y caminar hasta ese sitio.

—Inspector, lo estuve esperando, después imaginé que con el ruido que hubo ayer en la oficina iba a venir directamente aquí.

Manarino no respondió en seguida. Luego de unos segundos se dio cuenta del incómodo silencio que flotaba como una cosa sólida, palpable, e intentando simular normalidad, dijo:

—Así que ahora el correo.

—Fueron los mismos.

—Qué seguridad la suya, Vera.

—Las descripciones coinciden. Tres hombres con el mismo tipo de armas, vestidos de la misma manera y utilizando casi las mismas palabras al amedrentar a la gente.

—Y tienen buen ojo, por lo visto, primero un banco, después un correo, dos lugares que tienen mucha plata guardada y que no pueden disimularlo. ¿Qué filmaron las cámaras ahora?

Vera se quedó mirando a su superior sin pronunciar palabra.

—¡Las cámaras, Vera! —insistió Manarino.

—Las del correo fueron destruidas por ellos mismos y en cuanto a las otras… en fin… la fuga fue idéntica que en el anterior robo, señor; no ha quedado un sólo registro, ni una imagen de los tipos, ni siquiera el mínimo indicio de cómo escaparon.

—Vaya a la oficina, Vera, en un par de horas yo estaré allí, tengo que ir a la clínica.

—Señor, la situación es preocupante.

—¿Está haciendo un curso de obviedades? —preguntó Manarino como recuperando algo de su ironía habitual.

—Señor, lo que quiero decir… —balbuceó Vera con dudas.

—Hable claro.

—Llamaron del juzgado, hay preocupación, dos robos y un

asesinato en nuestra cuadra.

—Dígales que ya me voy a ocupar –dijo Manarino con desgano y poniéndose de pie—. Ahora tengo que pensar

—Señor –dijo Vera tomándole del brazo—, usted sabe el respeto y la admiración que yo siento por usted…

Manarino se agachó y le susurró:

—Si va a decir una estupidez, tenga la suficiente piedad de no decirla con énfasis.

—Sospechan, Inspector. Eso, sospechan de nosotros.

Manarino sonrió con amargura, como si una extraña película color sepia pasara por la parte interna de su frente, una cinta de veinticinco años de duración que lo mostraba jugándose el pellejo, descifrando casos imposibles, recibiendo todo el desprecio y la admiración por partes iguales de colegas y de malhechores durante más dos décadas…, más de dos interminables décadas en las que se había convertido en el investigador más brillante de la historia de la policía federal.

—Tome —dijo sacando su placa y dándosela en gesto simbólico.

—Señor, ¿qué está haciendo?

—Dos robos y un asesinato: son todos suyos. Mi madre nunca quiso ni que fumara ni que fuera policía. Ya la desobedecí bastante. ¿No le parece?

—Pero…

—Apenas pueda oficializaré mi renuncia y lo propondré a usted como comisario interino.

Apenas dijo eso, Manarino palmeó hombro de Vera y fue hacia la puerta del café. Desde allí miró hacia su oficina con una sensación de nostalgia, pero también de rencor hacia ese edificio que había consumido parte de su vida, esa dependencia que le había impedido tantas horas de felicidad con su mujer y su amada chiquita, tantos tragos no bebidos con amigos, tantos viajes no hechos, tantas lunas perdidas sin siquiera mirarlas. Y, principalmente, una oficina por la cual había contradicho la voluntad de su madre.

Levantó sus solapas, tomó un cigarro, lo puso en su boca sin encender y salió a caminar lentamente, con las manos en los bolsillos, en sentido contrario a su oficina, alejándose, sin mirar atrás, sin atreverse a ver su pasado convertido en un punto gris del jadeante paisaje de Buenos Aires.

A las dos o tres cuadras, un estruendo quebró el murmullo constante de la ciudad. Luego: unos gritos y unas corridas. Por instinto, por años de implacable sabueso, Manarino sacó su arma y

trotó hacia el lugar de donde había provenido el estallido.

A metros de la puerta del bar, en el momento en que caminaba en dirección de la dependencia policial, Vera había sido alcanzado por un disparo.

VI

Malditas señales

—Usted ya no sabe qué hacer para llamar la atención —dijo Manarino al entrar a la guardia intentando hacer sonreír a Vera.

—Debo estar grave para que se conmueva.

—Bah, la bala solo le rozó el brazo, en un par de horas lo mandan a casa.

—No soy Manarino.

—Ni tiene que decirlo, si a su edad yo hubiera tenido esa cara, me hubiera comprado una careta del perro Pluto.

Ambos rieron. Luego, Vera, poniéndose serio, dijo:

—Me dispararon en el mismo lugar donde mataron al tipo que agarró su impermeable.

—Esto ya pasó de castaño a oscuro.

—¿Qué piensa, Inspector?

Manarino se sorprendió ante la pregunta. Sin querer, Vera lograba bajarlo a tierra, volverlo a su personaje habitual, a ese policía admirado y odiado, temido y aplaudido, pero que hacía horas que se encontraba extraviado, sumido en la nostalgia y en la preocupación por una anciana desconocida, y por su propio ayer.

—Hay algo más… algo que no vemos —balbuceó, con más ganas de explicar su estado de los últimos días, que de resolver esos delitos.

—No le entiendo.

—No sé… —dijo Manarino con dudas—, es como que algo me impidiera prestar atención a todo esto, como si un latido me atrajera hacia otra parte –completó Manarino como si empezara a vislumbrar algo de lo cual todavía ni había recibido indicios.

—Habrá que asignar agentes especiales para investigar, a mí se me va a hacer difícil.

—Ni lo piense —dijo Manarino, con la firmeza que había perdido—. ¿Tiene la placa que le di?

—Pero señor, usted…

—Démela y cállese. Los casos vuelven a ser míos. Me tocaron un cachorro; ahora es personal.

VII

Ser o no ser

Manarino salió de esa guardia donde estaba Vera. La tarde comenzaba a caer, en una hora empezaría el horario de visita en la Clínica la Agraciada. ¿Y qué? ¿Ya no había hecho bastante por esa mujer de la que ni recordaba su nombre completo? *Sos un policía*, se dijo, *no un médico, un policía, tu deber es flotar entre la mugre como un equilibrista, sin mirar para abajo, sin mirar para atrás.*

Caminó viendo el sol que se adormecía entre los edificios. Podía irse a casa y nadie le reclamaría nada, podía ir a recibir el beso merecido de su mujer y de su hija, o podía también desvelarse en su oficina repleta de escombros intentando desatar ese nudo de robos y de muerte que ponía en juego su prestigio. Pero esos latidos… ese escalofrío en el cuerpo, esa mujer…

—Señor, no tenía su teléfono —dijo la enfermera al verlo llegar a la terapia intensiva de la clínica la Agraciada—. La señora…

Manarino ni gesticuló, entró y se acercó a la cama de la anciana y le tomó otra vez su mano, estaba fría.

—Tampoco tenemos datos de familiares directos –agregó la mujer ya cerca ella también de la cama.

—¿Cómo fue? — preguntó Manarino

—Estaba grave. Como le dije ayer, es posible que el corazón estuviera cansado, hoy cumplía veinte años con ella –dijo la enfermera sonriendo con ternura.

—¿Perdón?

—Que hoy justamente se cumplen veinte años del trasplante que le hicieron en este mismo sanatorio –afirmó la mujer con la historia clínica en la mano.

—Veinte años —murmuró Manarino viendo de reojo la carpeta que la enfermera tenía en la mano—. Yo… me encargaré de todo si no aparecen familiares… —dijo como cambiando de tema.

—Muchas gracias.

—Una cosa más –agregó Manarino— ¿Podría usted hacerme una copia de la historia clínica? Es por rutina –mintió—, soy policía y la señora entró por mi llamado ante una descompensación.

—Sí, cómo no, ya mismo se la hago.

Manarino se apartó de la cama y por primera vez en varios días sintió que lograba tomar con sus dedos la punta de un gran y resbaladizo ovillo.

VIII

Ser Manarino

La noche era clara. Manarino no quiso tomar el último subte y caminó hasta Retiro como siguiendo un dedo de luna que marmoleaba las veredas. Sacó un Montecristo Número Dos y diciendo “perdón, vieja”, lo prendió. Llegó hasta su oficina. Una nube de polvo permanecía en el aire y él la amarilló prendiendo su antigua lámpara color níspero. Los albañiles se habían ido por hoy. Puso sus pies en el escritorio y pitó el habano dos, tres, cuatro veces, y oyó el silencio, lo tocó, lo bebió, lo sintió su hábitat natural.

Bajó los pies y tomó la carpeta que le había dado la enfermera y la abrió. A la primera mirada algo le llamó su atención y se incorporó, y empezó a buscar en sus archivos la historia clínica de su madre, que databa de veinte años atrás, para luego comprobar sus sospechas.

—Qué hijos de puta –murmuró, dejándose caer en su silla y llevándose las manos a la cara. Luego tomó el teléfono

—Hola ¿Vera? ¿Ya está en casa? Ah, qué bien, analgésicos y un par de curaciones. ¿Ya se acostó? ¿Todavía no? Entonces venga para la oficina, sí, ahora, lo necesito, no me deje solo.

IX

Viaje al pasado

—Inspector, vine en cuanto pude —dijo Vera entrando con el brazo en cabestrillo. Manarino continuaba sentado con la cara entre las manos y dos carpetas abiertas sobre el escritorio. —Inspector ¿qué le pasa? –insistió Vera.

—Creo que acabo de resolver el caso más importante de mi vida. Mire esas carpetas.

Vera las tomó y, luego de mirarlas un rato, dijo:

—Son historias clínicas.

—¿No ve nada raro?

—No sé nada de medicina.

—El Juez que hace veinte años desestimó mi pedido de investigación tampoco, pero hay algo tan obvio que no se necesita ser médico para darse cuenta.

—No le entiendo.

—Hace veinte años el juzgado prefirió creerle a una gran clínica y no a un policía principiante que sólo parecía moverse por el dolor de haber perdido para siempre el latido del corazón de su madre. Alegaron recibir una historia clínica detallada y prolija, demasiado prolija agregaría yo hoy, tan prolija que no es real.

—¿Es falsa?

—Hace unas horas, cuando murió la viejita que yo asistí, le pedí a la enfermera que me hiciera una copia de la historia clínica que ella tenía en la mano y que yo pude mirar de reojo. Era una carpeta vieja, repleta de letras que parecían garabatos como acostumbran a escribir los médicos. A una paciente complicada no la atiende solamente un especialista, por lo cual una historia clínica jamás es prolija, tiene varias varios tipos de letras o de garabatos. ¿Me entiende? Mire esto, pero ahora mírelo bien.

—¡Está todo escrito con la misma letra! –dijo Vera

—Y mire la historia clínica de mi madre veinte años atrás.

—Es la misma caligrafía.

—¿Ahora se da cuenta? Esa clínica tiene hace años el mismo médico corrupto que al morir una paciente hace una historia clínica a su conveniencia. ¿Y sabe para qué? Esa es una clínica donde se hacen trasplantes, Vera. Cada vez que entra un paciente que necesita uno, y ven que tienen internado a otro que es compatible, lo asesinan, y le dibujan una historia clínica falsa donde agregan alguna dolencia que el paciente no tenía, como para justificar su

muerte, y de paso, con la excusa de confirmarlo, hacen una necropsia en la que se seguramente extraen el órgano que necesitan.

—Inspector… —dijo Vera, emocionado al ver que su superior, quien durante esos días parecía una sombra de sí mismo, conservaba sus facultades deductivas intactas—, lo suyo es realmente…

—No, Vera, no lo deduje solo. Fíjese el día de muerte de mi madre y el de la operación del trasplante de esta mujer. -Vera leyó y no atinó a decir nada.

—¿Se da cuenta ahora? –preguntó Manaraino esforzándose para evitar llorar—. Recibí la mejor ayuda. Esa mujer tenía el corazón de mi madre.

X

Todo llega

Los uniformados allanaban la clínica; retiraban carpetas, recetarios, archivos, computadoras. Manarino observaba en silencio; acaba de descubrir un genocidio concretado durante años; su nombre y su cara volvían a los diarios una vez más, como en tantas ocasiones en que las letras de molde agotaban los adjetivos para describir al más grande investigador viviente. Pero él seguía en silencio, las manos en los bolsillos, sin una pizca de esa socarrona alegría que sabía invadirlo al resolver otros casos célebres.

Por el pasillo principal, vio acercarse la figura del médico, esposado y franqueado por dos agentes. Manarino se interpuso en el paso y lo miró a los ojos, como si el tipo no mereciera la mínima palabra, ni el menor gesto. Los agentes le pidieron autorización para llevarlo y Manarino apenas movió la cabeza en un sí, sin dejar de fijar sus pupilas en la cara del detenido.

Vera, celular en mano, se acercó y le dijo:

—Inspector, malas noticias: acaban de robar el bingo que está pegado a nuestra dependencia.

XI

Harto ya de estar harto

—Señor, no quiero contradecirlo —dijo Vera mientras caminaba agitadamente al paso que marcaba Manarino.

—Terminelá, Vera, voy a hacer yo mismo las pericias.

—Pero, señor, usted estuvo ocupado en el caso de la clínica, por eso el juzgado decidió asignar agentes especiales.

—¿Agentes especiales? Una manga de pendejos que estaban mirando Plaza Sésamo cuando yo ya mandaba a la sombra a cada hampón que reíte de Don Corleone.

—Yo creo que deberíamos…

—¡Deberíamos un carajo, Vera! Se metieron con nuestra calle, con nuestras veredas —dijo Manarino parándose abruptamente—, mataron a un tipo, casi lo matan a usted, robaron los dos locales lindantes a nuestras oficinas y el que está justo enfrente ¿Le parece poco?

Vera no respondió y ambos retomaron el paso hasta el bingo.

Los salones del lugar estaban a oscuras, sólo iluminados por el resplandor del mediodía que entraba por el ventanal.

—Estamos cerrados. Y no habrá juego hasta mañana —dijo el dueño sin levantar la vista de las anotaciones que hacía.

—¿Me ve con ganas de jugar? –preguntó Manarino con una media sonrisa, iniciando la conversación con ese vecino de años.

—Ah, usted –dijo el tipo reconociéndolo—, ya vinieron sus agentes.

—No son míos.

—¿No? Pensé que éste era su barrio, Manarino.

—Lo sigue siendo.

—¿No estará confundiendo barrio con zona liberada?

—Voy a hacer de cuenta que no escuché lo que acaba de decir.

—Y yo voy a hacer de cuenta que no perdí un centavo entonces —dijo señalando la cuenta que estaba haciendo—, así nos mentimos de manera pareja.

—Cuénteme lo que sucedió.

—Ya lo sabe.

—Quiero oírlo de su boca.

—No creo que le guste mi versión.

—Eso lo voy a decidir yo.

—Tres tipos armados, a cara descubierta, entraron a robar sin ningún otro reparo que romper la cámara de seguridad. Maniataron

a la gente y salieron del lugar caminando como si nada, y desaparecieron. No hay un solo testigo que haya visto un vehículo en nuestra puerta; no hay una sola cámara en toda la zona que los haya registrado huyendo a pie. Por si fuera poco, ya habían hecho lo mismo en el correo y en el Banco. Todo, absolutamente todo, a metros suyo, Manarino. Deme una razón por la cual no tengo que sospechar de usted.

—No sea irrespetuoso —terció Vera, mientras Manarino lo intentaba acallar levantando su mano.

—¿Me va a meter preso? –dijo el tipo desafiante

—Si no tuviera el brazo como lo tengo le haría tragar sus palabras. El inspector estuvo investigando…

—Sí, lo sé. Lo leí en el diario —interrumpió el tipo con desprecio—. Los muertos de la clínica… Siga en eso, entonces —dijo dirigiéndose a Manarino—. Pero ¿me permite un consejo? Pida un traslado, o lo pediremos los vecinos; no lo queremos ver por acá.

Manarino tomó a Vera de su brazo sano para evitar más problemas, y salieron del lugar. Caminaron en silencio hasta el bar y se sentaron en la mesa del otro día. Alguien había dejado el Clarín y La Nación del día en la mesa contigua. Ambos diarios tenían la foto de Manarino en tapa. El inspector ni quiso hojearlos. Vera los agarró y dijo:

—Señor, me había olvidado de decirle, me han dejado mensajes en el celular personas de la producción del noticiero de Canal 13 y el del 11, todos quieren hacerle una nota por lo de la clínica…

—Que se la hagan a Justin Bieber —respondió Manarino en tono monocorde.

—Pero señor….

—¡Ginebra! –gritó Manarino al ver que el mozo se acercaba y ante la sorpresa de Vera, quien jamás lo había visto beber alcohol en horas de servicio.

—Inspector, si no le molesta, me voy a pedir un agua mineral, es que tengo que tomar un analgésico por…

—Ah, sí… perdóneme Vera, pídase también algo de comer.

—No, no es necesario.

—Sí, hágase marchar algo dulce. Mi madre siempre me camuflaba los remedios con dulce de leche –dijo sonriendo con nostalgia—. Mi vieja… qué embustera genial. Creo que le venía de naturaleza, o quizá había desarrollado la habilidad al tener un hijo como yo que siempre se estaba metiendo en problemas. Cuando ella sospechaba que yo iba a salir a defender a alguien que estaba siendo molestado por tres o cuatro muchachones, siempre inventaba

algo para retenerme o mandarme a otro lado, y así evitaba que me molieran a palos: un caño que perdía, una bombita para cambiar, siempre algo para…

Manarino se detuvo abruptamente y Vera lo observó como tantas veces que estaba por suceder ese momento mágico, único en que Manarino hacía gala de su tan particular asociación de ideas para sacar a relucir una resolución digna de un genio.

—Retenerme… o mandarme a otro lado –susurró.

—¿Inspector, le sucede algo? —preguntó Vera mientras veía iluminarse las facciones de Manarino.

—La descompensación…, la ida a la clínica…, evitar que yo…

—No le entiendo señor.

—¡Los albañiles, Vera! —gritó Manarino.

—¿Cómo?

—¡Fueron ellos!

—¿Fueron qué?

—¡Los ladrones, Vera!

—¿Está seguro?

—Le apuesto un beso en la boca.

—Entonces vamos a la oficina, hay que detenerlos.

—Ni se mueva, Vera, si no quiere recibir otro balazo de parte de estos gusanos.

—Cada vez le entiendo menos, señor.

—No se haga problemas, yo después le explico. Ahora llame al comando y que manden los agentes especiales.

—¿Que los manden a nuestra oficina?

—No, déjeme pensar… —dijo Manarino tomándose 20 o 30 segundos. Sí, ya lo tengo, que los a manden a hacer guardia al Western Union de aquí al lado. Mucho dinero y poca seguridad. Si ese no es el próximo objetivo me cambio el nombre. Que esperen a que los tipos entren a robar y que los atrapen *in fraganti*. De paso dejamos que estos pendejos se lleven algunos laureles —dijo Manarino sonriendo con acidez.

Vera tomó el celular y Manarino lo interrumpió:

—Ah, me olvidaba, el beso en la boca lo dejamos para otro momento.

XII

Gracias corazón

La oficina todavía conservaba el polvillo de las obras. La tarde caía sobre Buenos Aires verdeando el ventanal con su aliento de tilo humedecido. Algunas palomas dibujaban la curva de su vuelo demorado, hasta guarecerse en marquesinas y mansardas.

Manarino se quedó varios minutos pensando en un poema de Albérico Mansilla que su madre le canturreaba de chico: Tiempo de partir. Los primeros versos decían:

Qué me puede importar después de todo
el trance de partir si yo he logrado
llenar cada minuto trascurrido
con un claro vivir enamorado.

Recordó que la melodía era de Eduardo Falú y se la puso a buscar entre sus viejos vinilos, sin suerte. ¿Dónde estaría ese antiguo long play? ¿En qué mudanza lo habría perdido, seguramente con otras joyas que el tiempo volvería incunables como el perfume de los seres que ya no están?

Luego, se acordó de que su chiquita de siete años se encargaba de encontrar su música preferida buscando en YouTube. Hizo lo mismo y dio con el video de un concierto en vivo de Falú en Sevilla, en 1984. Cerró sus ojos y se lo puso a escuchar muy suavemente.

—Inspector, ¿lo molesto? –la interrupción de Vera quebraba el éxtasis que la voz y la guitarra habían producido.

—No, Vera, pase tranquilo –dijo Manarino mientras detenía el video.

—Quería informarle que ya están los cuatro albañiles a disposición del juzgado.

—Perfecto, la gente del barrio ya no va solicitar que nos vayamos —dijo Manarino con más seriedad que ironía.

—Señor —comenzó Vera tímidamente—, todavía no me explicó cómo…

—Ah, es cierto, no le di los detalles de cómo resolví todo. Como usted sabe, se sucedieron cinco hechos delictivos en nuestras narices: un asesinato, tres robos y el atentado que usted sufrió. En realidad, los hechos delictivos habían sido tres; tanto el asesinato como su atentado fueron males necesarios para los delincuentes.

—¿Males necesarios?

—Ahora se lo explico. Los tres asaltos fueron parecidos: locales con mucho dinero en efectivo y todos en la misma cuadra.

—Nuestra cuadra.

—Sí, nuestra cuadra. Y ese fue el factor decisivo para concretar todo eso, porque no sólo se animaron a accionar en nuestra cara, sino que nos usaron como cómplices involuntarios. Utilizaron esta misma oficina como guarida. De ahí que se dieron el lujo de no usar vehículo alguno, y por eso también ninguna cámara de seguridad del barrio los vio huir corriendo. Las cámaras donde robaban eran destruidas por ellos, y el resto de las cámaras no los registraban porque ellos se metían en nuestro edificio. Ese es el motivo por el cual, al requisar la zona, los agentes especiales jamás encontraron nada, porque revisaban todos los sitios menos éste, que era el sitio donde los ladrones se camuflaban y se convertían en albañiles. La única cámara que podía haberlos registrado era la nuestra, pero como usted sabe, ellos mismos la desactivaron al empezar las obras.

—Pero Inspector, ¿cómo fue que nosotros no nos dimos cuenta?

—Porque no estábamos, Vera. ¿Acaso no se dio cuenta de que cada vez que nos quedábamos charlando un rato, ellos se encargaban de encender esa insoportable y ruidosa moledora para que nosotros saliéramos?

—Pero las armas y la ropa…

—En los bolsos, Vera. ¿Me va a decir que alguna vez le revisó el bolso a un albañil?

—Pero actuaron a cara descubierta, podían haber sido reconocidos al salir.

—¿Reconocidos por quién? Ellos robaban y luego volvían a meterse aquí y a ensuciarse como verdaderos albañiles. A la noche, cuando las requisas habían concluido, salían y listo.

—Pero se arriesgaron a ser descubiertos en cualquier momento, mire si nosotros volvíamos a la oficina y…

—Por eso nos tirotearon, Vera. ¿No se da cuenta? Todos los testigos dijeron que los asaltantes eran tres. El cuarto hombre se quedaba controlando que nosotros no volviéramos a la oficina hasta que los demás concluyeran el robo, llegaran aquí y se cambiaran. Dos veces estuvimos a punto de descubrirlos, o, mejor dicho, dos veces estuve a punto de que me asesinaran.

—No le entiendo.

—Cuando mataron al hombre que se llevó mi piloto por equivocación, ellos pensaron que me mataban a mí, pero yo no salí, me detuve a auxiliar a la mujer descompensada. La segunda vez fue a usted al que dispararon porque vieron que yo salí para el otro

lado, yendo a la clínica a ver a la mujer que ya estaba internada, y el que venía para esta oficina era usted.

—Quiere decir que se salvó dos veces de milagro.

Manarino se quedó unos segundos en silencio y luego dijo:

—No, Vera. Las dos veces fue el corazón de mi madre el que me llamó para salvarme, como lo hacía cuando yo era chico, buscando cualquier excusa para evitar que me lastimaran. Sí, el corazón de mi madre que estaba latiendo en esa mujer desconocida, una vez hizo que retrasara mi salida del bar, y otra vez me llamó desde la clínica haciéndome salir para el lado contrario a esta oficina. Las dos veces evitó que una bala me asesinara.

El oficial, conmocionado, no respondió.

—Vaya, Vera, descanse y cuídese el brazo. Yo me voy a quedar unos minutos más.

El oficial asintió con la cabeza y salió.

—Manarino pulsó el mouse, reiniciando el video y escuchó cantar:

Quiero quedarme aún cuando me vaya
en la memoria de quienes me han querido,
en los versos triviales que repita
con su cantar algún desconocido,
o regresar en el perfil de un hijo
como ese amanecer que ha renacido.

Segunda parte

I

Éxtasis breve

Manarino tomó café apenas cortado con leche, repartió besos a su mujerío personal (esposa e hija) y agarró la medialuna que quedaba en el plato para ir mordisqueándola en el camino. Poco le importó que fuera de manteca y que, como todas las medialunas de manteca, tuviera ese almíbar que le iba a pegotear los dedos. La mañana estaba fresca, hermosa, el sol era un aliento amarillo y el aire conservaba ese perfume a rocío triste que le deja la noche. Todo eso se le mezcló con el agua de azahar de la medialuna que ya era sólo un recuerdo en el paladar y en los dientes, y con el oscuro aroma de una escalera sombría de subte y el de una estación con grafitis y vendedores de peines, y el de un vagón que en diez o doce minutos lo llevaría a Retiro.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

Los escribientes respondieron el saludo y sonrieron al verlo de buen ánimo, Vera se asomó al despacho tímidamente.

—Pase, Vera, ¿cómo anda ese brazo?

—Eh... bien…, mejorando.

—Le hago una propuesta, en unos días tendremos la dependencia completa, con los agentes a pleno ¿Qué le parece si se va de vacaciones y…

—Señor, no creo que sea conveniente.

—Déjese de macanas, ya tuvimos toda esa avalancha de problemas, supongo que en esta semana podremos respirar un poco.

—Los albañiles, señor —dijo Vera con firmeza, provocando el asombro de Manarino.

—De qué habla, Vera, eso ya está en manos de…

—Se equivoca, señor.

Manarino conocía como nadie el gesto de Vera cuando, entre envalentonado y temeroso, estaba por decir de decir algo grave.

—Hable, Vera.

—El abogado pidió la excarcelación de los cuatro detenidos.

—Me está haciendo una joda para la televisión, ¿no?

—Ninguna joda, señor —dijo Vera sonrojándose y temiendo el estallido de Manarino—, ningún testigo quiere declarar, tienen miedo.

—¡Pero qué testigos ni testigos, si los agarraron *infraganti*!

—Ese es el tema, el defensor dice que no hay ninguna prueba de

que sus defendidos sean autores de los otros robos y menos todavía del asesinato del hombre que se llevó su impermeable. También dice que la policía no los encontró robando sino solamente dentro de un negocio.

—¡Pero eso es ridículo, si entraron con armas!

—Ahí está el asunto; alegaron que no son armas de guerra sino de uso personal y con autorización. Además declararon que ni siquiera las exhibieron.

—¡Cómo que ni las exhibieron!

—Eso es cierto, señor, los agentes especiales los detuvieron antes de que los tipos sacaran las armas. Quizá no fue buena idea que esos chicos se encargaran…

Manarino se llevó las manos a la cara y sin siquiera levantar la vista dijo:

—¿Ya llegó?

—¿Perdón?

—Si ya llegó el hijo de mil…

—¡Manarino! ¡Qué lindo recibimiento! —como un latigazo se escuchó la voz del abogado Celaya, desde la puerta de la oficina.

II

Derechos, simples derechos

Es difícil definir lo que simboliza el abogado Celaya para Manarino, esa especie de “boludo con balcón al mar”, como a él le gusta definirlo. Es el personaje que más veces se ha topado en su carrera de comisario. Pero también es cierto que representa sus más entrañables logros y un maravilloso motivo para mantener su perspicacia intacta a través de los años. Cada vez que se vislumbra algún artilugio legal para que algún delincuente salga libre de manera incomprensible, Manarino olfatea el sudoroso perfume de este gusano de tribunales, y también delinea la manera más sagaz para derrotarlo.

—Salga de mi oficina.

—Epaaa, ¿tiene un mal día?

—Ahora sí.

—Tiene que saber que tengo derecho a estar aquí, y es bueno que sepa que los ciudadanos comunes también tienen derechos que usted debe respetar –dijo Celaya sacando una hoja.

—No me diga que lo nombraron embajador honorario de la Unesco. Yo sabía que lo suyo era el sacrificio por la humanidad.

—A saber —Celaya comenzó a leer en tono ridículamente formal —. La policía no puede llevar a nadie que no esté cometiendo un delito, si no hay una orden judicial. La persona que es llevada tiene derecho a una llamada y no puede sacársele su teléfono celular. Al ser solamente demorada y no detenida, tampoco puede encerrársele en un calabozo con gente acusada de cometer delitos. Está estrictamente prohibido…

—Celaya, estoy emocionado al verlo leer de corrido. Confiese, ¿lo descifró solo o contrató una maestra particular?

—Qué vergüenza que la sociedad le pague a policías que se ríen de la ley.

—Para nada…, y para que vea el respeto que le tengo a las leyes, le voy a recitar de memoria sus derechos: Los gusanos de su calaña tienen derecho a que se los cague a trompadas, a que se los escupa en público…

—Mida sus palabras –dijo Celaya ya menos seguro, mientras Manarino se ponía de pie y elevaba el tono de voz

—También tienen derecho a que se los mate y se los corte en pedacitos…

—No se acerque —dijo el abogado poniéndose de pie y

empezando a caminar hasta la puerta

—…y cuando ya se los cortó en pedacitos, tienen derecho a que se los queme y se los cague.

—¡Si me toca lo demando! ¡Este hombre está loco! —gritó Celaya corriendo.

Manarino se sentó, y sacando un habano comenzó a reírse. No podía negar que, en el fondo, disfrutaba ese clásico enfrentamiento con ese abogaducho. Vera, asomándose una vez más a la oficina, interrumpió el momento de felicidad.

—Inspector, un grupo de personas quiere verlo.

—¿Motivo?

—Es una comisión de vecinos —respondió Vera tragando saliva —. Vienen a exigirle la renuncia a su cargo.

III

Corazonadas

—Qué sorpresa, los Reyes Magos a esta altura del año.

Los visitantes eran: el gerente del banco robado, el gerente del correo también robado, y el dueño del bingo con el que ya había hablado Manarino.

—¿Vio? Le traemos un regalito –dijo el dueño del bingo.

—Maneja la ironía por lo visto, yo creía que los que se dedicaban al juego sólo sabían contar plata –replicó Manarino.

—Y yo hasta hoy creía que los policías pertenecían a un bando y los ladrones a otro. Hoy lo dudo.

Manarino prendió su habano en gesto desafiante y dijo:

—Le pido un favor, no haga que me ponga de pie.

—¿Me va a sacar por la fuerza?

—Sigue siendo mi oficina.

—Se la pagamos los contribuyentes, no lo olvide.

—Me la gané con cabeza y cojones, no se confunda.

—Señores, esto no es un disputa personal —intercedió el gerente del banco.

—¿No? Entran a mi dependencia, prepotean a mi oficial exigiendo verme con la excusa de echarme de mi trabajo…

—Tampoco podía esperar una visita de cortesía –dijo el del correo.

Manarino boqueó el cigarro y largó una bocanada de humo ceniciento, tibio, que podía interpretarse como un instante de meditación. Algo en esos tres tipos no le cerraba, algo tenían en común para estar allí tan enojados. Los tres conocían los quilates de Manarino, los tres sabían que tarde o temprano Manarino encarcelaría a los ladrones.

—Vamos al grano, señores —dijo Manarino.

—Queremos que deje su cargo, Inspector —dijo el dueño del bingo.

—Saben tan bien como yo que mi foja de trabajo es impecable.

—A nosotros eso no nos…

—Y saben mejor todavía que la investigación está en curso. Los delincuentes han sido identificados y se encuentran libres solamente por un artilugio legal. Pero en cuanto eso se resuelva…

—Ya no es nuestro tema, Manarino —dijo el del correo.

—No le entiendo.

—Lo que queremos es que haya seguridad en la zona.

—El dinero todavía no ha aparecido es cierto, pero… —intentó explicar Manarino

—Le repito que no es de nuestra incumbencia. Las compañías aseguradoras se encargarán de reponerlo. Ahora necesitamos policías con los pies en la tierra, que nos cuiden, y no grandes investigadores con ganas de salir en los diarios.

Manarino se quedó observándolos en silencio y con una media sonrisa en la boca. Los tres hombres se incomodaron ante esta actitud del Inspector, quien con toda tranquilidad les dijo:

—¿Algo más?

Los tipos se miraron entre si y luego el del bingo dijo:

—Parece que usted no ha entendido.

—No crea, es cierto que todavía no alcanzo a descifrarlos del todo, pero me da la impresión que voy por buen camino –replicó el Inspector para luego señalar la puerta y decirles: —Ahora, si son tan amables…

IV

El mismo amor, la misma lluvia

—Sí, mi amor, sí, apenas llegue a casa te cuento la historia de Baigorri.

Manarino apagó el celular y vio el gran rectángulo de cielo que el ventanal de la oficina recortaba, lo miró como esperando algo, una señal, una inspiración. Vera lo observó desde la puerta de la oficina.

—Lo noto preocupado, señor, si es por esos vecinos.

—No, Vera, es sólo que no me gusta que las investigaciones queden truncas.

—Está claro que los ladrones están libres porque…

—Las excusas no quedan en los libros de historia, Vera. Necesitamos una prueba tangible para encarcelarlos, y no la tenemos.

—Señor, hemos mandado a allanar todos los domicilios relacionados a los ladrones y no hubo ni rastros del dinero.

—Lo sé, lo más extraño es que ningún allegado haya cometido un error. Usted me entiende, siempre hay una amante o un pariente que se engolosina y sale a comprar un auto de alta gama con los billetes robados, pero en ese caso no hubo ni un pestañeo, En fin, vaya, yo me voy a quedar un rato buscando datos de Baigorri en internet. Cada día me parezco más a usted buscando cosas en Wikipedia.

—¿Baigorri?

—¿Nunca lo escuchó nombrar? Fue el inventor de la máquina de hacer llover.

—¿Me lo dice en serio?

—Sí, claro, cada vez que podía mi vieja me contaba la historia de ese tipo, y yo siempre se lo nombro a mi nena. Y como tiene que hacer para el colegio un trabajo sobre inventores argentinos, a ella se le ocurrió escribir sobre ese loco lindo del que hablaba la abuela que ella no conoció —dijo Manarino con emoción, buscando en la PC. —Mire, acá está –dijo, encontrando el link.

Vera lo miró con curiosidad y Manarino continuó:

—Qué efímero es todo, eh. Según dice acá, el tal Baigorri falleció en 1972, casi sumido en la pobreza, y fue enterrado en el cementerio de Chacarita. No se conserva su casa de Villa Luro, y tampoco se sabe el destino del aparato de hacer llover.

—Capaz que la máquina estaba en la casa y al tirar todo abajo ni

se dieron cuenta —dijo Vera displicentemente dispuesto a salir de la oficina.

Manarino no respondió instantáneamente, se quedó quieto unos instantes y luego preguntó:

—¿Cómo dijo, Vera?

—Que tal vez la máquina estaba en la casa y…

—¡Está acá! —gritó Manarino.

—¿La máquina de hacer llover está acá?

—No, Vera, el dinero.

—Pero señor, de ser así…

—¿No se da cuenta? Usaron el mismo procedimiento para esconder el botín que para los robos. Éste es el lugar en el cual nadie sospecharía ni vendría a buscarlo.

—Pero Inspector…

—Está aquí, en algún sitio –interrumpió Manarino poniéndose de pie. Algún lugar en que solo unos albañiles pueden ocultarlo…

—¡Las paredes! –dijo Vera,

—Usted lo ha dicho.

—Pero entonces tendremos que romper todo.

—No es necesario, Vera, ellos vendrán.

—Pero no es posible, saben que ahora los atraparemos.

—No, Vera, ellos conocían muy bien el plazo en que esta dependencia iba a quedar vacía, porque es justamente el plazo que ellos tenían para realizar todo el trabajo. Y ese plazo vencía hoy, el lunes ya tendremos otra vez guardia 24 horas.

—Quiere decir que…

—Que apenas sea noche cerrada, ellos entrarán, seguros de que los dos únicos escollos, o sea, usted y yo, nos habremos ido y podrán sacar el dinero de aquí.

—Pero nosotros…

—Nosotros los dejaremos entrar para que hagan el trabajo; ¿o me ve cara de gustarme el pico y la pala?

V

Plata en mano

—Nos merecíamos un brindis, ¿no? –dijo Manarino alzando un vaso de chocolatada en la acostumbrada mesa del bar.

—Gracias por tomar lo mismo que yo. Lo que pasa que mientras siga con los medicamentos prefiero no ingerir alcohol.

—No tiene importancia, Vera. Todavía no puedo dejar de reírme de la cara de los tipos cuando después de romper la pared y sacar la plata, aparecimos como de la nada… La habían hecho bien eh, tan bien que casi nos ganan. En fin, permítame llamar a mi esposa que ya es tardísimo.

—Como no, Inspector, estaba vez déjeme invitarlo —dijo Vera llamando al mozo y sacado un billete con su brazo sano.

Manarino tomó el celular, pero clavó la mirada en el billete que Vera tenía en la mano.

—¿Qué billete es ese?

—Son los nuevos billetes de cien pesos, tienen la imagen de Eva Perón y…

—No puede ser…. —dijo Manarino, extrañado tomándolo y mirándolo con minuciosidad.

—Sí, señor, como le dije, es la serie más nueva y…

—¡Qué hijos de puta!

—No le entiendo,

—Por eso me querían sacar de mi cargo, para que no siguiera investigando.

—Sigo sin entenderle, señor.

—Como usted bien dijo, ese billete es del último diseño de billetes de 100 pesos. Tienen un número de serie y una letra.

—¿Y con eso qué?

—Los que encontramos en nuestra oficina también eran del nuevo diseño, pero tenían un número de serie y dos letras, cosa que es imposible, ya que todavía no se han emitido tantos billetes de ese diseño oficialmente. ¿Me entiende?

—Eso quiere decir que…

—Que el tipo del banco, el del bingo y el del correo, me querían fuera de la investigación porque les robaron billetes falsos. Les importaba tres pitos recuperar la plata, el objetivo era sacársela de encima y cobrar billetes verdaderos de la compañía de seguros.

—Era el plan perfecto.

—Llame al juzgado de turno, que envíen el dinero decomisado al

laboratorio para corroborar que no son legítimos, y que después pidan la detención de esos tres tipos.

Vera tomó su celular y Manarino lo detuvo.

—Espere, Vera, hagamos un brindis más; no todas las noches se descubre un desfalco tomando chocolatada.

Bonus track

Todo había concluido la noche anterior. Manarino llegó temprano a su oficina y se quedó mirando las calles por el gran ventanal. Vera entró y al ver que el Inspector no pronunciaba palabra, se animó a decir:

—Lindo día, ¿no?

Manarino giró y dijo:

—¿Lloverá?

—Pero si es un día espléndido, señor.

—Sí, lo sé –respondió Manarino sonriendo con melancolía y sentándose en su escritorio—. No me haga caso.

Vera se quedó mirándolo en silencio y Manarino pensó que le debía una explicación.

—Baigorri, Vera.

—¿Perdón?

—Creo haberle contado la historia de…

—Sí, pero no entiendo que…

—Yo de chico era bastante escéptico —dijo Manarino comenzando a explicar—, incrédulo para decirlo con todas las letras, y entonces mi madre me decía que para demostrarme que existe un cielo, el día que muriera le iba a pedir a Baigorri que hiciera llover. Como usted sabe, ella murió hace veinte años e, incrédulo y todo, esperé varios días que la señal llegara, pero no sucedió. Y ahora… con todo lo que pasó, pensé que esa señal no había llegado hace 20 años porque su corazón todavía estaba aquí. Pero en estos momentos… quizá… ya esté allá y… En fin, no me haga caso.

Vera comprendió que debía retirarse en silencio y así lo hizo. Manarino pulsó su mouse y se puso a oír “Tiempo de partir”. A los diez o quince segundos de comenzado el tema, notó que la oficina se oscurecía misteriosamente. Miró el ventanal y se dio cuenta de que el cielo se había cubierto de nubarrones. Se puso de pie y observó que la gente comenzaba a caminar con prisa por Plaza San Martin, que un viento correteaba como empujando el paisaje.

Sobre el vidrio, Manarino vio desvanecerse la primera gota de lluvia. Sólo atinó a apoyar su frente y a cerrar sus ojos, y a sonreír con tristeza, y a dejar escapar dos tímidas lágrimas que morirían al llegar a su boca.

FIN

Serie Inspector Manarino

Letras con sangre

Marcelo Galliano

Letras con sangre

Por
Marcelo Galliano

PUBLICADA POR:
Marcelo Galliano

Letras con sangre
Todos los derechos reservados © 2016 por Marcelo Galliano

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial, de este libro; ni la recopilación en un sistema informático ajeno al autor; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

*****

Letras con sangre

Primera parte

I
Viernes, anochece en Buenos Aires

Manarino se sentía incómodo en ese sitio. ¡Por favor, qué estaba haciendo ahí! Adora a su mujer, es cierto, sería capaz de cualquier cosa por ella. ¡Pero esto!

Pongamos las cosas en claro, estimado lector, usted conoce a nuestro héroe, ¿verdad? Y si no lo conoce, permítanos decirle que este criminólogo brillante e irónico, este investigador enemigo de los abogados y amante de los Chevys antiguos y de la poesía de Borges, no podría tolerar jamás ni dos minutos en una reunión de fanáticas de Clemencia Fumagalli, la gran bestseller de la novela rosa.

Pero bueno… deberá usted saber también, como ya habrá vislumbrado en el primer párrafo, que Manarino en el fondo (muy, muy, muy en el fondo…) es un tierno, incapaz de negarse a un pedido de su mujer cuando ésta pone 'ojitos de lluvia' y le dice "¿me acompañás, querido"?

Aclarado todo ese asunto, creemos entonces que a nadie le extrañará lo que aquí a va a relatarse…

—Esto no se puede creer —dijo Manarino, apenas tomó un libro de la Fumagalli, quitándolo de una inmensa batea en la que se lucía un inmodesto logo del gran sello editor.

—¿Podés bajar la voz? Pueden escuchar lo que decís.

—Sería genial que me escucharan, capaz que estas minas se despiertan y se dan cuenta de esta estafa.Es el sexto libro que hojeo de esta mujer, contando los cinco que tenés en casa, y son todos iguales: un indio que se enamora de una chica blanca y virgen y…

—Shhh, basta por favor, que muchas de las que están acá me conocen.

—¿Me podés explicar por qué una mujer que está casada conmigo lee esto? —dijo Manarino tomando el libro con la punta de los dedos como a algo innombrable —Y también ¿cuál es la gracia de juntarse en estos lugares para analizar historias que son siempre iguales y personajes inverosímiles, como hombres con largas cabelleras y abdómenes marcados y…?

—Hoy no es una reunión cualquiera. Hoy va a estar Clemencia en persona dándonos un avant premier sobre su próximo título.

—Un avant premier… —dijo Manarino remarcando las sílabas.

—Así como escuchaste. Tiene la gentileza de hacer esto para las que somos sus seguidoras de siempre, una semana antes del lanzamiento oficial en la Feria del Libro.

—Esta mujer podría tener algo de consideración con ustedes y evitarles un nuevo mal trago.

—¿Por qué no vas afuera a fumarte uno de tus cigarros? —dijo la mujer, ya seria, pero evitando levantar la voz.

—Porque tengo unas ganas locas de quedarme y hacerte el amor delante de todas éstas que leen novelitas para aprender cómo se co…

—Shhh, basta, vas a lograr que me enoje en serio —dijo ella sin levantar la voz, pero evitando que su esposo completara la palabra.

—Okey, okey… —dijo Manarino en tono burlón, como cada vez que le quita importancia a un reto de su mujer—. Tenés razón, salgo y me fumo un cigarro, y de paso le pego un llamado a la nena, a ver cómo anda todo en la casa de la amiga. Además va a ser mejor que agarres un asiento, me da la impresión de que la charla de tu ídola literaria va a empezar de un momento a otro—agregó con su peor ironía, mientras las luces del sitio se apagaban y daban nacimiento a las del escenario…, un escenario con un escritorio, dos sillas y dos botellitas de agua mineral que anticipaban la entrevista. Manarino, ya retirándose de la sala, llegó a ver de lejos que una locutora se sentaba a la mesa del escenario y presentaba con énfasis a la famosa bestseller. Rompiendo la expectación, una canción de Barry White pareció despertar de la nada y ganar el recinto. Fue en el instante en que la bella y arrogante Clemencia Fumagalli apareció en el escenario, y decenas de mujeres de más de cuarenta años comenzaron a aullar como adolescentes ante el primer orgasmo.

—Suficiente para mí —murmuró Manarino y caminó hasta la puerta. Ya ahí, una chica con una remera obviamente estampada con el logo del sello editor, le ofreció un folleto/catálogo de las novelas de Clemencia Fumagalli. Manarino lo tomó con fingida elegancia y sin dar un paso se puso a contar los libros anunciados.

—Uno, cuatro, quince… ¡Uauuuu! ¡Veinticinco novelas editadas! ¡O sea veinticinco indios con largas cabelleras y veinticinco chicas vírgenes!

La muchachita se le quedó mirando sin comprender del todo y Manarino, con gesto de piedad, metió el folleto en el bolsillo del saco y salió a la vereda sin agregar nada.

Era una tarde hermosa, primaveral, con ese airecito a tilos que Buenos Aires deja respirar los viernes cuando apenas anochece, ese momento de poca gente circulando en que los teatros son todavía paladares silenciosos, y la ciudad sangra su verdadero perfume a nostalgia, y a río, y a dulce tristeza, antes de ser vestida

nuevamente con humo y restoranes, con ansiedad y con risas. Sacó de un bolsillo uno de sus adorados habanos, se lo puso en la boca sin encender y cruzó a un bar, unos de esos lugares chiquitos de Palermo, hechos en casas viejas remodeladas, y que siempre tienen ventanas originales y tolditos nuevos, y donde no se sirve menos de cinco tipos de cerveza. Se sentó a una de las mesas de la vereda, pidió un Campari con hielo y naranja, y unas aceitunas verdes para picar. Tomó el celular y buscó, entre los contactos, el número de la casa de la amiguita de su nena. Pulsó sin sacarse el cigarro de la boca. Apenas la mamá de la casa atendió, Manarino se identificó y, con amabilidad, pidió hablar con su nena.

—¿Cómo está mi bebota? Buenoooo, está bien, no me retes que ya bastante me castiga tu madre con estos lugares a los que me trae. Ya sé que sos grande, tontita —le dijo con calidez— Contame cómo andan los preparativos para el trabajo de la feria de ciencias. ¿Que hay algunas preguntas que no están en los libros y que en internet hay respuestas que se contradicen? Quedate tranquila, anotalas y apenas lleguemos a casa las respondemos juntos. Que ¿qué hacemos si yo no las sé? Quedate tranquila, inventamos la respuesta y listo, capaz que algún día la ciencia nos da la razón —dijo Manarino riendo como un chico para luego agregar: —Te pasamos a buscar en dos horas. Besitos.

Manarino terminó la comunicación y mientras revisaba las llamadas perdidas en su teléfono, percibió una sombra. Alguien se había sentado a su mesa, silenciosamente, sin siquiera pedirle permiso ni saludarlo.

—Manarino, ¿verdad? Digo… el famoso investigador. Lo vi en un diario por un caso importante que resolvió.

Manarino echó una ojeada rápida al tipo. Era un muchacho relativamente joven, aunque de edad difícil de definir. Llevaba una camisa leñera abrochada hasta el cuello como uno de esos nerds de películas americanas universitarias, y parecía decidido pero asustado a la vez. Se tomó tiempo para encender su habano y, luego de dar una pitada que agrisó el aire, respondió:

—Mmm, sí, Manarino, aunque sólo de vez en cuando y según con quién.

—Seré breve, vengo anticiparle un asesinato. ¿Le interesa?

Manarino sonrió, era imposible, realmente imposible contabilizar las veces que en su dilatada y exitosa carrera de policía, se había topado con locos capaces de anunciarle el apocalipsis, o la resurrección de Perón, o de inculparse a sí mismos como los asesinos de Gandhi, de Kennedy o de Martin Luther King. Éste no

parecía tan loco, no tenía los ojos tan desorbitados ni hablaba de manera exasperantemente lenta, ni forzadamente atropellada, como esos que dan datos incunables hasta en el más discutido artículo de la Wikipedia. No, éste parecía sincero, demasiado sincero, convencido de su propio vaticinio.

—¿Ah, sí? —dijo Manarino, algo risueño— Sabrá que, ante semejante denuncia, es mi deber solicitarle que sea un poco más específico.

—Cómo no. Clemencia Fumagalli va a matarme. ¿Le interesa el caso?

II
El loco no tan loco

Manarino se había pasado el sábado y el domingo ayudando a su chiquita en el trabajo de ciencias *¿Los primeros dinosaurios vivieron al mismo tiempo que los humanos? ¿Los antibióticos curan enfermedades causadas por virus o por bacterias? ¿Cuántas patas tiene una araña?* El eco de esas preguntas revoloteaba el café y las dos medialunas del desayuno de apuro, en esa mañana de lunes. Manarino besó a su mujer y salió para su oficina.¡Qué extraño! Durante todo el fin de semana nada le había comentado a su esposa de ese loco del bar, de ese que juraba estar sentenciado a muerte por la Fumagalli.

Mejor así, porque su esposa podía llegar a suponer que era otra de sus sarcásticas bromas, de sus mordaces críticas a los gustos literarios de ella.

Pero la Fumagalli era un bestseller, y las bestsellers están en todas partes, claro, por eso Manarino casi ni se mosqueó al ver la cara de la exitosa novelista en grandes afiches de las estaciones del subte B, que anunciaban la inminente salida de su nueva novela; ni tampoco llegó a tomar como una señal del destino que alguna que otra señorita leyera uno de sus gruesos tomos, ensimismada, abstraída del traqueteo del vagón y de las voces de los vendedores ambulantes, y de ese paisaje a gente y no mucho más que gente, del apurado mundo bajo tierra de un día hábil.

Había sido gracioso el tipo aquel. El loco del bar, ese mismo. Juraba ser un viejo colaborador de la escritora y conocer secretos inconfesables, y hasta se animaba a pedir protección como los agentes especiales o los testigos encubiertos.

Gracioso aquel tipo, sí, y delirante también. Pero… ¿por qué un disparate semejante retornaba ahora a la cabeza de Manarino, más allá de la omnipresencia publicitaria de la Fumagalli? Y su nombre…, sí, su nombre, Alberto Ruiz, ese nombre que el propio Manarino había desechado como a la historia toda, y que en este momento la memoria se encaprichaba en devolver a la superficie de manera textual, al igual que la improbable fábula relatada.

Tonterías, bah, cosas sin importancia; como acordarse del apellido de un compañero de escuela que apenas duró un mes, o la dirección de un restaurant en algún sitio de la costa en el que la comida no fue nada extraordinaria. Así es la cabeza de algunos seres humanos, no todos, claro, pero sí de los pocos que son como Manarino, quien, sin ninguna razón lógica, sería capaz de contarle

lo sucedido al oficial Vera, apenas llegase a la oficina.

—Buen día, señor. ¿Cómo lo trató el fin de semana? —preguntó Vera.

—Digamos que bien. Ayudando a mi chiquita con un maldito cuestionario para una feria de ciencias.

—Tienen buen nivel de enseñanza en esa escuela, ¿no?

—Bah, con lo que me cobran por mes le tendría que dar clases el tataranieto de Copérnico —Vera sonrió y, antes de que dijera nada, Manarino cambió de tema. —Y el viernes, cuando salí de acá, hice lo que todo marido feliz hace: llevarla a su mujer a un lugar al cual jamás hubiera ido si fuera un soltero feliz.

—No me diga que su señora lo obligó a ir a una reunión de Tupperware.

—Tiene imaginación Vera, eh, cuando mi mujer tenga ganas de cagarme un fin de semana y no se le ocurra nada, le voy a decir que lo llame a usted para pedirle consejos. Pero no, no fue eso.

—¿Y entonces?

—Clemencia Fumagalli, ¿le dice algo?

—Sí, la novelista rosa.

—¡A la mierda, hasta usted la conoce!

—Mi novia es una fanática de sus libros. A mí en cambio me parecen… —dijo Vera a media voz, sin animarse a concluir la frase por miedo a ofender los gustos de la mujer de su superior.

—No se preocupe, lo digo yo: si esa tal Fumagalli algún día llega al infierno, la rajan por insignificante. Pero bueno, esa fue mi noche de viernes, Vera, la presentación de un libro de esa señora. Pero lo más interesante pasó fuera del evento.

—¿Fuera?

—Sí, como no aguantaba la presentación, a los dos minutos me fui a fumar un cigarro al bar de la esquina, y se me sentó a la mesa un loquito. Uno que me aseguró que corría peligro, que la Fumagalli lo iba asesinar porque él guardaba secretos inconfesables.

—¿Y usted asentó la denuncia?

—¿Me está jodiendo, Vera? Mañana va a venir uno diciendo que lo persigue el perro Pluto y nosotros le vamos a tomar la declaración.Lo interesante no era lo que decía, sino la forma —agregó Manarino ya menos irónico y con un aire reflexivo.

—¿La forma? No le entiendo.

—He visto miles de perfiles psicológicos en mi carrera, cientos de conductas que se podrían delinear como patológicas, pero ese tipo no parecía encajar en ninguna.

—Quizá fue muy breve el encuentro, usted es un sabueso genial

señor pero….

—Pégueme el palo sin preludios, Vera, ¿para qué tanto elogio?

—No es un palo señor, usted tiene razón, no se puede hacer caso a todo el que venga a… —La campanilla del teléfono sonó interrumpiendo la frase.

—Atienda, Vera, otro día continuamos con sus piropos de compromiso.

—Oficina del Comisario Inspector Manarino—dijo Vera apenas atendió. —Sí, ¿dónde sucedió el hecho?—preguntó mientras garabateaba una dirección—¿Han podido determinar el sexo y la edad de la víctima? Ah, bien, ya mismo le informo a mi superior.

—No me diga, un homicidio —dijo Manarino apenas Vera colgó el teléfono.

—Usted lo ha dicho, señor.

—Cadáveres a esta hora del lunes—agregó Manarino resoplando de fastidio.

—Los agentes ya tienen datos de la víctima, nos convocan para que usted dé su opinión.

—Nunca nos llaman de Los Ángeles para invitarnos a la Mansión Playboy, eh —murmuró Manarino.

Vera sonrió apenas y Manarino preguntó:

—¿Quién es el desdichado que desde hoy no paga más impuestos?

—Persona de sexo masculino. Unos 35 años aproximadamente, tez trigueña. Aparentemente asesinado de un golpe en la cabeza.

Manarino resopló una vez más y se puso de pie.

—Vamos Vera, todavía deben estar los forenses ahí. Nos tocará a nosotros averiguar el nombre, y ver si la víctima tenía a alguien en este mundo.

— Señor, eso no va a ser necesario, la víctima ya fue identificada. Se llamaba Alberto Ruiz.

III
En busca de una bestseller

Manarino y Vera arribaron al lugar del crimen. El celular de Manarino sonó. Era su chiquita, la maestra había faltado y ella, en casa, aprovechaba la mañana para seguir con su trabajo para la feria de ciencias. Su vocecita era una llovizna de agua mineral que se atropellaba en preguntas, refrescando el aire color de pizarra y muerte de esa habitación. Manarino le prometió llamarla en un rato. Con un movimiento de cabeza, pidió a los forenses que corrieran la sábana blanca. El cadáver de Ruiz quedó a la vista. Pasaron dos o tres segundos para que Manarino, con un gesto de su mano derecha, pidiera que se lo vuelva a cubrir y diera la orden de partir del lugar.

—Vámonos, Vera.

—Señor, no hemos visto nada de la escena del crimen, el departamento tiene dos habitaciones y…

Era cierto, el sitio daba para investigar. Había libros y papeles desparramados, cajones abiertos, placares aparentemente saqueados como si el asesino hubiera hurgado en busca de algo, con desesperación. En fin, un desorden atractivo que invitaba al juego detectivesco que Manarino, hoy se rehusaba jugar.

—¡Vámonos, Vera! —insistió levantando la voz.

El oficial no se animó a discutir la orden. Manarino parecía vacío, completamente abstraído del asunto. Ya en la calle ni siquiera amagó a sacar uno de sus consabidos cigarros. Anduvo taciturno, como un sonámbulo, con restos de noche en los ojos, sus imperturbables ojos ante la llovizna con la que se empezaba a arrugar el paisaje de Buenos Aires

—Vaya a la oficina, Vera —dijo luego de varios segundos de silencio—, y espere que me comunique con usted.

—Señor, ¿no va a esperar el informe final de los forenses?

—Recíbalo usted. No me interesa ese informe, Vera. ¿En qué cambia si fue un golpe o dos, o si el muerto era borracho o rengo o comunista? Haga lo que le pido.

Vera se quedó unos instantes mirando como su superior se apartaba. Recién a las dos o tres cuadras, Manarino sacó un cigarro y sin encenderlo se lo puso en la boca, se paró en una esquina, apoyó su cuerpo en una pared, sacó su celular y pulsó el número de informaciones.

—Servicios de informaciones de Telefónica.¿En qué podemos ayudarle?

Manarino, casi con fastidio, sacó su cigarro apagado y sin despuntar de la boca, y lo puso nuevamente en su bolsillo.

—Eh… necesitaría la dirección de un sello editorial —dijo como quien pesa sus palabras.

—Si me facilita el nombre de la empresa…

—Ese es el punto, no lo recuerdo bien…, creo que empezaba con "r".

—Mmm, lo único que puedo ofrecerle es entrar a la sección de sellos editoriales de las páginas amarillas y nombrarle las empresas que empiezan con esa letra —dijo la telefonista sin mucho convencimiento.

—Bueno… —intentó responder Manarino en el momento en que vio un kiosco de diarios— Espere un segundo, señorita —agregó mientras daba tres o cuatro pasos hasta el kiosco. Saludó con la cabeza al kiosquero y miró el estante de libros. Ahí estaban: tres, cuatro, cinco novelas de la Famugali. —Ya lo tengo, señorita. El sello se llama Ransey Ediciones.

—Un minuto, señor.

Manarino oyó que la chica tecleaba una computadora para luego decir:

—Tome nota por favor…

IV
¿El que busca, encuentra?

—Leandro N. Alem al…

Manarino murmuró repitiendo la dirección que le había dado la telefonista. Como una ironía del destino, el sello editorial estaba a unas pocas cuadras de su dependencia policial en Retiro.

Pero, ¿qué iba a hacer allí? ¿Acaso ya no había cometido una de las grandes tonterías de su carrera de policía no tomando en serio a ese tal Ruiz que, ahora, se enfriaba en la morgue judicial? ¿No era mejor esperar los informes, saber más de la víctima antes que actuar como un principiante yendo a acusar a la papisa en su propio templo, su sello editor, un lugar donde ella genera millones y millones en ventas y en el que seguramente serían capaz defenderla a toda costa? ¿Acusarla dijimos? ¿Acusarla de qué?

Pero claro, Manarino sentía algo que iba mucho más allá de su instinto de investigador, de su agudeza de criminalista. Sí, sentía culpa, por primera vez en su carrera, este implacable sabueso, sentía culpa; pensaba que un hombre había ido a pedirle ayuda, desesperado, mientras él lo ignoraba con elegancia entre tres aceitunas y un Campari con naranja.

El sello editorial estaba en unos de esos viejos edificios de la zona, con ascensores antiguos a los que hace unos años se les había cambiado el sistema, haciéndolos automáticos para ahorrarse los ascensoristas.

El olor a viejo se confundió con el del acero de la nueva botonera y el perfume de una chica que bajó en el piso 2.

Ya en el quinto, Manarino salió del ascensor y enfiló para una puerta de vidrio que alguien abrió desde la recepción. Había en el sitio varios afiches de novelas policiales extranjeras, dos de sagas eróticas y una gigantografía con todas las novelas de la Fumagalli, quizá la única autora local que el sello apoyaba con tanta rabia.

—¿Señor? —Le preguntó la recepcionista sin mirarlo. En una mano: un teléfono de línea. En la otra mano: un celular

—Busco información de Clemencia Fumagalli.

La chica (¡que seguía sin mirarlo!) sacó, de una carpeta, dos folletos entre varios. Uno era igual al que le habían dado el sábado. El otro parecía más reciente.

—Aquí tiene —dijo como recitando—. Clemencia estará en la Feria del Libro de Buenos Aires el día 2 de mayo a las 18 horas, en la sala Páez Velázquez, donde presentará para el público en general su nueva novela: “Amores infinitos”. Se recomienda estar media

hora antes, se prohíben las fotos con flash y…

—Información, no propaganda—dijo Manarino secamente. Estaba parco, escueto. Justamente él… siempre tan ocurrente, tan con un juego de palabras en la manga, como un filo presto a aparecer en el momento extremo. Justamente él, sí, hoy economizaba palabras, las sacaba con esfuerzo.

La chica levantó la vista y vio que Manarino le enseñaba su credencial.

—En seguida le aviso al editor personal de Clemencia Fumagalli para que lo atienda —dijo con un hilo de temerosa voz y tomando otro teléfono para llamar.

—No es necesario, sé caminar.

La chica tragó saliva y dijo:

—Por ese pasillo. Tercera puerta de la derecha.

Manarino ensayó una mueca que no llegó a ser sonrisa y fue para ahí.

Era una oficina amplia donde un hombre tipeaba a gran velocidad en el teclado de una PC. Escribía con la seguridad de una gran técnica dactilográfica, con los diez dedos.

—¿En qué puedo ayudarlo? —dijo sin quitar la vista de la pantalla y sin aminorar la velocidad de su escritura.

—Todavía no lo sé —respondió Manarino.

El tipo abandonó su tarea y lo miró fijamente, sin inmutarse. Era obvio que la recepcionista, mientras Manarino caminaba para esa oficina, le había avisado que un policía se dirigía allí.

—Usted es Manarino, ¿no? Digo… el célebre investigador.

¡La situación era increíble! ¿Cómo sabía ese tipo, con mirarlo apenas, que era Manarino quien estaba frente a él? ¿Acaso era un amante de la “sección policiales” de los diarios? ¿O había algún informante dentro de la fuerza que ya le había avisado que Manarino estaba a cargo del recentísimo crimen del tal Ruiz?

Manarino intentó disimular la sorpresa con su mejor arma: la ironía.

—¿Quiere que le firme un autógrafo? Le advierto, antes de que me lo pida, que soy como su estrella literaria, no quiero fotos con flash.

El tipo sonrió y se apresuró a decir:

—Su esposa… Es fan de Clemencia, ¿verdad? En la editorial tenemos una lista de las lectoras que habitualmente acuden a las presentaciones. Usted sabe… es algo así como marketing sectorizado —dijo el tipo intentando explicar.

—Ventas que hacen mandando un mail a personas que

comprarían cualquier cosa que escribiera la tal Fumagalli —dijo Manarino, tajante.

—Bueno… —intentó suavizar el tipo— yo no sería tan…

—Alberto Ruiz —interrumpió Manarino de manera más tajante todavía.

—¿Perdón?

—Dije: Alberto Ruiz.¿Le suena ese nombre?

—La verdad que…

—Según creo… trabajó para Clemencia Fumagalli.

—Mucha gente trabajó para ella…

—Este hombre es diferente, parece haber tenido problemas.

—Clemencia es una estrella del mercado editorial, y como toda estrella tiene miles que la aman y unos pocos que…

—Éste también es diferente dentro de esos pocos. Fue asesinado ayer.

El tono duro de la voz de Manarino, hizo que el tipo comenzara a incomodarse.

—No recuerdo todos los colaboradores que ha tenido Clemencia.

—¿Extraño, no? Me acaban de decir en recepción que usted es su editor personal.

—Muchas veces lanzar un libro de semejante figura requiere demasiado trabajo,no es raro que se tomen empleados temporarios.

—Puedo pedir los registros de personal del sello y verificar si ese hombre trabajó aquí.

—Señor Manarino, tengo mucho que hacer, le agradecería que me dijera…

— El viernes, mientras su escritora daba una avant premier para fanáticas entre las que encontraba mi mujer, Alberto Ruiz me abordó en el bar que está a media cuadra de la sala, para decirme que Clemencia Fumagalli iba a matarlo.

—Supongo que no está hablando en serio.

—Hoy, lunes, Alberto Ruiz apareció muerto en su departamento.

—Decenas de personas mueren por año en situaciones no esclarecidas, usted debe saberlo mejor que yo —afirmó el tipo sin inmutarse, como si hubiera estado preparado para recibir una acusación.

—Se equivoca, apenas yo les echo mano las situaciones no esclarecidas se esclarecen.

—Lo felicito, entonces. Ahora bien, si usted tiene pruebas de que alguna de las personas que trabajan para Clemencia está involucrada en ese homicidio, lo invito a presentarlas. Le diré, antes de que pierda su tiempo, que tengo testigos de los sitios en que

estuve el sábado y el domingo.Y en cuanto a Clemencia… podrá interrogarla en unas horas, cuando regrese al país. Partió el mismo viernes a la noche, después de la presentación, a unas minivacaciones en la Costa Azul. Me disculpará el atrevimiento pero…, si usted me explica cómo es que ella asesinó a ese tal Alberto Ruiz, estando en Europa, le ofrezco un contrato como escritor de novelas policiales.

V
Tan lejos, tan cerca

Apenas salió del lugar, Manarino recibió una vez más la llamada de su chiquita. La pobre ni se imaginaba la cantidad de cosas que borboteaban en la cabeza de su papá, como para que él pudiera andar respondiendo cuestiones tales como: *¿Por qué se dilata el agua al congelarse? ¿Qué son los relojes biológicos? ¿Por qué los pájaros no se electrocutan cuando se posan en los cables eléctricos?*

Preguntas y preguntas que no tenían lugar ahora para Manarino, que paseaba por la zona de Retiro mirándola como si nunca la hubiera visto, descubriendo sus grises, sus vendedores en la recova de los viejos edificios, el apresurado murmullo de zapatos y abrigos bajo la lluvia.

Costa azul, se dijo una, dos veces. *¿Dónde estarás ahora, Fumagalli? ¿En Cannes, en Saint Tropez; el pelo suelto al aliento de mimosas y naranjos, al sopapo de un viento tan azul como ese mar? ¿O estarás en Niza? ¿O en Montecarlo acaso, casi ebria de oporto, casi riendo en partidas de bacará, donde siempre se pierde, o en terrazas donde nadie se termina de conocer? ¿Irás a la ópera esta noche, Clemencia, y entre agudos de Aída o de Norma o de Lucía, te reirás del mundo?*

—¡Manarino, cuánto tiempo! —dijo el hombre desde el mostrador, apenas lo vio asomarse a la puerta.

El lugar era una pequeña librería, esos sitios de culto que Buenos Aires aún no mata del todo, con vidrieras chiquitas, donde un tomo usado de la poesía completa de Conrado Nalé Roxlo, se inclina enmudecido sobre el también amarillento “Absalón Absalón” de Faulkner.

—¿Y si te digo que vengo cada vez menos porque me pasé al ebook?

—No te lo creería.

—Hacés bien, soy un investigador: nunca digo lo que hago, nunca hago lo que digo.

Ambos rieron y se palmearon como buenos amigos.

—Bueno, decime: ¿qué te busco? ¿Alguna edición original de Simenon, algo de Camilleri? De Borges no te ofrezco nada porque sé que tenés todo.

—Clemencia Fumagalli, ¿te suena?

—¿Me estás jodiendo?

—Ojalá. Quiero que me hables de ella.

—¿Largaste a tu mujer y estás buscando una mina famosa?

—Mejor todavía, dejé la policía y me hice gigoló y me quiero coger una mina con guita.

El tipo se rio y Manarino apuró el trámite:

—Dale, boludo, cantame algo afinado que necesito una soga para salir del agua.

—Manarino, sabés tan bien como yo que este no es el sitio para ese tipo de libros. Tengo algunas novelas de ella porque es casi imposible no tenerlas, pero…

—Justamente a eso vengo, a que alguien del rubro editorial me hable de ella sin obsecuencia. No sé si me entendés; alguien que sepa de libros sin deberle nada a esa turra.

—Por lo visto te cae bastante mal.

—Sí, y lo que más me jode es que todavía no tengo nada en contra de ella, ni siquiera para putearla.

—Estás cada día más loco, eh,

—Puede ser —dijo Manarino en tono algo triste.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Respondémelo vos. ¿Quién es esa mina?

—¿La Fumagalli? Una máquina de hacer plata.

—¿Tanta?

—Mucha. A me importa un carajo porque mi negocio apunta a otro público, pero te diré que las grandes cadenas de librerías viven de ella y de un par escritores más.

—¿Tiene enemigos?

—¿Conocés a alguien con éxito que no los tenga?

—Enemigos dije, enemigos en serio. Gente con información para joderla.

—¿Y yo qué sé?..., puede ser… No hay un sólo gran best seller que no haya tenido problemas con algún agente, por ejemplo, o incluso con algún sello, o con algún escritor ignoto que lo acusa de plagio.

—No… —dijo Manarino casi pensativo—, esos asuntos se arreglan pagando un abogado suficientemente sucio. Me refiero a otra cosa, algo más fuerte, algo… no sé cómo explicarte, algo que termine con el mito.

—No te entiendo.

—Algún secreto que la destruya a ella y a todo su negocio. Algo tan grave que justifique un crimen, un asesinato para ser más exactos.

—¿Vos me estás hablando en serio? El investigador sos vos, yo soy un tipo que vende libros y…

—Sos un tipo que sabe de esto —interrumpió Manarino,

levantando levemente la voz—, y al cual el negocio de esa mujer no lo roza ni para bien ni para mal.

El hombre se quedó pensando unos instantes, para luego decir:

—Esperame acá.

A los dos o tres minutos el librero salió de la trastienda a la que había entrado, trayendo un tomo de unas 120 páginas, con una portada sobria, bien distante de las imágenes usadas para el rubro de la novela rosa. La autora era una tal María Clemencia Fumagalli.

—Es el primer libro de ella. Lo hizo con una editorial independiente—dijo el hombre.

—Por lo visto después se sacó el primer nombre. Capaz que fue un pedido de la multinacional con la que firmó, para hacerla más comercial.

—Cambios pedidos por la editorial… —dijo el librero en tono suspicaz. —Vos sos un gran lector, Manarino, hojealo un poco y decime que conclusión sacás. A mí siempre me llamó la atención.

Manarino se puso a leer la primera página. Al instante dijo:

—Nada mal, eh. No parece escrito por ella.

El librero lo miró en silencio unos segundos y después respondió:

—Sos un sabueso literario por excelencia, Manarino. Lástima que en este caso no voy a coincidir con vos.

—¿Perdón?

—Lo que escuchás. Intuyo que estás investigando un crimen. Y aunque no me lo digas estás convencido de que la Fumagalli es la culpable. Pero no vas a encontrar las pruebas ni el móvil, mientras sigas leyendo la historia que ella quiere que leas.

—No te entiendo.

—¿No? Estimado maestro de la criminología —dijo el hombre en tono ceremonial—, usted acaba de decir que ese libro no parece escrito por Clemencia Fumagalli, y yo le apuesto que sí.

—Pero…

—No, no pienso subestimar tu inteligencia. Llevate el libro, te lo regalo, y descubrí el misterio vos mismo.

VI
Leer para nada

Manarino salió del lugar y ni pensó en ir a su oficina, no quería mostrarse así ante Vera, tan callado, tan culposo. Todavía en la morgue, el cadáver de Ruiz esperaba la orden judicial para ser enterrado. A miles de kilómetros: una mujer, la principal… ¿sospechosa? ¡Por favor! ¡Qué ridiculez! Más de veinte años de profesión cimentando su fama de criminalista y ahora esto, este burdo empantanarse en la nada. ¿Y si ese tal Ruiz era realmente un loco? ¿Si era, por ejemplo, un chantajista acostumbrado a acusar estrellas? ¿Y si ese golpe mortal en su cabeza hubiera sido cometido por alguna otra figura, harta de ser calumniada?

Manarino anduvo por Rodríguez Peña, calle en donde estaba la librería, hasta llegar a Avenida Corrientes. Caminó tres cuadras y se metió en La Giralda; se pidió un chocolate con dos churros madrileños y se puso a leer y leer. En algo más de media hora se tragó las 120 páginas de María Clemencia Fumagalli: una bella nouvelle, bien escrita, un poco críptica, casi impresionista, más cercana a Onetti que a Corín Tellado.

—¡Esto no es de ella, carajo! —dijo en voz alta apenas concluyó la lectura.

Alguien de una mesa contigua lo miró con extrañeza. (¡Quién sería ese loco tan enojado por la apócrifa autoría de una novela casi desconocida!)

Manarino, ahora fastidioso no sólo por el crimen de Ruiz, sino también por el enigma que le había planteado su amigo librero, tomó el volumen y volvió a hojearlo, raudamente, como a un abanico o un mazo de naipes, pasando las páginas con rapidez como si con ese airecito que exhalaban los folios al correr, pudiera recibir algún dato, alguna seña.

Nada. Pero nada de nada. Sólo la vibración de su celular, que atendió sin mirar el identificador de llamadas, pensando que era su hijita una vez más.

—Hola bebé —dijo en un suspiro, dejando escapar su cansancio por grietas de su voz.

—Disculpe señor, soy Vera.

—Ah, Vera, ¿qué cuenta?

—La fiscalía nos ha mandado una bolsa de residuos que los peritos hallaron en el cuarto donde el occiso guardaba los elementos de limpieza.

—¿Algo que le llame la atención?

—Papeles.

—¿Papeles?

—Sí, señor, papeles, cientos de hojas escritas en computadora, como capítulos de una novela con algunas acotaciones hechas a mano. Parece que el tipo era escritor. ¿Habrá querido guardar sus obras en un lugar donde no las encontrara?

Manarino se quedó unos segundos sin responder, pensativo.

—Una cosa más, señor —dijo Vera.

—Le oigo.

—Llamaron de Ransey Ediciones, más exactamente el editor personal de Clemencia Fumagalli.

—Pero si estuve con ese tipo hace un…

—Justamente señor. Llamó para decir que Clemencia Fumagalli decidió interrumpir sus minivacaciones en Europa, que tomará un avión de regreso esta misma noche, y que lo espera mañana a las cinco de la tarde en su casa, a tomar el té.

VII
Té para dos

La mañana siguiente Manarino estuvo en su oficina, ocupándose de un par de hechos menores: la excarcelación de un borracho, un demorado por conducir sin licencia, tonterías en general. Al mediodía decidió cambiar su rutina y no salir a almorzar. Vera pidió cualquier cosa a un delivery y Manarino aprovechó para picar algo.

—¿Va a ir señor?

—¿Y esa pregunta, Vera? —dijo Manarino tomando un trago de Coca Cola.

—Disculpe, señor, no quise meterme donde no debo.

—Ya se metió, ahora siga...

—Solamente pensaba que un persona como usted no debería entrar en el juego de…

—¿Qué tiene, Vera?

—¿Cómo dice, señor?

—Que ¿qué consiguió en estas 24 horas de investigación? No me mire así, lo conozco y sé que mientras yo estaba buscando pistas literarias, usted debe haber despuntado su vicio de investigador tradicional.

—Señor… —intentó decir Vera con vergüenza—, yo siento una gran admiración por sus métodos, usted saber mejor que yo que algunas de sus resoluciones se estudian en las escuelas de criminalística y…

—Pero eso no le impide pensar que muchas veces, por caprichos personales, yo dejo cabos sueltos.

—Jamás me atrevería a…

—Vamos, Vera, seguramente en estas 24 horas estuvo recopilando nombres de todas las personas relacionadas a Clemencia Fumagalli: todos los que trabajaron para ella, los que aún hoy la rodean, hasta los que indirectamente han estado involucrados en su carrera. Y dígame: ¿qué logró? ¿Alguno habló? ¿Hubo alguno que no pudo responder sobre sus actividades de fin de semana, o que dudó, o que no tuvo una coartada más o menos creíble? ¿Alguno tiene antecedentes, o relación con otro crimen, o fue sospechoso de algo en algún momento?

Vera, más avergonzado aún, negó con la cabeza.

—¿Se da cuenta, Vera? Deme una razón por la cual, si es verdad que a Ruiz le taparon la boca porque sabía algo comprometedor, los que rodean a la Fumagalli y viven de ella van a andar boqueando

por ahí.

—Pero entonces, señor…

—¡Entonces no tenemos un carajo! O sí, tenemos algo: un té a la cinco.

VIII
Puntual

La casa era una bella mansión de Barrio Parque: un jardín prolijo en la entrada, con unos canteros con flores que se regaban automáticamente. Manarino se acercó y, apenas apoyó la mano en el timbre, sonaron unas campanitas elegantes. Una empleada doméstica, pero sin uniforme, abrió la puerta y lo hizo pasar sin demasiados preludios. El living era inmenso. En el fondo, Clemencia Fumagalli tecleaba, con dos dedos, una antigua máquina de escribir, mientras alguien la filmaba.

—Ya está, creo que ya tiene imágenes para el booktrailer—dijo la bestseller al tipo de la cámara, apartándose de él sin saludarlo y caminando hacia la entrada a recibir a Manarino. —Comisario, agradezco que haya aceptado mi invitación.

—El agradecido soy yo —respondió Manarino con elegancia, mientras pensaba que todo ahí parecía una puesta en escena, uno de esos telefilmes norteamericanos que de vez en cuando pasan por cable, y que reflejan la vida atareada de los escritores de superventas.

—Admiro su puntualidad.

—Borges decía que prefería llegar a horario a todas partes para no dejar esperando a las musas —replicó Manarino, como marcando su terreno literario—. Pero puedo aguardarla si es que está ocupada.

—No, no, no es necesario; ya es suficiente. En unos días se presenta mi nueva novela en la Feria del Libro de Buenos Aires y estas actividades promocionales son agotadoras. —Dijo ella tomándolo suavemente del brazo, mientras con la otra mano hacía una seña a la empleada doméstica.

—Me sorprende que escriba a máquina y no en PC.

—Romanticismo puro, mi querido comisario. A mis fans les encanta verme trabajar de manera artesanal.

—Marketing del mejor.

—Si prefiere llamarlo así…

Apenas ambos estuvieron sentados a una elegante mesa vestida con un mantel de hilo y una inacabable batería de tazas, cucharitas, cuchillitos, tenedorcitos y demás, la empleada (la misma mujer que había abierto la puerta minutos antes) acercó una bandeja con tostadas, otra con petit-fours, una mantequera de porcelana y tres potes: dos con mermelada y uno con queso blanco. Al minuto, reapareció con una tetera china, una jarrita con leche, otra con jugo

de naranja y una azucarera en la que se inclinaban unas tenacitas para los terrones. La doméstica culminó su ritual sirviendo las tazas, y se retiró en silencio.

—Pensé que no vendría —dijo la Fumagalli apenas estuvieron a solas. Manarino tomó una tostada y, sin untarla, la llevó a la boca y respondió con:

— Y yo pensé que su viaje iba a ser más largo, un par de días más, al menos.

—Vine apenas mi editor me informó sobre la muerte de esa persona… ¿Cómo se llamaba?

—Si me permite corregirla; vino apenas supo que yo visité a su editor.

—No me gustan los problemas con la ley.

—Póngase contenta entonces, no los tiene, no hay una sola prueba en su contra, más que las palabras de un muerto.

—Por lo visto creo que lo que tengo en contra es a usted, y eso es suficiente para preocuparme.

—¿Sí?, me da demasiado crédito, señora.

—No creo en su modestia.

—Ni yo en la suya —respondió Manarino sin perder la sonrisa.

—¿Puedo preguntarle por qué vino?

—¿Puedo preguntarle por qué me invitó?

—Es mi casa, yo hago las preguntas —dijo ella, sonriendo de manera seductora.

—Es mi caso, yo hago los interrogatorios.

—Su caso… Bien… ¿Sabe que me gusta su estilo, Manarino? Es un hombre atractivo; dulcemente soberbio, debo reconocerlo. Lástima que sea policía.

—Y usted es una buena escritora, lástima que venda tantos libros.

—Desprecia mi literatura, ¿verdad?

—Desprecio a la gente que finge ser lo que no es—dijo Manarino sacando del interior de su saco el pequeño tomo que su librero le regaló, y provocando que la Fumagalli modificara levemente su semblante—, porque cuando un ser humano hace eso, es capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Me acusa de cambiar mi estilo de escritura?

—No, la acuso de ser una mentirosa.

—Le ruego que mida sus palabras, sino me veré obligada a pedirle que se retire de mi casa. Manarino, sonriendo, tomó un petit four, se lo llevó a la boca y mientras masticaba dijo:

—Sería una pena, está todo tan rico.

—Soy una persona educada, pero puedo perder la paciencia.

—No lo dudo, lo que no creo es que haya perdido la memoria; usted sabe perfectamente quién era Alberto Ruiz.

—¿Y si así fuera? —Preguntó la Fumagalli provocando un breve silencio.—Yo estaba a unos 10.000 kilómetros cuando ese hombre fue asesinado. Además, toda la gente que me rodea ha podido justificar sus movimientos durante esas horas. Su subordinado, el oficial Vera, ha estado husmeando al respecto, ¿me equivoco? Hasta solicitó a American Express los movimientos de mi tarjeta de crédito para comprobar que yo había comprado un pasaje.

Esa mujer no parecía una escritora. Manarino tuvo la sensación de haberse metido en un estado de realidad paralelo, una especie de 'Mundo Fumagalli', donde esa diosa pagana de grandes ojos penetrantes y millones de libros vendidos, controlaba hasta el menor chistido, hasta la milimétrica abertura de una rosa, hasta el más suave aliento otoñal.

—Debe ser bastante complicado vigilar su entorno con semejante puntillosidad —dijo Manarino intentando no mostrarse débil, ni alterado.

—Usted debe saberlo mejor que yo, es un gran criminalista por lo que dicen, supongo que nada debe escapársele.

—No lo crea, hay ciertas cuestiones que aunque se me escapen no me desvelan; siempre voy a tener una carta en la manga para atraparlas.

—Tenemos mucho en común entonces. Yo también siempre tengo escondida una carta ganadora —dijo la Fumagalli tomando su celular y enseñándoselo a Manarino.—A mis fans les encanta que suba los videos de mis viajes.

Manarino observó la pantallita. En el video: la Fumagalli, en una gran suite, tecleaba con dos dedos su máquina de escribir al igual que lo había hecho hace un rato delante de Manarino. El video continuaba con la Fumagalli poniéndose de pie y mostrando la gran habitación, en un alarde de cursilería de nueva rica: las camas con infinitos acolchados que se derramaban desaforadamente en las alfombras; los cortinados de inmensos pliegues, dando un tinte excesivamente impresionista a la descomunal visión de la Riviera Francesa, que apenas se observaba tras las telas. Luego, la escritora iba hacia a un vestidor y sacaba un Chanel quizá legítimo, y aparentemente recién comprado, y prometía usarlo en su próxima visita al Teatro Colón de Buenos Aires. El video terminaba en el no menos descomunal baño, donde ella detallaba sus perfumitos y sus

maquillajes, mientras cerraba una canilla, aminorando el diluvio que caía desde una ducha con forma de gigante tulipán, para que el repiquetear en la inmensa bañera no impidiera escuchar su voz.

—Como verá, en el registro del celular figuran la fecha y la hora en que fueron tomados. Si un juez lo ordena no tengo inconveniente en entregar el aparato para que los peritos corroboren que no han sido alteradas las fechas.

Manarino le devolvió el celular y se puso de pie sin acotar nada. Ella, en cambio, fue un poco más allá:

—Gracias por su compañía, estimado Manarino; usted realmente me cae muy bien, y me gustaría ayudarlo en este caso. Lo noto tan perdido que…, en fin —dijo poniéndose de pie y tomándolo del brazo, como manera de acompañarlo hasta la puerta. —Una vez leí que para resolver un crimen se necesitan pruebas y para encontrarlas lo primero que hay que hacer es determinar el móvil.

—Buenas tardes, señora. —interrumpió Manarino, ya harto del cinismo de esa mujer.

—Espere… —replicó ella, ahora sujetándole el brazo con fuerza — ¿Se va a ir antes de terminar una conversación? No me diga que lo mismo le pasó con Alberto Ruiz, no sea cosa que usted se haya negado a prestarle atención y se fuera antes de que él le dijera el motivo exacto por el cual yo iba a matarlo.

Un pequeño escalofrío corrió por el cuerpo de Manarino, quien no pudo disimular del todo la sensación.

—Tranquilo, mi querido comisario, lo que acabo de decirle no cambia en nada la situación. Sí, yo lo maté, es cierto. Pero… ¿cómo piensa demostrarlo sin las pruebas y sin un móvil?

IX
¿Cómo y por qué?

Ya se apagaba la tarde cuando Manarino llegó a su oficina, saludó a los agentes de guardia con un gesto parco, se metió en su despacho y se aflojó la corbata. Volvió a sacar el pequeño libro de su bolsillo, amagó con abrirlo pero al instante lo tiró sobre el escritorio con bronca. Se acercó el ventanal que da a Plaza San Martin, miró al exterior y respiró ruidosamente una, dos, tres veces. Las cartas habían sido echadas y era momento para calmarse.

Sí, infinidad de veces se había enfrentado a delincuentes brillantes que lo desafiaron; esto no era tan distinto, no. Debía relajarse, aminorar sus pulsaciones, aplacar esa culpa por la muerte de ese hombre y resolver esto como sólo él podía hacerlo, como un galimatías más entre tantos galimatías descifrados en su carrera. *Un muerto*, se dijo, *un secreto inconfesable y una asesina a 10.000 kilómetros.*

Volvió a su escritorio y se sentó. Tomó una vez más el libro y en su cabeza sonó la frase de su amigo librero: *"no vas a encontrar las pruebas ni el móvil, mientras sigas leyendo la historia que ella quiere que leas"*. Eso es: debía leer más allá, debía ver más allá. Empezó a hojear y hojear. Una vez más la buena prosa de esa jovencita que en su momento se llamaba María Clemencia le sorprendió. Pero… qué hay con eso, si esa chica con más talento que fama no fue la que mató a Ruiz. Fue la otra, sí, esa mujer que es hoy, la que recortó su nombre y ganó millones con historias absurdas y mal escritas. La de hoy, esa es la que algo oculta.

Manarino prendió su computadora, entró a Google y buscó "Clemencia Fumagalli" ¡2.379.542 resultados! Una locura. En miles de páginas y foros se nombraba a esta fulana con elogios y críticas, en rankings y librerías físicas y virtuales. Millones de posteos la aludían y la mencionaban; millones de comentarios discutían sus obras, arriesgaban razones para sus dos divorcios, admiraban sus éxitos y hasta osaban calcular la cantidad de cirugías estéticas a que se había sometido.

En un apartado de la búsqueda, aparecieron videos. Manarino dio click y en el perfil oficial de la escritora en YouTube, aparecieron cientos de filmaciones; presentaciones de libros, viajes, booktrailers, reportajes…

Como una burla del destino, su esposa aparecía en una de las imágenes, mientras la Fumagalli le firmaba un ejemplar. Apenas la

vio, Manarino, casi con vergüenza, salió de ese video y siguió hurgando y hurgando. En un momento se detuvo. Sí, ahí estaba: el video del viaje, el que la propia Fumagalli le había hecho ver en su celular.

Algo intuyó en esas imágenes. Pero ¿qué? Una y otra vez Manarino vio y revió esos 4 minutos con 32 segundos sin hallar nada, hasta que dirigió el mouse a la cruz de la punta superior derecha y concluyó el íntimo ritual, para luego recostarse en el respaldo de su silla, en gesto de cansancio, y dormirse…

—Señor, señor… —Vera, al entrar, lo vio dormido y le habló sacudiéndole el brazo. Manarino se despertó exaltado.

—Vera, ¿qué hace acá a esta hora?

—Son las 8 de la mañana, señor, el consigna de guardia me dijo que usted pasó la noche acá.

Manarino llevó las manos a la cara como para desperezarse.

—Mi mujer me debe estar buscando —dijo mirando el celular y viendo que tenía varias llamadas perdidas de su esposa. Llamó a su casa. —Hola mi amor, ¿cómo estás? Ah, venías para acá, estabas preocupada. Tranquila, está todo bien. Perdoname si te preocupé. No hay nada grave. Un caso que me está desvelando, sólo eso. ¿La nena ya está en el cole? ¿Tenía más preguntas para la feria? Uf… Bueno, más tarde me doy una vuelta por casa y la ayudo. Chaucito.

Manarino terminó la conversación y vio que Vera lo miraba, preocupado.

—Tranquilo, Vera, no es la primera vez que me sucede esto de quedarme acá toda la noche. Lo que lamento es que por esta turra de la Fumagalli le estoy fallando a mi hija.

—¿Sigue con las preguntas para el trabajo de ciencias? —dijo Vera sonriendo, como para ablandar la situación.

—Menos mal que en una semana lo presenta y listo. Debe ser ver verdad todo el verso de la genética, eh.

—¿Cómo dice?

—La genética, lo hereditario; me hace cada pregunta tan rara. El otro día me vino a consultar sobre el sentido giratorio del agua.

—¿El qué?

—La manera en que gira el agua según el lugar del mundo —dijo Manarino algo fastidiado. —¿Nunca oyó hablar de eso? Resulta que debido a no sé qué ley física, si usted mira el agua yéndose por el inodoro, o por el lavamanos, va a observar que desaparece girando en el sentido contrario al reloj. Pero si usted estuviera en algún lugar del hemisferio norte, el agua giraría para el otro lado.

—Qué interesante, ¿no?

—A mí saber eso me parece una boludez que no sirve para un carajo. Pero bueno…, cuando lo pregunta mi chiquita es lo más importante del mundo. En fin. Deme unos segundos que me voy a lavar la cara y empezamos el día como corresponde.

Manarino se puso de pie y fue al baño, se salpicó la cara con agua fría, cerró la canilla y en el momento que vio al agua irse, algo lo paralizó, como en esos instantes en que una idea brillante llega a su cabeza, provocando una resolución genial a un caso. Se quedó petrificado unos segundos, en silencio, y luego murmuró para sí: “y si yo estuviera en el hemisferio norte…”

Salió del baño rápidamente, y corrió a sentarse a su escritorio.

—Señor me alegra verlo renovado —dijo Vera.

Manarino no respondió. Se metió en la PC desesperadamente, como un perro hurgando la tierra por un hueso. Ya en YouTube, fue una vez más al video del viaje de la Fumagalli.

—Vera, comuníqueme inmediatamente con migraciones.

—¿Qué sucede señor?

—Le dije que el asunto de la genética tiene cosas muy interesantes. Me parece que mi nena empezó a resolverme el caso.

X
Cosas obvias que no se ven

Manarino colgó el teléfono y exclamó:

—¡Lo sabía!

—No le entiendo señor.

—Yo sí me entiendo, o mejor dicho, empiezo a entender a mi amigo librero cuando me dijo que estaba leyendo la historia que Fumagalli me estaba haciendo leer.

—No sé de qué habla.

—Hace días que venimos investigando un asesinato, suponiendo que la principal sospechosa se encontraba a 10.000 kilómetros, sólo porque ella misma nos escribió esa historia y nosotros fuimos tan imbéciles de leerla al dedillo, como hacen las seguidores de ella cuando leen esas novelas de mierda que escribe.

—Señor, usted quiere decir que…

—Que la Fumagalli simuló su viaje, Vera. Compró un pasaje, y comprobar esa adquisición en el resumen de su tarjeta de crédito nos bastó para creerle. Pero nos faltó verificar lo principal: ella jamás tomó ese avión.

—Pero señor, usted mismo acaba de ver el video del viaje.

—Mírelo usted —dijo Manarino girando la PC—, pero mire lo que hay ahí, no lo que ella cuenta.

Vera se acercó a la pantalla y Manarino dijo:

—La imagen del mar está opacada por la cortina. ¿No le parece raro que alguien tenga una habitación con vista a la Costa Azul y elija escribir a máquina casi en penumbras? Y lo más importante: la escena del baño, amplíe la imagen lo más que pueda. Cuando llegue al momento en que apaga la ducha, agarre una lupa si es necesario, así podrá comprobar lo que yo acabo de ver

—El agua, señor.

—Siga Vera.

—Digo, que el agua al irse por la rejilla de la bañera…

—¡Siga, Vera, sin miedo, dígalo!

—¡El agua gira como acá!—se animó a decir el oficial.

—Usted lo ha dicho, Vera, el agua gira en sentido contrario al de las agujas del reloj, de la manera en que gira aquí en Buenos Aires.

—Eso quiere decir que… —intentó agregar Vera, con dudas.

—Que lo que me acaban de confirmar por teléfono, es la verdad: esa mujer jamás estuvo en la Costa Azul, porque la Costa Azul queda en el hemisferio norte, en donde el agua gira en sentido contrario al de aquí.

—¡La tenemos, Inspector! —Gritó Vera con entusiasmo. Pero el gesto inconmovible de Manarino aplacó su alegría—. Inspector, ¿qué le sucede? Lo ha logrado una vez, como tantas veces que ha resuelto casos que solo usted hubiera podido…

—Vera… —Interrumpió Manarino estirando las sílabas a modo de súplica para que se callara—. Seguimos sin tener nada.

—Pero…

—Nada. Sólo el video de una snob capaz de inventar un viaje para que a sus fans se les caiga la baba viendo esa supuesta vida suntuosa que lleva. Eso la convierte en una mentirosa, cierto, pero no en una asesina.

Vera se puso serio e intentó arriesgar:

—Quizá si la amenazamos con dar a conocer la verdad…

—No, Vera, no ganaríamos nada, esa mujer es brillante. Sólo lograríamos que negara todo, que quitara el video de YouTube y que encima nos acuse por calumniarla.

El teléfono sonó. Manarino le hizo una seña con la cabeza a Vera para que atendiera.

—Oficina del comisario Inspector Manarino. Sí, señor, le escucho. Pero… estamos en plena etapa de… Sí, le entiendo, le comunicaré al comisario.

—No me diga nada, Vera, ahora sí era Hugh Hefner. Nos esperan en la mansión Playboy, ¿no?—Vera ni sonrió ante la broma de Manarino, y éste agregó: —Diga lo que tiene que decir cuando antes.

—Eran de la fiscalía, señor.

—¿Qué necesitan esos sátrapas como para levantar el culo de la silla y pulsar un teléfono?

—Nos exigen algo concreto, un nombre.

—No tenemos elementos para imputar a nadie, ellos lo saben.

—Justamente ese es el punto, señor. Los abogados de Ransey Ediciones han elevado un escrito al juzgado pidiendo explicaciones por nuestros movimientos.

—¿Qué disparate me está diciendo? ¿Quiénes son como para decirnos a nosotros lo que tenemos que investigar?

—Según ellos no hay motivos para que Clemencia Fumagalli, sus cuentas y la gente que la rodea sean investigados. Aducen que todo esto puede perjudicarla a pocas horas de un nuevo lanzamiento.

—¡Eso es ridículo, no pueden interferir en la etapa de instrucción!

—¿Ridículo dijo, estimado Manarino? –la voz masculina resonó desde la puerta del despacho.

XI
Amigos son los amigos

La vida es la mejor de las autoras, disfruta en decir Manarino cuando las cosas se complican. Nadie como ella eligiendo personajes, urdiendo situaciones, tejiendo tramas que desembocarán siempre en el final más adecuado. Por eso la vida puede ser hermosa, o agria, o gris, o escandalosamente encantadora, pero siempre inquietantemente perfecta.

Las tramas que teje la vida… Sólo remarcando esa frase podremos entender cómo es que Manarino, conocido entre otras cosas por detestar a los abogados, se ha tenido que enfrentar decenas de veces, con el Dr. Celaya, el abogado que más desprecia. Haciendo esta aclaración al estimado lector, podemos pedirle que respire con calma ante lo que leerá, para poder asimilar sin sobresaltos los momentos que deberá vivir ahora nuestro querido personaje.

—Va mejorando Celaya. En cuanto dije ridículo, apareció. Se ve que su analista le está haciendo asumir que es un imbécil.

—Esta vez no me asusta, Manarino —dijo Celaya acercándose al escritorio. Era un tipo payasesco, que usaba siempre un saco amarillo medio raído. Una corbata ancha y multicolor como un animador televisivo de la década del 70, y olía a una loción insufrible de esas que vienen en frascos de litro.

—Así que no lo asusto… Se ve que ese radar busca problemas que tiene en el culo le está funcionando a máxima potencia, porque hoy tengo menos paciencia que nunca.

—Sígase haciendo el 'cocorito' —replicó el tipo sentándose.

—¿Cocorito me dijiste? Qué manera de amedrentarme, che —se burló Manarino empezándolo a tutear—. Si vos no sos maricón te faltan tres braguetas.

—Me gustaría ver si conserva ese humor cuando vea esto —dijo el abogado sacando un papel de su portafolio.

—¿Es la declaración donde confesás ser el campeón de los boludos?

—No, Manarino, es la tumba donde está enterrada su carrera de policía.

—¿Ah, sí? Mirá vos… Y decime ¿morí de manera heroica, o me agarré una diarrea viéndote?

—Te vas a suicidar sin mi ayuda, Manarino, porque apuesto que tu soberbia te va a hacer desobedecer —dijo Celaya tuteándolo él también.

—Celaya, el tiempo diario que le dedico a los soretes acaba de terminar, hablá claro o te hecho a patadas.

—Lo que escuchaste, Manarino, estás al borde del acoso policial. El juzgado hizo lugar al pedido que realicé para Ransey Ediciones.

Vera le sacó el papel de la mano al abogado Celaya y lo leyó.

—Nos exigen no acercarnos a Clemencia Fumagalli a menos de 500 metros, señor.

—¿Y ahora, Manarino? —dijo Celaya— Tenés al muerto, tenés a la asesina, pero estás encerrado en tu jaula como un tigre herido.

Manarino se lo quedó mirando unos segundos y, con voz baja, casi patológica, le dijo:

—Decenas, cientos de veces he resuelto los crímenes más intrincados de la historia criminalística argentina, en las peores situaciones de trabajo.

—No me digas…

—Sí, Celaya, la vida es la mejor autora, y si quiere que yo no me acerque a esa turra, es porque puedo resolver esto sin salir de acá.

XII
Escritor fantasma

—Váyase a su casa, Vera.

Caía el sol en Plaza San Martin. Manarino lo miraba desde el escritorio, como a un reloj sideral, sabiendo que segundo a segundo el caso se le escapaba como un hilito de agua entre las manos, como las caprichosas notas de una gran sonata a un pianista envejecido que las siente pasar, mudas, sin lograr hacerlas sonar a tiempo en el teclado.

—Señor, no puede pasar una noche más acá. Además… —Vera iba a agregar algo y se detuvo.

—Dígalo Vera.

—No, señor, nada.

—Estamos fuera del caso. Era eso lo que iba a decir, ¿no?

Vera hizo silencio y Manarino respiró ruidosamente y dijo, casi reflexivo.

—Sabe una cosa, Vera, pocas veces en mi vida me he sentido más incómodo al investigar algo.

—Pero señor, yo mismo lo he visto…

—Sí, sí, es cierto —interrumpió Manarino— pero cuando resolví las decenas crímenes que me han dado mi prestigio como investigador, yo era Manarino, y eso me servía.

—No le entiendo, señor.

—¿No? Yo sí. Y es lo mejor que puede pasarme en estos momentos.

—¿Dejar de ser Manarino?

—No, Vera, saber que serlo me perjudica. Sigo leyendo la historia al revés. Por eso tenemos todo menos el móvil y al no tener el móvil…

—Señor, jamás he visto en mi vida a un policía con la capacidad de deducción que usted tiene.

—Ese es el problema, esto es más fácil que lo que pensamos —dijo Manarino tomando una vez el librito de María Clemencia Fumagalli y acá está la clave.

—¿En el librito?

—Sí, Vera, fue lo único que transformó el semblante de la Fumagalli, en el momento en que se lo mostré.

—Pero usted ya lo ha analizado y…

—Ese es el punto. ¿Por qué una estrella literaria que gana millones con sus novelas, va a matar a un escritor desconocido?

—Capaz que envidiaba su talento, a veces el alma humana es

tan extraña.

—Tonterías, Vera, ¿qué podía envidarle? Ella es capaz de escribir muy bien si quiere, este librito es la prueba de eso. Hay algo evidente en este caso que de tan evidente no logro verlo. “La carta robada”, Vera.

—¿Cómo señor?

—“La carta robada” de Edgar Alan Poe. ¿No leyó ese relato? Estaba tan a la vista la carta robada que nadie la veía.

El celular de Manarino sonó anunciándole la entrada de un mensaje de Whatsapp.

—Mi chiquita…—murmuró Manarino— ¡Qué padre te tocó en suerte, eh!

—¿Más preguntas para la trabajo de ciencias?

—Sí, está en la última etapa y eso me duele.

—¿Le duele?

—Es que aparte de los temas obligatorios, debían elegir un tema optativo. Y ella eligió la ciencia aplicada a la criminalística.

—¡Hija de tigre!

—Sí, Vera, pero yo tendría que estar dándole una mano en el asunto, y no le estoy dando ni la mínima ayuda. A ver qué necesita. — Agregó mirando el celular nuevamente.—Ah, grafología.

—Interesante.

—Sí, me pregunta cuáles son las características que hay que analizar en una firma para saber si es falsa.

—Si usted está cansado, señor, le mandamos el cuestionario a nuestros especialistas.

—No, Vera, a esta altura de mi vida esto lo respondo de taquito. Espontaneidad, presión y puntos de ataque y escapes. Hay mil detalles más, pero esos son las cuatro que hay que observar para saber si algo está escrito por otra…

Manarino se detuvo abruptamente.

—¿Le sucede algo, señor? —preguntó Vera.

—Si algo está escrito por otro persona —completó Manarino en un murmullo, como intentando deducir algo.

—Señor, no le entiendo

—¡Las hojas, Vera!

—¿Perdón?

—Los cientos de hojas que se encontraron en el cuarto de limpieza de Ruiz.

—Las tenemos empaquetadas, señor, recuerdo que yo les dije que creía que el tipo era escritor porque…

—¡Muéstremelas!

—En seguida, señor.

Vera trajo el paquete y lo puso en el escritorio de Manarino. Éste lo abrió. Eran hojas escritas a máquina, parecían capítulos de una novela. En cada capítulo había una anotación en letra a mano. Manarino sólo tuvo que mirar la primera página y al instante gritó:

—¡Al revés!

—¿Como dice señor?

—¡La carta robada!

—Disculpe pero…

—Lea usted mismo, Vera —le exigió alcanzándole una de la primera hojas. El oficial leyó el título que estaba escrito a mano: "Amores infinitos"

—Se da cuenta, ¿ahora?

—Para serle sincero…

—"Amores infinitos" es el título de la novela que Clemencia Fumagalli va a presentar en la Feria del libro en un par de días.

—Pero entonces Ruiz le robó los originales.

—¡No, Vera! Es justamente al revés. Ruiz era un ghost writer.

—¿Cómo dice, señor?

—Un escritor fantasma, de esos que usan las editoriales cuando editan biografías de estrellas que no saben escribir, o cuando necesita que un escritor saque a la venta más cantidad de títulos al año. Y éste era al que le tocaba escribir las novelas de la Fumagalli. Ese era el secreto que la Fumagalli no quiere que se sepa: ella no escribe sus novelas comerciales, por eso nos resultaba tan distinta su prosa en aquel primer librito; ése, seguramente, es escrito por ella. De las novelas comerciales solo debe dar las pautas, los títulos, las indicaciones generales y algunas correcciones, de la manera que lo hizo en estas hojas con su propia letra. ¿No ve? Esta es letra de la Fumagalli.

—¿Pero cómo vamos a probar que es su letra? Ni siquiera nos dejan acercarnos. ¿Cómo vamos a obtener que ella permita que le hagan un examen grafológico?

—Eso ya está solucionado, Vera.

—¿Perdón?

—Sí, Vera, para algo sirve estar casado con una fanática de las novelas rosa. Pero mejor se lo explico en la Feria del Libro, me va a acompañar ¿no?

XIII
La estrella se apaga

—Señor, hace dos días que me tiene intrigado.

—Ya se va a enterar, Vera. ¡Cuánta gente por Dios!

La Feria del Libro estaba atestada. La fila de personas rodeaba el predio.

—Vamos a llegar tarde, ya debe haber empezado—dijo Manarino.

—¿Tarde para qué señor?

Manarino no respondió. En cambio sacó la credencial y la exhibió en la puerta para saltearse la cola de la boletería y dijo:

—Comisario Inspector Manarino, es un asunto oficial.

Ya adentro, se desplegó ante sus ojos el elefantiásico espectáculo de la feria: stands, promotoras y bares al paso atestados de gente.

—Sala Páez Velázquez… ¿dónde mierda será eso?

—Acá dice que es el pabellón amarillo —respondió Vera mirando un folleto.

—¿Por qué no me dijo que había agarrado un folleto?

—Porque no me le preguntó.

—Hágame un favor, si algún día me están por cagar a balazos por la espalda, avíseme sin que le pregunte nada, ¿ok?

Ambos comenzaron a caminar a paso vivo hasta el pabellón mencionado. Un mar de mujeres se amontonaba pidiendo paso en la Sala Páez Velázquez. El personal de seguridad intentaba calmarlas, explicándoles que la presentación de Clemencia Fumagalli había empezado y que ya no había más lugar.

Manarino se acercó y un uniformado le dijo:

—No puede pasar.

El inspector sacó la credencial nuevamente y respondió:

—¿Querés apostar?

El tipo le dio paso. La sala era inmensa. En el escenario, la Fumagalli lucía radiante. Habían terminado de emitir un booktrailer en pantalla gigante, y ahora ella respondía las preguntas de una periodista. Apenas Manarino y Vera dieron un paso por el pasillo central, fueron vistos por el editor personal de la Fumagalli, quien los interceptó.

—Pero, ¿cómo se atreve a venir aquí, Manarino?

—Quietito pibe —dijo Manarino tocándole apenas una solapa—, o te hago la primera cirugía estética de la historia de la Feria del Libro.

El tipo se apartó y Manarino caminó lentamente por el pasillo

central de la sala; detrás de él, y sin comprender del todo, iba Vera.

En ese momento, la periodista le pidió a la Fumagalli que leyera en voz alta los primeros párrafos de la nueva novela. La escritora comenzó:

—Él era alto, apuesto, su larga cabellera rubia…

En ese instante se oyó en la sala la voz de Manarino que en el pasillo central y acercándose al proscenio, continuó la frase leyéndola de un papel:

—…lo destacaba entre los hombres de su pueblo, y refulgía esplendorosa cayéndole como una dorada lluvia sobre sus ojos verdes.

La Fumagalli miró ansiosamente hacia el lugar desde donde provenía la voz. Un leve murmullo del público ganó la sala.

—¿Quiere que siga, señora Fumagalli? —dijo Manarino—. Como usted podrá observar lo estoy leyendo desde el original.

La bestseller, lejos de amedrentarse, retrucó:

—Estimado Comisario Inspector Manarino, me alegra verlo.

—Soy un caballero, señora. Días atrás, en su casa, usted me hizo una pregunta…

—Es cierto, le pregunté cómo iba a hacer para acusarme de asesinato sin pruebas y sin un móvil.

—…y hoy he venido a responderla.

—¿Aquí, públicamente?¿Se da cuenta de que si la respuesta no es satisfactoria, usted será detenido por incumplir la restricción que le ha impuesto la justicia?

—¿Y usted se da cuenta de que si la respuesta es satisfactoria, deberá acompañarme?

—Acepto el duelo, Manarino; comience.

—Con gusto. Hace algo más de una semana usted realizó una avant premier para sus más antiguas seguidoras. Mi esposa es una de ellas, por lo cual yo la acompañé, para retirarme apenas comenzado el evento. Ya en un bar de las inmediaciones y mientras hacía un llamado telefónico y disfrutaba de mi trago favorito, viví una extraña experiencia: un desconocido se sentó a mi mesa sin pedirme permiso. Era un hombre de mediana edad que quería anunciarme un asesinato que iba a cometerse. Se imaginará que han sido demasiadas las veces que en mi carrera me he enfrentado a mitómanos capaces de fabular las más descabelladas historias. La de este hombre también sonaba descabellada: decía que la gran bestseller Clemencia Fumagalli iba a matarlo. Me pareció tan ridículo que alguien viera a una escritora romántica como a una potencial asesina, que cometí el gravísimo error de no prestarle

atención a ese tipo que me insistía con que guardaba secretos inconfesables de la exitosa narradora. Debo reconocer que el hombre no me daba el tipo exacto de desquiciado, pero bueno, uno comete errores en la vida, y mi error fue no escucharlo. Ese mismo lunes, ese hombre llamado Alberto Ruiz apareció muerto en su domicilio. No había pruebas, no había indicios, sólo los dichos de ese mismo hombre, que días atrás aseguraba que usted iba a asesinarlo. Pero claro, eso era imposible, ya que usted, según sus palabras y los videos y el resumen de su tarjeta American Express, estaba en Europa, más exactamente en la Costa Azul. Es cierto, señora Fumagalli, usted compró un pasaje, y compró ropa en negocios de la Costa Azul, y hasta subió un video de su estadía allí. Pero todo eso era mentira. Uno puede fingir un viaje comprando un pasaje y adquirir ropa en un negocio europeo y hasta pagar el hotel, ya que es posible hacer esas cosas desde Buenos Aires. Lo que no puede lograrse es que el agua gire de la misma manera en un hemisferio que en otro. Y eso es lo que vi cuando, en el video, en un alarde de ostentación, usted muestra un lujoso baño. Acababa yo de descubrir que usted no había viajado, y que estaba en Buenos Aires cuando asesinaron a Ruiz. Pero ¿qué probaba yo con eso? Sólo que usted es una mentirosa. O sea: nada.

—Prosiga Manarino, toda la sala está escuchando su exposición.

—Gracias, señora. Fue muy interesante saber, por boca de un amigo librero, que su carrera literaria no comenzó como Clemencia Fumagalli, sino como María Clemencia Fumagalli, dato que es posible que las decenas de lectoras que se encuentran aquí presentes ignoren. Como también ignoran que usted es una gran escritora, como me lo demostró mi librero regalándome un pequeño ejemplar de sus comienzos, cuando todavía no se había dedicado a la literatura comercial. Tan bueno es ese pequeño libro, que llegué a pensar que usted no lo había escrito. Qué gran torpeza la mía, ¿no? Pero bueno, a los soberbios nos gusta subestimar. Lástima que no me di cuenta antes de que ese error me impedía encontrar las verdaderas pruebas, y el móvil por el cual incriminarla. La prueba es ésta —dijo enseñando una de las hojas—. Ruiz tenía en su casa los originales de la novela que hoy usted presenta, con unas indicaciones hechas a mano y dirigidas a él. Usted mató a Ruiz, pero antes revolvió la casa y robó todo lo sospechoso que podía incriminarla, pero Ruiz guardaba lo más valioso en una bolsa de residuos en un cuarto de limpieza. Es lógico, seguramente las desavenencias con él venían de tiempo atrás, y quiso guardar la prueba en un sitio donde nadie sospecharía. Ese es el gran secreto

inconfesable que conocía Ruiz: usted no escribe las novelas que la han hecho famosa.

La Fumagalli sonrió y dijo:

—Brillante, inspector, pero creo que no le alcanza para ganarme el duelo. Esas hojas las tenía el tal Ruiz y no puedo negarlo, porque los forenses las encontraron. Pero… ¿cómo va a probar que las indicaciones hechas a mano son mías? Usted no está en condiciones de solicitarme un examen grafológico; yo no estoy imputada ni mucho menos.

—Vuelve a equivocarse señora Fumagalli, el peritaje grafológico ya ha sido realizado. Los peritos han comparado esta letra con la de una dedicatoria que usted misma le firmó mi esposa, y son idénticas.

La Fumagalli cambió el semblante y desde la sala se oyó el grito del editor personal:

—¡Eso tampoco sirve, puede haber sido copiada por un falsificador!¡Deben probar que esa dedicatoria la escribió Clemencia!

—Ya está probado —respondió Manarino con calma y sacando el celular— El juzgado ya tiene la copia de este video que figura en YouTube, donde se la ve a Clemencia Fumagalli, en primer plano, firmándole el ejemplar a mi mujer.

—¡No digas nada, Clemencia, ya mismo llamo al doctor Celaya! —gritó el editor personal.

—No, no llames a nadie—dijo ella secamente y poniéndose de pie. Manarino se acercó y estiró su mano para ayudarla a bajar del escenario—. Es usted un maestro, Manarino, lástima tener que acompañarlo en semejantes circunstancias.

—Es usted una gran escritora, señora, lástima que haya optado por dejar de serlo.

Segunda parte

I
La victimaria es víctima

Vera entró al despacho de Manarino como cada mañana. El comisario inspector pulsaba su teléfono ansiosamente.

—Disculpe señor.

—¿Y si no lo disculpo se va? —pregunto Manarino con la insoportable acidez que le aflora cuando las cosas se dilatan.

—Es que… —intentó responderle Vera con dudas—, lo que tengo que decirle es importante.

—¿Que me va a decir, Vera, que la Fumagalli está en su casa? Lo sé. Lo sorprendo, ¿no? Ni una semana duró a la sombra. Celaya apeló el procedimiento, aduciendo que yo estaba inhibido de actuar, y el juez la mandó a su casa sólo imponiéndole que no salga de la ciudad, y de paso ordenó otra investigación.

—Señor… lo que tengo que decirle…

—Ya sé lo que va a decirme Vera… la investigación ya está hecha. Pero los de la editorial habrán aceitado a Dios y a María Santísima, y me juego la cabeza a que esto se va a alargar. Por eso estoy llamando al juzgado, porque…

—¡Señor! —El grito de Vera paralizó Manarino—No es necesario que usted llame. Acaban de comunicarse del juzgado. La causa contra Clemencia Fumagalli ya no existe.

—¿Pero qué está diciendo?

—Lo que escucha, señor. La Fumagalli fue encontrada muerta en su residencia.

II
Extraño suicidio

—Sí, mi amor, sí, apenas llegue seguimos con ese asunto. Besotes.

Manarino colgó el teléfono y resopló con cansancio. Vera lo miró unos instantes y se decidió a hablar esbozando una sonrisa.

—¿Más preguntas para el trabajo de ciencias?

—No, Vera, ya lo presentó, y se ganó una muy buena nota. Pero se quedó enganchada con el tema de la criminalística y se puso a leer unos policiales juveniles; y como es una obsesiva igual que el padre, cada cosa que no le cierra me la pregunta.

—Es el beneficio exclusivo de tener un especialista en casa.

—Es el problema exclusivo –corrigió Manarino remarcando las palabras-. Esas novelitas para pibes muchas veces las escribe 'Magoya' y hacen agua por todos lados. Ahora me estaba consultando por un golpe que recibe un protagonista. Quería saber cómo se comprueba si está dado por un puño o por un objeto contundente.

—Señor, ya se lo dije, si usted quiere podemos hacer que algún perito…

—Noo, Vera, ni loco, mi hija es la única mujer de la familia que me dirige la palabra en estos días. Mi esposa, mi suegra y mis cuñadas me hacen responsable de la muerte de la ídola literaria. Me tendrían que agradecer que le hice un favor a la literatura argentina.

Vera se quedó en silencio unos segundos

—No me mire con esa cara Vera, ya sé lo que me va a decir, que hay una muerta y yo sigo haciendo chistes…

—Señor, yo… -intentó decir Vera con dudas.

—…Y que además estamos en problemas, con ese grupo de locas fanáticas que tenemos en la puerta pidiendo mi cabeza.

—Si usted quiere señor… puedo mandar a que las saquen de la vereda…

—Lo único que me falta Vera, hacer eso y que me acusen de violencia de género. Déjelas cacarear a gusto, lo único que espero es que no haya ningún fiscal que se quiera ganar la simpatía de la prensa y nos jodan la investigación.

—Hablando de eso señor, creo que el asunto está bastante claro. Todo indica un suicidio.

—Final justo para una novelita melodramática: la gran bestseller se quita la vida por culpa de un investigador insensible. A ver, cante

lo que hay.

—Llegaron las primeras pericias. Se comprobó que la Fumagalli murió por un disparo en la cabeza. Según los peritos, el arma es la que se encontró en su mano.

—¿Qué más se halló en la casa?

—Nada que pueda suponer la irrupción de un asesino. Pero sí un hecho determinante: una nota suicida.

—¿Cómo dijo?

—Lo que escuchó, una nota suicida en el carretel de la vieja máquina de escribir que ella usaba.

Manarino se quedó en silencio unos segundos, pensativo. Luego murmuró:

—La escena perfecta, Fumagalli. Pero tengo la intuición de que al igual que todas tus ficciones de éxito, no la escribiste vos.

III
Dar en la tecla

—Manarino… ¿cómo dice que le va?

—Aprendiendo a vivir.

El tipo de guardapolvos era el jefe del laboratorio, y apenas cumplido el saludo tomó un par de guantes descartables y se los alcanzó a Manarino, para llevarlo luego hasta una mesa donde los elementos encontrados en la casa de la Fumagalli esperaban embolsados en una especie de nylon. Vera siguió toda la escena a distancia prudencial.

—Acá tiene lo que buscaba, Comisario.

—El merchandising completo, por lo que veo.

—Es todo suyo.

Manarino miró el arma que ya había sido periciada sin tocarla. Lo primero que agarró fue la nota suicida.

—Se encontró en el carrete de la máquina de escribir –se apresuró a decir el tipo de guardapolvos.

—¿Cómo dijo?

—Que se encontró en el carrete de la máquina de escribir, la mujer ni llegó a sacarla. Se ve que terminó de escribirla e inmediatamente se disparó en la sien.

Manarino tomó la nota suicida y se quedó mirándola, como si la leyera una y otra vez o si analizara algo más. Como un reflejo, como la escena de una película, vino a su cabeza la imagen de la Fumagalli en la mansión, aquella tarde del té, en la cual la best seller lo recibió tipeando en una vieja Remington sólo con dos dedos, como alguien que poco y nada sabe de dactilografía.

Luego le hizo un gesto a Vera para que acercara.

—No la toque -le dijo mostrándole la nota-, sólo dígame si ve algo raro.

—Yo… bueno…, sí, la letra.

—¿La letra?

—Me refiero a las letras…

Manarino sonrió y le dijo:

—Está bien rumbeado Vera, pero le faltan elementos para ver lo que yo veo, o mejor dicho le faltan años.

Luego dirigiéndose al hombre de guardapolvo blanco preguntó:

—¿Están los informes periciales de la máquina de escribir?

—Acá están inspector –dijo el hombre alcanzándoselo-. Nada relevante, se encontró ADN de la occisa y también un ADN masculino, pero al no tener el menor indicio de quién pudo haber

estado en la casa, no hay forma de compararlo con otro ADN. Siento no poder ayudarlo si es que sus sospechas apuntaban a algo más que un suicidio.

Manarino sonrió una vez más y contestó:

—No lo crea, me ha ayudado más que lo que cree.

Luego sacándose los guantes agregó:

—Conserve todo esto, voy a solicitar un cambio de carátula para el caso.

—No le entiendo

—Homicidio en primer grado.

—Pero…

—Gracias.

Manarino salió del lugar. Apenas en la calle sacó de su bolsillo el pequeño libro de María Clemencia Fumagalli que su amigo le había obsequiado, y tomó su celular. Vera desconcertado, intentó que Manarino le explicara lo que sucedía:

—Señor, no entiendo nada, no tenemos elementos como para…

—Shhhh… -chistó Manarino mientras leía la página de copyright de libro y pulsaba su teléfono-. Hola, sí, buenas tardes, ¿hablo con la editorial Humus? Soy el Comisario Inspector Manarino. Quisiera hablar con el gerente editorial. ¿El motivo? Pedirle colaboración para el esclarecimiento de un homicidio.

IV
Sin pérdidas de tiempo

Manarino entró a las oficinas de Ransey Ediciones acompañado por Vera y un oficial de justicia. Sin siquiera saludar a la recepcionista enfiló para la oficina del editor personal de Clemencia Fumagalli.

—Señor, tengo que anunciarlo… -intentó decir la chica.

Manarino y sus dos acompañantes siguieron sin prestar atención.

—¿Se puede saber qué significa esto? –dijo el editor, dejando de tipear su PC apenas los vio entrar en su despacho.

—¿No te enteraste que llegó el carnaval? Vine con toda la comparsa.

El tipo tomó el teléfono y marcando un interno dijo:

—Señorita, llame inmediatamente al Doctor Celaya.

Manarino le cortó la comunicación posándole la mano en el teléfono.

—¿Para qué vas a perder el tiempo en abogados? Ya bastante tiempo me hiciste perder a mí.

—Usted no tiene ningún derecho a entrar en mi oficina de esta forma.

—¿No? –preguntó Manarino con calma y sacando un sobre de su bolsillo. ¿Y esto no me da derecho?

—¿Se cree que me va a amedrentar? Se equivoca, pudo con Clemencia, pero no va poder conmigo.

—Mirá que bien, ¿entonces qué hacemos con este hallazgo de ADN masculino en la máquina de escribir de la pobre Fumagalli?

—Ese ADN puede ser de cualquiera.

—Cualquiera no. Tanto yo como mis dos acompañantes te acabamos de ver escribiendo en tu PC con diez dedos y a velocidad, cosa que la Fumagalli no hacía. Y la nota suicida está escrita por un dactilógrafo, lo noté apenas la vi. Es todo tan obvio… Esa mujer soportó la farsa de poner su nombre en novelas que apenas chequeaba, hasta que esa misma farsa la perjudicó. Seguramente no era mala mujer, sólo era alguien que quería fama en un mundo tan difícil como el literario. Pero un día apareció alguien que podía derribar el castillo de naipes que tan bien construido estaba. Era Alberto Ruiz. ¿Un resentido? ¿Un escritor fantasma mal pagado que los amenazó con revelar la verdad? La cuestión es que vos te encargaste de él amenazándolo de parte de la Fumagalli, y te encargaste también de calmarla a ella. Pero claro, ya lo dije, esa mujer no era una asesina y por más que los artilugios legales de la

editorial la dejaran libre, su conciencia iba a carcomerla. Entonces volviste a aparecer vos, su editor personal, para solucionar el asunto con un supuesto suicidio, o para ser más claro, matándola. Con eso ella no hablaría, se convertiría en mártir de un acoso legal, y de paso el sello ganaría miles de dólares editando falsos manuscritos inéditos sin pagar un centavo, para saciar el morbo y la tristeza de esas miles de fans capaces de comprar cualquier cosa que lleve el nombre de su malograda ídola. Un plan perfecto.

El tipo afirmó con la cabeza sonriendo

—Muy bien, Manarino. Es usted un gran investigador y no voy a perder el tiempo preguntándole como reconoció que la nota está escrita por un dactilógrafo, pero sí le voy a preguntar cómo va a comprobar que el ADN masculino que encontró es mío. Yo no pienso prestarme a ningún análisis y usted no está en condiciones de solicitarlo, ya que fue apartado de la causa y además yo no estoy sospechado de nada.

—No tengo que pedirlo, lo harán los peritos apenas le incautemos su PC.

—¿De qué habla? Yo no voy a permitir que usted se lleve…

—No, te equivocás una vez más -dijo Manarino sacando un papel de su otro bolsillo- al que le vas a tener que permitírselo es al juez, aquí está la orden.

El tipo miró con extrañeza como si estuviera siendo víctima de una broma.

Manarino prosiguió:

—Cualquier otro investigador estaría perdido en estos momentos, viendo cómo te salís con la tuya, sin poder hacer nada. Pero te olvidaste de una cosa: Manarino no es cualquier investigador. Hace varias semanas que sabía que ese librito iba a resolverme el caso –prosiguió Manarino sacando del interior de su saco el pequeño volumen que le regaló su amigo librero- y debo reconocer que me costó darme cuenta de qué manera me lo resolvería. Pero bueno, todos los caminos conducen a… ¿Roma? Todas las investigaciones conducen a que no existe el crimen perfecto. Cuando comprobé que una gran editorial como Ransey era capaz de cualquier cosa con tal de liderar el mercado, empecé a preguntarme cómo habría sido el paso de María Clemencia Fumagalli a Clemencia Fumagalli, o mejor dicho, cual habría sido el trato entre la gran Ransey y la pequeña Humus, la anterior editorial de esta pobre mujer. Y como era de esperar, mis sospechas se comprobaron hablando con el gerente. Ustedes se pasaron por el forrillo los compromisos contractuales que Fumagalli tenía con ese

sellito de mala muerte, contratándola y amenazándolos con hacerlos desaparecer del mercado si reclamaban. Hasta hace unas horas todavía les temblaban las piernas a esos pobres piojos cuando uno les nombraba el sello de ustedes. Pero bueno, cuando un comisario inspector les ofrece la oportunidad de vengarse, los piojos se agrandan. Acaban de hacer la denuncia por la ilegalidad de los contratos entre Clemencia Fumagalli y ustedes, y el juez ordenó allanar estas oficinas. ¡Oficial, incaute la computadora para que sea analizada como solicitó su señoría!

—¡No pueden hacer esto! -gritó el tipo— va a pagar muy caro todo esto Manarino!

—No grites, pibe -dijo Manarino con calma, señalándole la garganta. Conservá la gola sana para cuando estés en la sombra.

V
Dedos mágicos

—Ay mi vida, a ese escritor parece que le falta bastante, subrayá los párrafos que te dejan dudas y cuando papi llegue lo analiza con vos. Besote.

Manarino colgó y vio a Vera parado con una carpeta en la mano.

—¿Va a cantar el himno, Vera? -preguntó sacando un habano de la caja y despuntándolo.

—Perdone, señor, no quiero molestarlo, pero ya llegaron los informes de la comparación del ADN masculino de la máquina de escribir de la Fumagalli y el del detenido.

—Mmm –dijo Manarino con el cigarro en la boca y prendiéndolo-, y seguramente coinciden, por eso ya estoy festejando con un habano.

Vera afirmó con la cabeza, manteniendo en la cara esa expresión de cuando no termina de entender algo.

—Vamos, a ver, pregunte, ¿qué quiere saber?

—¿Cómo lo hizo señor?

—¿Cómo hice qué?

—¿Cómo resolvió el caso? ¿Cómo sabía que el ADN era del detenido y… como es que supo de entrada que él era el autor de la supuesta nota suicida?

Manarino echó una bocanada de humo y se estiro en su sillón y comenzó a explicarle.

—¿Recuerda que le dije que usted iba bien rumbeado pero que le faltaban años para ver lo que yo veía? ¿Recuerda también que mi hija me hizo una pregunta sobre cómo se distingue en un peritaje un golpe con el puño o con un objeto? Como usted sabrá, es fácil para un perito distinguir un golpe de puño del de un objeto, pero por su juventud no sabe reconocer cuando una nota de máquina de escribir esta escrita con dos dedos o con diez. Su carrera profesional, Vera, empezó con las computadoras. Un teclado de computadora, al igual que el de un teléfono, emite una letra de la misma manera si usted la pulsa con cualquiera de los de los dedos. Pero una vieja máquina de escribir, tiene lo que podríamos llamar un teclado sensible a la fuerza que uno le ejerce. Para decirlo claramente, si usted pulsa fuerte, la letra en el papel saldrá más nítida que si la pulsa de manera suave. Los viejos y buenos dactilógrafos con la práctica lograban emparejar bastante la fuerza del meñique y el anular con las del dedo mayor y el índice, pero alguien acostumbrado a escribir con los diez dedos en una PC…

¿Me va entendiendo? Sólo tuve que observar que en la supuesta carta suicida, había algunas letras menos nítidas, por ejemplo la ‘p’ o la ‘a’, letras que los dactilógrafos pulsan con los meñiques. Ahí me di cuenta que la Fumagalli no había escrito esa nota porque ella escribía todo con sus dedos índices. También me di cuenta en ese momento que la carta la había escrito su editor.

—No deja de sorprenderme nunca, señor.

—Vaya Vera -dijo Manarino poniéndose de pie- encárguese del resto del papeleo. El asunto está terminado y yo voy a tomarme medio día libre, me lo merezco.

Bonustrack

Manarino caminó largo rato hasta una librería. Había un gran afiche de Clemencia Fumagalli y una batea con sus libros. Se acercó con cierta tristeza y miró las tapas. Una empleada lo abordó.

—Es la colección de novelas de Clemencia Fumagalli. Faltan algunos títulos que están agotados, pero con la muerte de la escritora seguramente se van a reeditar.

Manarino afirmó apenas con la cabeza y se dio vuelta como para marcharse. Ni bien hizo eso, la voz de la vendedora resonó deteniéndolo:

—Sería interesante que alguien escribiera la verdadera historia de esa muerte.

Luego de oír la frase, Manarino, sin mirar atrás, retomó el paso y salió del lugar.

Fin

Serie Inspector Manarino

Tango mortal

Marcelo Galliano

Tango mortal

Por
Marcelo Galliano

PUBLICADA POR:
Marcelo Galliano

Tango mortal
Todos los derechos reservados © 2017 por Marcelo Galliano

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial, de este libro; ni la recopilación en un sistema informático ajeno al autor; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

*****

Tango mortal

Primera parte

I

—¿Podés dejar de ser comisario por un rato y relajarte? Y de paso poné un poco de buena onda.

—Si mi viejo viera este lugar… -dijo Manarino ante las sugerencias de su mujer.

—A ver sabelotodo… ¿Qué tiene el lugar?

—Ése es el asunto: no tiene nada. Nada de tango.

Y era cierto, porque el sitio poco tenía que ver con aquellos viejos boliches en donde los porteños nacidos en la primera mitad del siglo XX, enturbiaban el aire y el whisky con el humo de sus 'Jockey Club'. No estaban ahí aquellas lámparas de mesa que temblaban como si fueran pabilos de vela, ni ese aire a encierro y a nostalgia que caía como un pájaro en cada copa y que parecía tiritar con cada *vibrato* de violín y con cada solo de bandoneón.

Esto era otra cosa. Era aire acondicionado y comida gourmet, era marketing y turismo, tango orquestado a la europea para rubios con anteojos negros y pulóveres en la espalda, que bajaban de un micro con la guía femenina de trajecito bien planchado, con mapa de Buenos Aires en la mano y alguna que otra promoción.

—¿Pero vos qué sabés de tango? Si desde que te conozco te la pasás escuchando Bach y toda esa música de muertos.

—Para que sepas, el bandoneón tiene sus orígenes en Alemania, y si bien Bach no lo llegó a conocer, se usó para la música sacra, más precisamente en las procesiones como un órgano portátil. Además…

—Basta Manarino –dijo ella llamándolo por el apellido, como cada vez que le da un ultimátum-. Vinimos a ver un show y no para que me des una clase de musicología,

—Ver un show... –dijo él-, si la que baila es tu prima…

—Con más razón entonces.

— ¡Si esa mujer no se puede mover, tiene menos glamour que la chancha de los Muppets!

—Cállate que ahí vienen mis tíos.

—¡Chiquita! ¿Cómo estás? –la que exclamaba era una mujer mayor, gorda, vestida estrafalariamente, que se había acercado a la mesa del matrimonio Manarino con un arreglo de flores en la mano. A la par de ella, su esposo: un hombre cano, algo pelado, harto de su mujer e incapaz de contradecirla, y con cara de '¿por qué estoy todavía en este mundo?'

—¡Tía Eli!

La mujer de Manarino se puso de pie y le dio un beso a la recién llegada.

—Qué lindo que hayas venido a ver a Carolina –dijo la mujer mayor.

—Pero cómo iba a fallarle, si casi nos criamos juntas. Y vos, tío, qué orgullo, ¿no? Una hija bailarina profesional.

El tipo apenas atinó a afirmar con la cabeza. Su esposa ya estaba hablando de nuevo y mirando de reojo a Manarino, que seguía sentado sin gesticular:

—Un gran orgullo chiquita –dijo la vieja para luego agregar-: Viniste acompañada por lo que veo.

—Sí, sí –dijo la mujer de Manarino sonriendo de compromiso. -No les voy a presentar a mi esposo, ya lo conocen.

—Sí, ya lo conocemos –dijo la tía secamente y con antipatía.

—Pero siéntense con nosotros, por favor –dijo la esposa de Manarino como para quebrar el clima tenso

—No, querida, te agradecemos, Carolina nos reservó una mesa.

—¿Cómo está ella?

—Bien, bien, la acabo de ver en el camarín, está un poquito nerviosa, es lógico. Es muy fuerte el debut. Mirá qué hermoso arreglo de flores le mandó un admirador.

—Qué maravilla, toda una diva.

—Vos lo dijiste, nena. Bueno, te voy dejando, me quiero retocar un poquito el maquillaje. Lo que no sé es dónde está el toilete…-dijo la mujer castellanizando la palabra francesa *toilette*.

Manarino no tardó en responderle:

—¿El toilete? –preguntó Manarino remedando la pronunciación recién oída-. Vaya por el pasillo lateral hasta un cartelito que dice 'Damas', pero usted no le haga caso y entre.

—Siempre igual este señor.

—Usted también, siempre igual: la misma blusa…, los mismos aros…

—Eh… bueno tía –intentó decir la mujer de Manarino- nos vemos al final entonces.

—Sí, va a ser mejor –dijo la vieja para luego ordenarle al marido-: Vamos querido

El viejo levantó una mano y amagó con decir algo a modo de despedida, pero al instante se arrepintió y siguió a su mujer. Ambos se fueron a la mesa reservada.

—Si no fuera porque quiero evitar un papelón… -dijo la mujer de Manarino con enojo evidente.

—Me darías la razón y saldríamos corriendo de acá-dijo

Manarino completando la frase de su mujer.

Las luces del lugar empezaron a disminuir. El escenario se encendió y la pareja de bailarines salió a escena.

La tal Carolina parecía nerviosa ante el compromiso, pero el bailarín la tomó de la cintura y se empezó a oír el primer acorde.

—'Responso' de Troilo, el tango preferido de mi viejo–dijo Manarino automáticamente y con cierta nostalgia.

La pareja comenzó a bailar con grandes imperfecciones y dudas.

—Tendríamos que hacer una obra de bien e ir a buscarles el ritmo, se lo olvidaron en el camarín –dijo Manarino provocando un chistido de su mujer.

A los 20 o 25 segundos se notó que la bailarina respiraba con dificultad.

—Algo le pasa –dijo la mujer de Manarino

—¿Qué? –preguntó Manarino

—Que algo le pasa a Carolina.

—Se enteró que no sabe bailar -dijo Manarino con calmada ironía.

—Estoy hablando en serio, la noto rara.

Apenas dicho eso, la bailarina se soltó de los brazos del bailarín y comenzó a tomarse el pecho, ante la sorpresa del partenaire y el murmullo del público. Al instante, se desplomó en el escenario.

—¡Un médico, por favor! –gritó el bailarín.

—¡Carolina! –se escuchó gritar a la tía de la esposa de Manarino

Desde una mesa alguien se acercó al escenario. Tras tomarla de la muñeca dijo:

—No tiene pulso.

Manarino se dejó caer en el respaldo de su sillón y bostezó. El oficial Vera entró a la oficina carpeta en mano.

—¿Quiere que le sirva un café, señor?

—Ya tomé cuatro, Vera. Mire que me he enfrentado a los más peligrosos hampones de los últimos veinte años, he descifrado los más intrincados misterios criminalísticos, he desenredado los más perversos galimatías tejidos por abogados defensores sin escrúpulos, pero jamás… jamás en mi vida me sentí tan cansado como con esta pesadilla que empezó el viernes a la noche. Acá no tengo al jefe de la federal exigiéndome resultados, ni familiares de víctimas dando notas en televisión, ni fiscales rompiendo la paciencia. No, lo que tuve es a mi mujer todo el fin de semana pidiéndome que averigüe, diciéndome que la tía no tiene consuelo, que no puede ser que su prima muera así. ¡Yo qué carajo tengo que ver si a esa mujer se le ocurrió hacerse la Maya Plisétskaya y le falló el corazón!

—Me parece que Maya Plisétskaya no bailaba tango señor -dijo Vera con la timidez que lo caracteriza.

—¿Qué más me va a decir, Vera, que el chaqueño Palavecino no canta zarzuela?

—No, señor… yo…

Manarino resopló y luego agregó:

—En fin, pobre mujer, la prima de mi esposa, digo. Murió ella y descansó el público.

Vera lo miró sin decir nada y Manarino se apresuró a agregar:

—Ya sé, Vera, no diga nada, soy un insensible, hay una madre que sufre...

—… en realidad…

—¡La madre…por favor… si usted la viera… parece una gorda de Botero maquillada por Picasso…! Y el pobre padre… para ese sí que tendríamos que juntar unos mangos y hacerle un monumento.

—¡No fue el corazón, señor!

La frase de Vera acalló a Manarino.

—¿Mmmm?

—Que no fue el corazón, señor. Acaban de llegar los primeros informes. La prima de su esposa fue envenenada.

—¿De paseo, Manarino?

—De shopping, doc. Me faltaban chizitos para el vermut y no pude esperar.

El tipo de guardapolvo blanco sonrió. Y se le acercó sacándose los guantes descartables y estrechándole la mano.

—Le resumo el panorama: tapada en esa camilla está la occisa.

—Ya tengo el gusto de conocerla. Siga con el resto.

—Vamos a lo importante. ¿Por qué le falló el corazón a la víctima?

—Usted dirá.

—Nerium oleander, ¿le suena? Seguramente no, ¿pero si le digo Adelfa?

—¿Adelfa? ¿El falso laurel? ¿Me está haciendo una joda o está escribiendo un musical sobre la vida de Bonaparte? –respondió Manarino.

—Cualquier policía no tendría ni idea de eso, pero estaba seguro de que usted conoce la leyenda de los soldados.

Vera puso su mejor expresión de extrañeza y Manarino se apresuró a sanear la duda.

—La leyenda de los soldados de Napoleón, Vera, una pena que no se estudie en las escuelas de criminología, la podría resumir diciendo que Dios oculta las cosas mostrándolas. En plena guerra, un batallón de soldados de Napoleón Bonaparte entró en Sevilla. Los habitantes del lugar, en vez de presentarles batalla, fueron hasta el campamento y ofrecieron ayudarlos, más precisamente cocinarles. Algunos soldados salieron a cazar, trajeron conejos y otros animales. Los mismos granjeros de la zona les ofrecieron corderos. Al mismo tiempo, un pequeño grupo de lugareños salió a buscar hierbas para adobar las carnes. Recogieron orégano, tomillo, romero… y unas peligrosas plantas de Adelfa.

—¿Adelfa?

—Sí, Vera, viene de Dafne, que es como los griegos las llamaron por su parecido con el laurel; tan similar es que, con sólo sacarles las flores, las mezclaron con las otras hierbas y delante de los mismos soldados condimentaron las carnes. Los lugareños sólo brindaron en honor a los valientes soldados y dejaron que esos pobres incautos disfrutaran el banquete. Al amanecer, varios soldados de Napoleón estaban muertos de un ataque cardíaco y los otros luchaban para no morirse. No fueron emboscados por un gran

estratega, ni vencidos por algún ejército enemigo. No, fueron envenados delante de sus propios ojos. ¿Entiende la enseñanza? Los crímenes más eficaces son los más evidentes.

—Pero… en el caso de la prima de su esposa… –intentó decir Vera.

—Eso es lo que yo me pregunto: ¿cómo se lo suministraron?

—No lo sabemos, no se han encontrado restos de veneno en los vasos ni en ninguno de los objetos que se requisaron–respondió el médico.

—¿Perdón?

—Lo que escucha. Además la víctima no tiene signos de violencia previos al episodio. Es decir que nadie la atacó para inyectarle nada.

—Un crimen aparentemente perfecto –murmuró Manarino-. Lo que no entiendo es por qué. ¿Quién querría asesinar a la prima de mi mujer, una bailarina ignota, mediocre, casi aficionada, que jamás tuvo enemigos?

El celular de Vera sonó. El oficial atendió inmediatamente.

—Oficial Vera al habla. Sí, diga. Ok, entendido.

—¿Qué pasa? –preguntó Manarino

—Tenemos que ir al boliche donde sucedió todo, señor. El dueño dice saber quién fue el autor material del hecho

—¿Mmm? ¿Así, como por arte de magia? ¿Tenemos un Poirot en una tanguería para turistas? ¿Y a quien acusa?

—A Cecilia Guerrero.

—¿A quién?

—Cecilia Guerrero, señor, la célebre bailarina de tango.

IV

La tarde era despejada y fresca. El barrio de San Telmo se dejaba acunar por el sol ya caído, había un aire de noche que se anunciaba entre esas casas antiguas, casi coloniales, correteando en las calles sin ochavas, pegando en las cariátides color ceniza.

Manarino no pronunció palabra. Estaba serio, como si lo que había escuchado lo afectara. Cecilia Guerrero. No, no era posible, no cabía en la cabeza de nadie que aquella preciosa mujer que había cautivado los escenarios del mundo con su belleza y su arte, estuviera involucrada en esto. En la cabeza de nadie… y menos en la de Manarino, quien al escuchar ese nombre volvió a sentir ese cosquilleo de adolescente enamorado que amaba en secreto a la estrella inalcanzable.

Caminó con Vera por la calle Balcarce hasta el sitio que ahora, sin gente, sin la mentira turística, parecía más tanguero, más visceral, como si las sillas montadas sobre las mesas y el agua jabonosa de la limpieza escapándose por las uniones de las baldosas le arrancaran el mentiroso maquillaje que ya la muerte de una mujer se había encargado de resquebrajar.

—Comisario Inspector Manarino –Así se presentó apenas entraron.

Un tipo revisaba unos papeles en el mostrador, con una mano, mientras con la otra sostenía en su nariz un inhalador para asmáticos.

—Ya declaré, ya le dije todo al fiscal. Y espero que la atrapen a esa turra porque…

—El arte de combinar los sonidos y los silencios –dijo Manarino en voz alta interrumpiendo al tipo. — Es eso, la música digo. Y cuando un caso es mío la melodía la elijo yo.

Al tipo levantó la vista y dijo:

—¿Qué busca?

—La verdad.

—Perfecto. Hace tres noches tuvimos el local funcionando como siempre, cena y show de tango. En pleno escenario muere la bailarina de la pareja principal. Un ataque cardiaco. El resto usted lo sabe mejor que yo. Fue envenenada.

—Cecilia Guerrero. Esa es la persona que usted citó en su declaración.

—Exactamente.

—La Guerrero es una celebridad de la danza, me gustaría saber

¿qué relación hay entre ella y…?

—Se lo resumo. Las celebridades tienen que comer. El mundo del baile es cruel. Estaba sin trabajo y la contraté hace un par de años para que dirigiera el show. Pero la clientela empezó a decaer hace un tiempo. No sé si sabe cómo funciona esto. El mercado local es chico y se vive del turismo. En los últimos meses se abrieron tres nuevos sitios de tango en la ciudad. Eso hace que algunos contingentes ya no vengan aquí.

—Sigo sin entender por qué…

—Tuve que echar a algunas parejas muy buenas y tomar gente más económica, entre esas personas estaba la chica que murió. La Guerrero no quería que hiciera eso, decía que el sitio perdería brillo. Y yo tuve que decirle que si no estaba de acuerdo se fuera. Lo tomó muy mal y juró vengarse.

—Todas las mujeres juran vengarse –digo Manarino quitándole importancia a la teoría del tipo.

—Pero sólo algunas cumplen sus amenazas. Cecilia Guerrero es de ese tipo de mujeres.

En ese momento sonó el celular de Vera. El oficial se apartó unos pasos para atenderlo.

—Lo dice con demasiada seguridad.

—Lo digo porque lo sé.

—La conoce bien, por lo visto —dijo Manarino con ironía.

El tipo apartó de su cara el respirador y lo miró desafiante.

—No le entiendo y no me gusta su tono.

Manarino continuó en voz algo más alta:

—Tan bien la conoce que muere alguien en su local, todavía nadie sabe cómo ni dónde fue envenenada la víctima, y usted ya tiene todo el libreto de la miniserie terminado. Extraño, ¿no?, yo que usted estaría preocupado por levantar este sitio después de semejante hecho, o de no quedar pegado en un homicidio.

—¿Pegado yo? -dijo el tipo sonriendo-. Mire, señor, me parece que usted mira muchas películas.

—Ufff, no sabe las que he visto, y da la casualidad que cuando actúo yo, los criminales siempre terminan enjaulados.

—Si tiene algo más que decir.

—No, por ahora no -dijo Manarino girando y dispuesto a irse.

La voz del tipo lo detuvo:

—¿Le gustaría escuchar un posible final para esta película? La Guerrero se mata y deja una nota suicida declarándose culpable. No está mal, ¿no?

Manarino, sin responder, retomó su paso. Vera, que se había

apartado para responder el teléfono, se le acercó.

—Señor, llamaron de nuestra dependencia, su esposa lo está buscando y no pudo comunicarse a su celular.

—¿Algún problema?

—La madre de la víctima, señor, acaba de ser internada por envenenamiento.

V

Manarino se arrojó en su sillón como tantas veces, como en todas las ocasiones en que el nudo de un caso parece ceñirse más y más, sin permitir el mínimo hueco de luz.

Sacó un Montecristo Número Dos y se lo puso en la boca sin despuntarlo.

—No entiendo, Vera. –El oficial lo miraba con cierta extrañeza, como intentando reconocer a ese Manarino que ni siquiera intentaba seguir la pista de la única supuesta sospechosa-. Un lugar de tango, o mejor dicho, un lugar que se supone de tango, y en donde se recibe a turistas que pagan en dólares por un menú de mierda, contrata a una bailarina casi aficionada. La bailarina, una mujer que no parece tener enemigos y que por su desempeño profesional no puede despertarle envidia ni a los *Teletubbies*, muere a los pocos segundos de comenzado el número. Parece una especie de muerte súbita, un paro cardiaco no traumático, para ser más puntillosos. Pero las investigaciones nos hablan de envenenamiento. Un raro envenenamiento

—Nerium… –dijo Vera con timidez

—Nerium Oleander. La tristemente célebre Adelfa con que los gallegos le palmaron medio ejército a Napoleón. Pero para que todo sea más extraño, en ninguno de los objetos que se requisaron en el lugar había el mínimo rastro de esa planta ni de derivado alguno de ella. El cadáver de la víctima no tenía signos de violencia que pueda suponer que alguien le haya inyectado la sustancia. Pero además, para que todo sea un enigma indescifrable, la madre de la víctima, que no vive en la misma casa de ella, acaba de ser internada con similares signos, o sea que ambas fueron envenenadas delante de nuestras narices sin que nadie se diera cuenta y sin dejar el menor rastro. Toda mi vida dije que no existe el crimen perfecto, pero esto es lo que más se le parece.

—Señor… no quiero ser irrespetuoso pero… ¿ no sería conveniente que sigamos al menos la única pista que tenemos?

—¿De qué habla, Vera? No tenemos ninguna pista

—Han llamado de la fiscalía y… -comenzó a decir Vera con cuidado

—¿Mmm?

—Preguntaron si ya habíamos ido a tomar declaración a la sospechosa.

—¿Sospechosa? ¿Qué sospechosa?

—Señor… la sospechosa…, Cecilia…

Manarino resopló y luego dijo:

—Cecilia Guerrero, una de las mujeres más hermosas que haya pisado esta tierra.

—Desconocía su amor por el tango, señor.

—¿Qué tiene que ver el tango con un buen par de…? -Manarino interrumpió la frase y luego explicó-: Yo era un pibito de 15 o 16 años y ella salía en las revistas. Yo… en fin… soñaba con conocerla algún día.

—¿Cumplió su sueño?

—Casi.

—¿Casi?

—Una vez junté unos mangos rotosos y le compré unas flores, justo unas flores…parece que el destino se estuviera burlando.

—¿Y se las mandó? –pregunto Vera con gesto de ilusión.

—No, mucho peor. Me fui al teatro donde estaba encabezando una compañía y se las quise entregar en mano.

—¿Cómo termino el asunto?

—Con un grandote de seguridad que me agarró de un brazo y me tiró a la vereda, en plena Calle Corrientes.

Vera sonrió con ternura

—¿Por eso no quiere interrogarla?

—Por eso no quiero verla metida en esto. Por ese chico que fui. Ya sé, no me diga nada, un investigador de mi prestigio no puede guiarse por una ilusión adolescente.

—Es hombre antes que policía, señor.

—Sí, y me temo que más de una vez al hombre le gustaría que ese policía arrogante e invencible se equivocara. Pero, a decir verdad, no hay nada contra ella, excepto la acusación del fulano éste. Y si no la voy a ver corremos el riesgo de que nos saquen el caso y que otro quiera cerrar esto lo antes posible, implicándola.

Manarino se puso de pie y ordenó:

—Averigüe cómo sigue la madre de la víctima. Si llama mi esposa dígale que me fui a tomar una declaración. No le dé más datos.

Vera sonrió pícaramente y dijo:

—¿Va a ir a ver a Cecilia Guerrero, señor?

Manarino le replicó:

—¿De qué se ríe, Vera?

—De nada, señor.

—Mejor así -respondió Manarino dándose cuenta de que Vera tenía un dedo vendado- A ver si todavía le tengo que fracturar otro

dedo.

—No es una fractura –dijo Vera sonriendo-. Es una consecuencia de la jardinería.

Manarino se aquietó ante lo que dijo el oficial.

—¿Jardinería? No me diga nada, se dedicó al bonsai y le crecieron los arbolitos.

—Un pequeño helecho, señor, mi madre lo tiene en su casa. La estaba ayudando a trasplantarlo, me pinché y casi me infecto.

A la cabeza de Manarino le vino automáticamente la imagen dela mujer con el arreglo de flores y hasta recordó lo que había dicho: 'mirá el regalo que le mandó un admirador a Carolina'.

—¡Eso es… el arreglo floral!

—¿Cómo dice, señor?

—En el arreglo floral estaba el veneno… Me refiero al regalo que le enviaron a la víctima y que la noche del asesinato llevaba en la mano la madre.

-—¿Pero cómo sabían que la bailarina iba a tocarlo?

—No lo sé… -respondió Manarino en tono reflexivo-, o quizá ni el asesino lo sabía… Capaz que no tenían ni idea a quién iba a envenenar, porque no tenía víctima. Por eso nos resultaba tan extraño que una mujer sin enemigos resultara muerta.

—No le entiendo.

—Quería asesinar a alguien…, alguien, sí, podía ser una bailarina o un mozo, o una vestuarista. Lo que todavía no sé es el motivo.

—Pero cómo no se encontraron rastros en el lugar.

—Porque la madre de la víctima fue la cómplice involuntaria. Se llevó el arreglo floral y seguramente en su casa tomó contacto con el veneno. Podía haber sido ella o el marido o quien fuera. Y por eso el cuerpo de la muerta no tenía signos de haber sido inyectado con nada, porque quizá solo bastó un diminuto pinchazo en algún dedo. Casi dos crímenes y los dos casi perfectos, en los que las víctimas colaboraron sin saber, al igual que los soldados de Napoleón –dijo Manarino en tono analítico-. Le cambio la orden, Vera. Mientras voy a ver a Cecilia Guerrero encárguese de hacer una lista de florerías que están abiertas las 24 horas en Buenos Aires. Seguramente ese arreglo no era de un kiosco de flores, era de un negocio de primera línea. Que le pasen los datos de todas las ventas con tarjeta de crédito de ese día, si en los nombres de los compradores no salta algo, interrogaremos a todos los empleados que estaban de guardia el viernes y pediremos las cámaras de seguridad a ver quiénes compraron en efectivo. Y de paso averigüe

cómo sigue la madre de la víctima y comuníquese con el marido, capaz que tenemos suerte y el arreglo floral todavía está en la casa. Si es así, pida un informe urgente al laboratorio.

VI

La vivienda era una vieja propiedad del barrio de Belgrano, una de esas antiguos casonas que denotan el buen pasar que alguna vez tuvieron los dueños, con pequeños jardines en las entradas, y artísticamente custodiadas por rejas con lanzas que se confunden con frondosas madreselvas, adormecidas en el rumor leve de la tarde y el murmullo de una pequeña fuentecita con ángeles y un Manneken Pis belga.

Manarino llegó al lugar y se arregló el cuello del saco como un muchachito ante la primera cita. Tocó el timbre y, a los dos minutos, una figura de mujer hermosamente avejentada se asomó. La Guerrero conservaba el pelo renegrido y la mirada pícara y melancólica que la había destacado años atrás; y las piernas… las maravillosas piernas torneadas que habían flotado sobre los más selectos escenarios.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Unas preguntas, sólo eso quiero hacerle.

—¿Policía, verdad? –dijo la mujer esbozando una sonrisa triste, como si hubiera intuido la visita.

—No –dijo él, cortante, para luego decir con firmeza-: Manarino

El living era amplio. Es más, no era un living, era un gran salón de baile con espejo y barra de ballet. Todo tenía un aire a desuso, a destiempo, como si sólo quedaran en el lugar los fantasmas de un pasado activo, glorioso.

La mujer señaló un pequeño sillón. Manarino tomó asiento y ella se apoyó en el brazo de otro sillón y, a pesar de su larga pollera, sus piernas se asomaron perfectas, imponentes. Manarino se las miró como un chico embobado y ella, acomodándose para taparse, dijo con picardía:

—Es lo que queda. Digo, de lo que fui.

—No lo creo –dijo Manarino con calidez-, sigue siendo la misma.

—Miente bien eh, no sabía que los policías famosos tuvieran esa virtud.

—Digamos que por un rato voy a dejar de ser policía para convertirme en el adolescente que fui.

La mujer se puso de pie y fue hasta una pequeña mesita y sirvió un par de copas.

—Entonces lo puedo envenenar sin culpas, no estaría matando a una leyenda de la criminología.

—¿Sería capaz? -preguntó Manarino mientras agarraba el vaso.

—Ya lo hice con esa bailarina ignota –dijo la Guerrero con cierta expresión de melancolía.

—¿Debo creerle?

—Es lo que dicen, ¿no?, que la envenené. Y para eso vino usted aquí, para comprobarlo

—Me ofende, señora. Yo no llegué a ser quien soy por creer lo que se dice.

—Debería hacerlo, al menos en este caso. Yo la maté.

—No le creo.

—Lo siento por usted, entonces, va a jugar su prestigio por un par de piernas.

—Me he jugado por cosas menos importantes…

—Mmm, no seas bobo chiquito. Permitime que te llame así, como llamaba a todos los enamorados que en mi época de oro se morían por conquistarme.

—Y usted permítame pedirle que no me subestime. Dígame la verdad.

Desde el interior de la casa apareció un adolescente con evidente retraso madurativo, en una mano: un tubo de ensayo.

—¡Mamá! -dijo el muchachito.

—¿Qué hacés acá?

—Quería mostrarte un experimento que acabo de hacer,

—Andá a tu habitación que en seguida voy.

—¿Quién es ese señor?

—Nadie, un amigo, andá por favor.

Luego, volviéndose a Manarino y algo inquieta, la mujer agregó:

—Ya tiene mi declaración, señor Comisario. Soy culpable. ¿Se le ofrece algo más?

Manarino salió del lugar con una sensación de pesadez. Esa mujer mentía pero... ¿por qué, qué la llevaba a autoacusarse de esa manera?

Ni tiempo tuvo de sacar un habano, su celular interrumpió las elucubraciones. Era Vera.

—Oigo.

—Señor, hay novedades.

—Lo escucho.

—La mujer está mejor, y el marido nos entregó el arreglo floral. El laboratorio acaba de darme los resultados.

—Dígame, ¿sigo siendo un buen sabueso?

—El mejor, señor. Se detectó Nerium Oleander en una concentración 100 veces mayor a las que se utiliza para los insecticidas. Según los toxicólogos es posible que ni siquiera haya

sido un pinchazo el motivo de los envenenamientos, sólo con tocar la sustancia y llevarse la mano a la boca…

—Eso lo hizo un profesional. Las florerías, Vera, tenemos que actuar cuantos antes.

—Ya está hecho, señor, dimos con el negocio que envió el arreglo. Fue comprado con tarjeta de crédito.

—Perfecto. Apenas llegue a la oficina empezamos a trabajar en la búsqueda del titular. Habrá que hacer una investigación sobre tarjetas gemelas y…

—Señor –interrumpió Vera-. No va a ser necesario nada de eso.

—¿Cómo dice?

—Que no va a ser necesario. Ya tenemos a la titular de la tarjeta: Cecilia Guerrero.

Manarino entró a su despacho, se dejó caer en su silla y se llevó las manos a la cara. Vera se quedó mirándolo y tuvo la impresión de estar ante un colegial acosado, un adolescente que no quiere reconocer antes sus padres y sus profesores que la prueba lo excede, que no estudió. Al instante, sacó de su cajón una botella de whisky y un vaso, se sirvió y lo tomó de un sorbo.

—Dígalo, Vera -dijo Manarino sonriendo amargamente. Vera lo miró con extrañeza y en silencio-. Que lo diga, que lo diga sin miedo. Nunca me había visto beber en servicio, ¿verdad? -Rió con ganas y prosiguió-: Pero usted iba a decirme otra cosa, o mejor dicho, pensó otra cosa, que jamás va a decírmela, porque es tanto el respeto y la admiración que me tiene que sería capaz de clavarse un alfiler en la lengua antes de decirla. Y eso que iba a decirme es que para ser un gran investigador hay que dejar el corazón en casa.

—Señor… usted es el más grande criminólogo viviente.

—Porque el corazón –siguió Manarino como si Vera no hubiese dicho nada- es una especie de radio caprichosa que recibe las frecuencias que quiere y desecha otras. Y para un investigador serio eso es inviable. Eso lo sabe cualquiera, cualquier policía digo, sabe que no se puede elegir unos datos y descartar otros a voluntad.

Se sirvió otro whisky y siguió hablando:

—Pero yo tengo un problema, un gran problema, tomó un sorbo y continuó-: cuando mi corazón habla me cago en todas las escuelas de criminología.

Manarino movió su brazo para beber otro sorbo y Vera, en un gesto de valentía inusual en él, se lo detuvo.

—No tiene nada que explicarme, señor, ni necesita beber, nunca lo ha necesitado.

—¿No? ¿Y entonces cómo le explico que para mí la Guerrero es inocente?

—No tiene que hacerlo.

—-No diga pavadas, Vera. No tengo elemento alguno para sostener la inocencia de esa mujer. No ofenda mi inteligencia ni la suya.

—Si el mejor investigador que he visto en mi vida dice que Cecilia Guerrero es inocente…

—Todos los hechos la incriminan.

—No se resuelven los grandes casos basándose en los hechos, sino metiéndose en la cabeza de los protagonistas. Me lo enseñó

usted, señor.

El teléfono del escritorio comenzó a sonar interrumpiendo la frase.

—Oficina del Comisario Inspector Manarino, el oficial Vera al habla. Sí, cómo no, ya mismo le informo.

Vera colgó y dijo con seriedad:

–Hablaron del juzgado, señor, acaban de pedir la detención de Cecilia Guerrero.

Manarino tomó la botella de whisky y la guardó en el cajón con desprecio. Se puso de pie y salió de la oficina sin decir nada.

—Puede pasar, Comisario.

Manarino agradeció a la secretaria con un movimiento de cabeza y enfiló para el despacho del juez.

Adentro, un hombre cano y con cara de preocupación, estiró su brazo invitándolo a tomar asiento.

—Usted dirá, señoría.

—Manarino, en mi carrera he tenido que hacer muchas cosas que me desagradan. Puedo asegurarle que ésta es una de ellas.

—Es fácil, no la haga

—Es mi deber.

—Cuando alguien va a hacer algo que le avergüenza siempre le echa la culpa al deber.

El juez sonrió y dijo:

—Comisario, la justicia no se maneja con juegos de palabras.

—Toda una novedad para mí, siempre pensé que eran ustedes los que se bañaban en latín mientras la taquería se juega los cojones.

—Seré breve–dijo el juez incomodado por las palabras de Manarino.

—Me hará un favor.

—El fiscal de la causa me solicitó la detención de la señora Cecilia Guerrero. He hecho lugar al pedido y usted se negó a cumplirlo.

—Sólo le rindo cuentas de mis actos a mis superiores.

—No complique las cosas.

—¿Complicarlas? Son ustedes los que quieren hacerlas demasiado simples, mandando a la sombra a una inocente.

—¿Está acusando a la justicia de inoperante?

—De descuidada, si le gusta más el término.

—¿Gustarme? Ninguno de sus términos me gustan. No es un modelo de policía para mí.

—Los burócratas como usted sólo firman papeles, mientras los tipos como yo se juegan las bolas con personajes que a usted, de solo verlos, le provocarían diarrea.

—Usted cree que todo un andamiaje judicial se puede guiar por intuiciones en vez de pruebas.

—En todo caso debería guiarse por los veinte años de servicio que me convirtieron en quien soy.

—Su pasado no es el punto de esta conversación, sino la

arbitrariedad con la que está actuando en estos momentos. Hay una muerta y una mujer internada, por envenenamiento. El dueño del local declara haber sido amenazado por Cecilia Guerrero. Según la deducción que usted mismo hizo, un arreglo floral provocó esas situaciones, y la tarjeta de crédito con la que se compró dicho arreglo es la de Cecilia Guerrero.

—Nada de eso prueba la autoría del hecho.

—Acabo de ordenar a otros agentes de la fuerza la detención de esa mujer, para tomarle declaración yo mismo. No voy a rifar mi prestigio como juez metiéndome con un comisario mimado por la prensa. Así que voy a dejar pasar sus faltas de respeto. Pero a partir de este instante este caso deja de pertenecerle.

Manarino se puso de pie y sin el mínimo gesto se dirigió hasta la puerta. El juez, con sonrisa socarrona agregó:

—Hasta al comisario más eficaz y al mejor padre de familia se le puede permitir un desahogo de vez en cuando. Pero trate de no jugarse la placa por una calentura.

La frase dicha por el juez ni terminó de resonar. Manarino giró violentamente sobre sus pasos y, de las solapas, lo levantó al tipo de la silla para decirle a centímetros de su cara:

—Y vos, corrupto hijo de puta, que ya debés haber recibido un sobre del dueño de la tanguería para que dejemos de investigar, procurá no encerrar a una inocente, porque si no me voy a encargar de que vos seas el que no tenga nunca más una calentura, porque te voy a cortar los huevos, ¿entendiste?

El juez enmudeció y Manarino lo soltó dejándolo caer en la silla. Luego, sin agregar nada más, salió del despacho.

IX

La incesante tarde fue cayendo. Manarino, luego de salir del despacho del juez, caminó por el centro y vio las marquesinas de la calle Corrientes que empezaban a encenderse. Aquello le recordó una vieja imagen: una Buenos Aires distinta, sin celulares, un adolescente con un ramo de flores intentando entrar a un teatro para ver a su amor imposible. Sonrió con algo de pena y nostalgia por ese chico. Sacó un habano, lo despuntó, y anduvo varias cuadras fumando y fumando, como si el paisaje de la ciudad fuera una escenografía muda y una música exclusiva y personal sonara a su paso, poniéndole melodía a su andar cansino y melancólico.

Llegó a su oficina ya con la tarde casi anochecida.

—Señor, lo estaba esperando -dijo Vera,

Manarino lo miró sin gesticular, como si el estado de tristeza de la caminata aun le durara, como si vaticinase que todo empezaba a escapársele de las manos o a quedarle irremediablemente lejos, como su pasado.

—Diga nomás.

—Cecilia Guerrero.

—Ya lo sé, la van a detener, estuve en el juzgado perdiendo prestigio y ganándome un enemigo. –Dijo en tono cansino y llevando las manos a la cabeza-. No puedo desenredar esto Vera. Sé que todo es una trampa, que nada es lo que pensamos que es: la muerte de la prima de mi esposa, esas flores envenenadas, la propia Cecilia Guerrero casi vencida y el tipo de la tanguería…, sí, ahí está la clave, Vera, en ese tipo que se animó a decir un disparate semejante en mis narices, una locura como que la Guerrero iba a terminar suicidándose y firmando la autoría del crimen.

—No fue ningún disparate, señor –dijo Vera en voz baja

—¿Cómo dice?

—Que no fue ningún disparate lo que dijo ese tipo. Me acaban de informar hace unos minutos que los agentes destinados a detener a Cecilia Guerrero, la encontraron muerta en su casa, con una nota manuscrita en la que se adjudicó el crimen.

Segunda parte

Un año después

I

Vera entró al despacho de Manarino y lo encontró pensativo, ambas manos unidas la altura de la boca, en esa particular postura que en él indica introspección, y tal vez duda, y acaso la íntima preocupación por algo sin resolver.

Toda la mañana había estado así, callado, cumpliendo el trabajo a desgano, casi de compromiso, sin largar alguna de sus ironías, sin tomar siquiera su café de las 10.

—¿Puedo ayudarle en algo señor?

Manarino levantó la vista y lo miró unos segundos. Luego, tomó el diario que estaba en su escritorio y así, abierto en una página, se lo alargó a Vera. El oficial leyó en voz alta el título y las primeras líneas de la nota:

—Una maldición que no termina. Cuando todavía los detalles del hecho conmocionan a la gente del medio, se acaba de anunciar el cierre de la tanguería en la que un año atrás sucedió el asesinato de la bailarina, crimen por el que fue acusada, en su momento, la recordada Cecilia Guerrero. Como es de conocimiento público, la Guerrero fue encontrada muerta junto a una carta suicida en la que se adjudicó el homicidio, cuando la Policía Federal se apersonó a su vivienda a detenerla como sospechosa. Luego de esos acontecimientos, su hijo, un adolescente con problemas madurativos, fue internado por orden de la justicia en un hospital psiquiátrico. Ahora la noticia vuelve a impactar a los amantes del tango, ya que el local de San Telmo donde sucedió el crimen, cierra sus puertas definitivamente, debido al delicado momento de salud que sobrelleva su dueño.

Vera dejó el diario en el escritorio y se quedó en silencio mirándolo a Manarino. El comisario esperó unos segundos y luego dijo:

—El caso nos está dando una nueva oportunidad.

—¿Oportunidad?

—Sí, Vera. Como usted me habrá escuchado decir muchas veces, no existen los crímenes perfectos, solo existen los crímenes sin resolver.

—A veces es imposible resolverlos.

—Eso es lo que piensan los investigadores comunes, pero no es lo que piensa Manarino. Todo crimen pide a gritos ser resuelto.

—Pero señor…

—¡Todo crimen pide a gritos ser resuelto, Vera! Habrá

escuchado a algún forense decir que los cadáveres hablan, yo digo que los crímenes gritan, y a veces somos tan estúpidos que no sabemos escuchar.

—Pero en su momento usted oyó todo lo que tenía que oír…

—¿Sí? ¿Está seguro?

—Se descubrió la forma de envenenamiento. Se determinó la tarjeta de crédito con la que se compró el arreglo floral. Se analizó el cadáver de la prima de su esposa. Le tomó declaración al dueño de la tanguería y a la propia Cecilia Guerrero que terminó inculpándose por el crimen y suicidándose. No sé qué más podría haber hecho.

—¿No? ¿En serio no lo sabe? ¿Lo acaba de leer y no lo sabe?

En la cabeza de Manarino se recreó la imagen del chico entrando en la sala en que él charlaba con Cecilia Guerrero: “mamá, mirá el experimento…”

Vera tomó el diario del escritorio y empezó a releer para sí la nota del diario. Manarino continuó.

—Nos olvidamos de la persona más cercana a Cecilia Guerrero: su hijo.

—Pero señor, con qué objeto ese chico iba a matar a…

—Defender a su madre, ¿le parece poco?

—Adelante, Comisario, tome asiento -el que lo decía era el director del hospital psiquiátrico. El despacho era una oficina antigua con un viejo archivero, y perfume a encierro y a humedad-. Mi secretaria me informó que usted solicitó hablar conmigo.

—Sí, sí, es por Cecilia Guerrero.

—¿Por quién?

—Cecilia Guerrero, el hijo está internado aquí.

—Ah, sí, sí…

—Hace un año me tocó investigar ese caso. Por los medios me enteré dónde estaba internado el muchacho.

—Es paciente nuestro, cierto. ¿Se ha reabierto la causa del suicidio de la madre?

—No exactamente. Para ser preciso, creo que la causa nunca se cerró, al menos para mí.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Quiero saber algunas cosas sobre el chico.

—Es poco lo que puedo decirle. Sabrá mejor que yo que mi condición de médico me impide dar datos de pacientes a no ser que me obligue la justicia. De todas formas los medios ya han dicho lo principal, el muchacho tiene 18 años y un evidente retraso madurativo.

—Puedo preguntarle sobre la gravedad de dicho retraso…

—Puede, sí, pero no sé si debo responderle.

—Seré discreto,

El tipo resopló resignado y dijo:

—En líneas generales los pacientes con esa patología tienen algunos problemas de psicomotricidad, de lenguaje, de interacción social…

—Supongo el golpe que habrá sido para ese chico la muerte de su madre.

—Supone bien, los primeros días de su internación fueron dificilísimos. Incluso tuvo una par de severos problemas respiratorios, creo yo que por la carga emocional del momento.

—¿Cómo dijo?

—Problemas respiratorios –Manarino, al escuchar estas palabras rememoró inmediatamente la imagen del dueño de la tanguería con el respirador- ¿Le sucede algo comisario?

—Eh… no, no. ¿Podría ver al muchacho? Me gustaría cambiar un par de palabras con él.

—Lo lamento, por la seguridad del paciente no puedo permitirlo, a no ser que haya un orden de un juez. Hace una semana una mujer pidió verlo aduciendo que era vecina o algo así. Los médicos de sala accedieron y fue una situación extrañísima, porque la mujer intentó agredirlo.

—¿Agredirlo?

—Así como lo escucha. Le arrancó un pelo y luego salió corriendo.

Manarino se quedó pensativo y luego murmuró

—Un pelo…, ¿para qué quería una mujer un pelo de ese chico?

—¿Desea saber algo más comisario?

—Si… -dijo Manarino como saliendo de su abstracción–, quizá usted recuerde todo lo que lo rodeó al suicidio de Cecilia Guerrero.

—Tuve que interiorizarme cuando recibí al muchacho en nuestro hospital.

—Entonces sabrá que la señora Guerrero fue acusada de asesinar a una bailarina enviándole un arreglo floral envenenado. Quisiera saber si una mente alterada puede ejecutar semejante crimen.

—¿Mente alterada?

—Sí…, por ejemplo… alguien con la patología del hijo por ejemplo.

—Hay algunos detalles del crimen que no recuerdo, pero… me parece imposible. Conseguir un veneno, hacerse traer flores, aplicarles la sustancia y después mandarlas envenenadas.

—¿Cómo dijo? –preguntó Manarino imprevistamente, como si alguna palabra pronunciada por su interlocutor hubiese oficiado de disparador.

—Decía que conseguir el veneno…

—No, no, eso no, después.

—Eh… creo que dije hacerse traer flores y…

—Eso… sí… -murmuró Manarino

—¿Cómo dice, Comisario?

—Fuimos unos imbéciles…

—No le entiendo.

—Nos preocupamos en saber dónde fueron compradas y no adónde fueron enviadas, cuando era obvio que el arreglo no salió envenenado de la florería, sino que llegó limpio a la casa del asesino… Doctor, le agradezco mucho su colaboración.

Manarino salió del lugar y tomó su celular:

—Vera, escuche bien, necesito que busque el archivo con el informe de la florería que pedimos hace un año para el caso Guerrero. ¡Ahora carajo, búsquelo, lo espero! -Manarino aguardó

con el teléfono en mano- Si, ¿ya lo tiene? Perfecto. Sí, sí, ya sé que el arreglo fue comprado con la tarjeta de la Guerrero, pero dígame lo principal, ¿adónde lo envió la florería? A la tanguería, era lógico. ¡La puta madre, cómo se nos escapó ese dato! Vera, vaya hasta el local de San Telmo y espéreme en la puerta. Yo voy a ir al instituto de ablación y trasplante. ¿Qué dice? ¿Que para qué voy a ir a ese instituto? Alguien le arrancó un pelo al hijo de la Guerrero y si mi olfato de sabueso no me engaña, en eso está la clave de este caso.

Vera lo vio llegar a Manarino.

—Señor, ¿qué sucede?

—Lo resolví, Vera.

—Pero…

—Ahora va a entender todo.

Manarino tocó timbre en el local que permanecía hermético. Una mujer canosa respondió desde adentro.

—Está cerrado, el local ya no funciona.

—No vengo a hacer una reserva, vengo a hablar con el responsable.

—Está descansando, está con problemas de salud.

—Tampoco es visita una cortesía –dijo Manarino empujando la puerta y enseñando la credencial- y para descansar ya va tener tiempo cuando esté a la sombra,

—Supongo que tendrá una orden –dijo la mujer de pelo cano.

—Y supongo que usted tendrá una explicación para ir a molestar a un muchacho a un hospital psiquiátrico y arrancarle un pelo.

La mujer se calló ante esa frase y se apartó del paso. Manarino y Vera entraron. El lugar estaba casi desmantelado. En una silla del fondo, estaba el dueño con visible deterioro físico.

—No estoy en condiciones de recibir a nadie.

—Y yo no tengo paciencia con gente como usted. Ya le di un año de gracia y creo que es suficiente. Queda detenido por el asesinato de la bailarina muerta en este mismo lugar un año atrás y por la instigación al suicidio de Cecilia Guerrero.

—Llamá a mis abogados –le ordenó el tipo a la mujer.

—Quédese quieta, si no se va a perder el argumento de la obra que escribió su jefe, estuvo tan bien ideado todo... Hasta yo casi me lo creo, pero lo más cruel y terrible fue que se lo creyó Cecilia Guerrero.

—-No sé de qué habla.

—Lo sabe muy bien. Hacía tiempo usted había decidido sacar del medio a Cecilia Guerrero y encontró la oportunidad una tarde en que ambos discutieron y ella a viva voz lo amenazó con vengarse. Seguramente esas palabras fueron escuchadas por varios empleados y ahí es cuando usted percibió que había llegado el momento, y entonces tramó su plan. Un asesinato en su propio local para inculparla a la Guerrero.

—Es ridículo lo que dice, nadie en su sano juicio lo creería.

¿Quién va a tramar algo así por una diferencia laboral?

—Eso mismo pensaron todos en su momento, o casi todos. Porque yo jamás lo creí, siempre sospeché que había algo más y ese algo más era lo que provocó aquella discusión y su decisión de sacar a la Guerrero del medio: la relación entre usted y ella no era solamente profesional, sino personal.

—Jamás va a poder probar eso.

—Tan personal era la relación que, en la discusión de ese tarde, se coló un tema jamás tratado entre ustedes, un hijo, ese hijo con retraso madurativo que usted conocía pero del cual ignoraba el origen, ese origen que, por verse echada del trabajo, Cecilia decidió revelarle para que se apiadase.

—Son todas suposiciones.

—Pero usted es vez compadecerse por su propio hijo decidió resolver dos problemas: sacarse de encima a la madre y encerrarlo al chico.

—¡La propia Guerrero reconoció el crimen!

—Sí, claro., y ese fue el aspecto más genialmente perverso de su plan. No sólo debía cometer un crimen para que los demás inculparan a la Guerrero, sino que debía lograr que la Guerrero se inculpara a sí misma. ¿Qué mejor entonces que hacerle creer a esa pobre mujer que su hijo era el asesino, cuando en realidad era usted el que compró el arreglo con el número de tarjeta de crédito de ella, número que hacía rato conocía debido a su relación personal? Y fue tan quirúrgicamente ideado el plan…, que eligió un envenenamiento, sí; como alguna vez debe haber visto a ese pobre muchacho jugueteando con tubos de ensayo, era lo más sencillo para hacerlo ver como culpable ante los ojos de la madre. El resto fue fácil. Instigarla a Cecilia Guerrero, decirle que su hijo, en un rapto de locura y para vengarla a ella por ser despedida, había asesinado a esa pobre e ignota bailarina, y convencerla de que lo mejor era autoinculparse y suicidarse para salvar al hijo. Hubo un grave error de su parte, es cierto, se hizo mandar las flores aquí mismo, pero claro, había sido tan perfecta la ejecución del plan que hasta a un sabueso de mis quilates se le escapó ese detalle.

—¡No puedo probar nada de eso!

—Pero sabe una cosa, cuando nadie resuelve un crimen, el propio crimen pide a gritos ser resuelto. Hubo un primer grito: los problemas respiratorios. Aquella vez lo vi a usted con un respirador y hoy me enteré que el chico había heredado eso de usted. Pero el grito más evidente fue su enfermedad actual, esta enfermedad que lo tiene como uno de los pacientes en espera de un trasplante –

Manarino sacó un papel con datos y prosiguió-, un trasplante que sólo podría recibir de ese chico, si confirma que es un hijo. Por eso esta mujer yendo al hospital, y por eso el afán de sacarle un pelo. Para analizarlo y así confirmar la paternidad y su posible salvación.

—¿De qué le sirve todo esto, Manarino? -dijo el tipo, agitado y con una sonrisa forzada- Dígame, ¿de qué le sirve? Ya no puede salvar a su admirada Cecilia Guerrero.

—Y usted no va a poder salvarse a sí mismo. ¡Vamos Vera, ya no tenemos nada más que hacer acá!

—Señor, debemos llevarlos y…

—No, Vera, ¿para qué? Éste es el mejor castigo. Sabe que si dijera la verdad recibiría el trasplante, pero también gracias a mi investigación tendría que asumir la culpabilidad por dos muertes e ir a la cárcel. Y yo conozco a los cobardes, los conozco bien, éste es uno de ellos, va a preferir morir en esta oscuridad.

Manarino prefirió la penumbra durante casi todo el día, por eso las persianas de la su oficina permanecían entornadas. Vera entró y lo encontró fumando lentamente, llevándose el cigarro a la boca con largos intervalos, en los que exhalaba el humo como un fino hilo gris.

—¿Lo molesto, señor?

—No, no, estaba pensando, solo eso.

Vera lo miró sin animarse a repreguntar y Manarino siguió.

—¿Sabe quién fue Carl Jung, Vera?

—Bueno… eh… sí, creo que…

—Fue un psiquiatra importante, también psicoanalista, claro, y filósofo y sociólogo y varias cosas más. A lo que voy es que una vez dijo una frase que recuerdo cada vez que se me presentan asuntos que no termino de entender, coincidencias, personas que vuelven, que pensaba perdidas, y que regresan a mi vida. Somos protagonistas de un drama personal y extras de un drama superior. Eso dijo Jung, Vera. Me pregunto en qué momento pasé de ser un extra anónimo en la vida de Cecilia Guerrero, a ser coprotagonista de su final.

—Señor –dijo vera con dudas- en cuanto al caso Guerrero, quería informarle un par de cosas.

—Diga nomás.

—La asistente del dueño de la tanguería se presentó a confesar. Declaró que usted había descubierto la verdad y temía quedar implicada en un asesinato. El tipo fue detenido inmediatamente, pero su estado de salud es muy delicado, se lo internó pero los especialistas dicen que es tarde para trasplantarlo.

—Un cobarde –murmuró Manarino-, así va a morir, como un cobarde.

—El chico seguirá internado, si se comprueba la filiación heredará los bienes del padre además de los de la madre, que quedarán a custodia del juzgado hasta que una pericia diga si el muchacho puede hacerse cargo.

—Está bien Vera, por hoy es suficiente.

—No sé si le sirve, pero los noticieros están limpiando la imagen de Cecilia Guerrero y hablando una vez de usted y de su calidad como criminalista.

Manarino se puse de pie sin gesticular y dijo:

—Hágase cargo Vera, me voy a tomar el resto de la tarde

—Señor en cuanto a los medios, hay un par de canales y un diario que quieren hacerle notas.

Manarino negó con la mano y Vera insistió

—Entonces… les digo que…

—Dígales que hay veces…tristes veces, que hasta el mejor sabueso llega tarde.

Manarino salió de la oficina y comenzó a caminar, hasta la noche cerrada. Esta vez, como en un viejo documental de celuloide, las marquesinas de la Avenida Corrientes parecían ser aquellas antiguas, aquellas en cuyas fotos se veía a una hermosa y joven Cecilia Guerrero. Esa mujer por la cual, un muchachito inocente, sufría en silencio, enamorado, sin imaginar que llegaría a ser el investigador más importante de su tiempo.